Serie El Hombre y la Tierra

Élisée Reclus

INTERNACIONALES

Prólogo de Rodrigo Quesada Monge

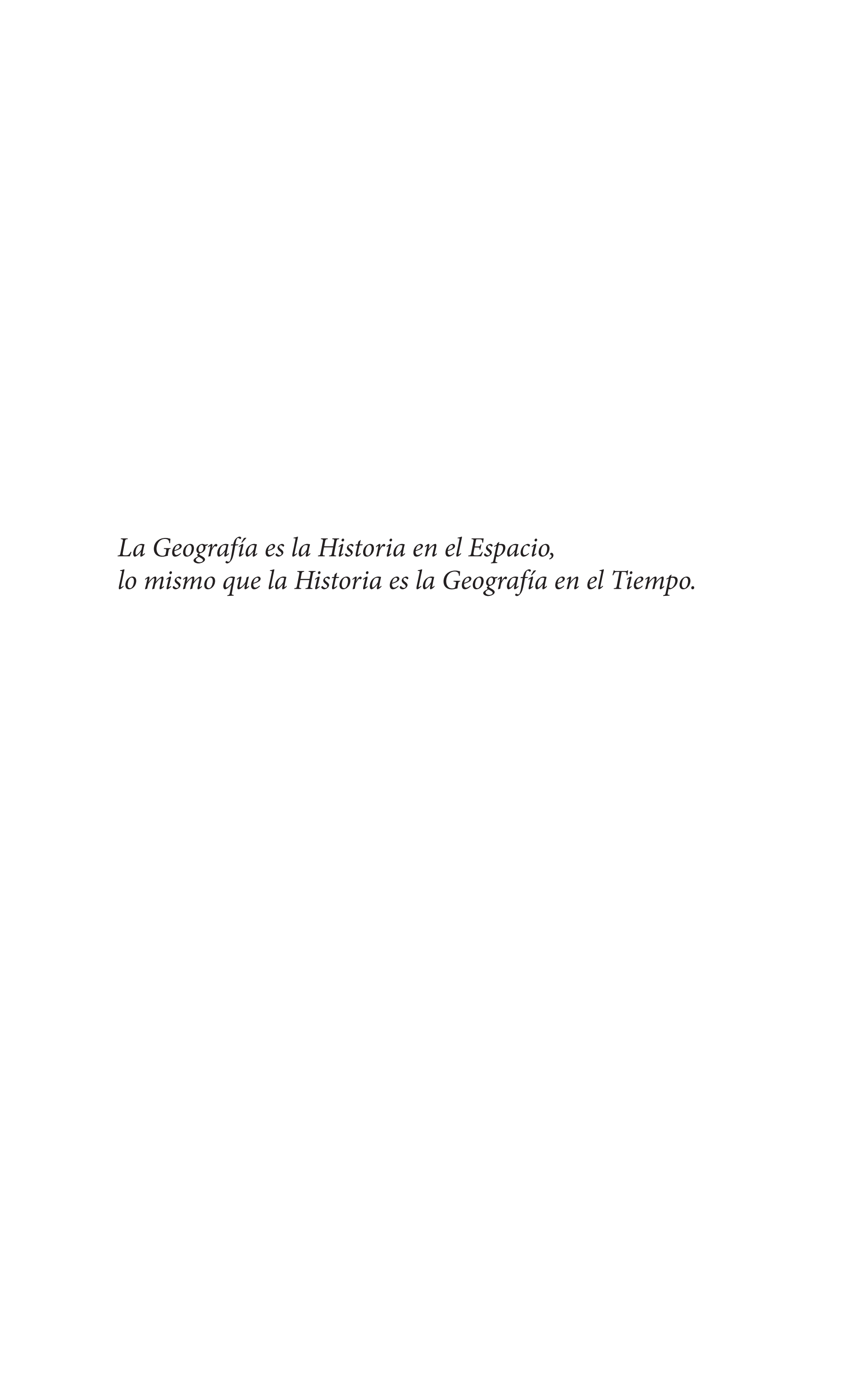




Serie
El Hombre y la Tierra

Volumen 3

Internacionales



La Geografía es la Historia en el Espacio,
lo mismo que la Historia es la Geografía en el Tiempo.

ÉLISÉE RECLUS

EL HOMBRE Y LA TIERRA

INTERNACIONALES



Versión ilustrada

Traducción de Anselmo Lorenzo

Prólogo de Rodrigo Quesada Monge



Reclus, Élisée
El Hombre y la Tierra : Internacionales - 1a ed. - Santiago de Chile: Editorial Eleuterio, 2017.
124 pp.; 12,5x19,5 cm. (Serie El Hombre y la Tierra)

ISBN 978-956-9261-28-2

1. Civilización-Historia. 2. Política Internacional. 3. Geografía humana. 4. Geografía social. 5. Historia Universal. Tomo III.

Traducción
Anselmo Lorenzo

Prólogo
Rodrigo Quesada Monge

Proyecto gráfico
Artes Gráficas Cosmos

Pintura de cubierta
"L'Incendie des Tuileries" (1871), de *Georges Clairin*

Guarda
Ilustración de la Comuna de París

ISBN 978-956-9261-28-2 (Volumen)
ISBN 978-956-9261-01-5 (Obra Completa)

EDITORIAL ELEUTERIO
http://eleuterio.grupogomezrojas.org
eleuterio@grupogomezrojas.org
Santiago de Chile



Nota de los editores

«Internacionales» es el tercer volumen de la Serie «El Hombre y la Tierra». Antecedido por «El Estado Moderno» y «Educación», con este volumen vamos avanzando en el ambicioso propósito de esta serie: publicar una selección de apartados de la voluminosa obra «El Hombre y la Tierra» del geógrafo francés Élisée Reclus, conservando las ilustraciones y fotografías de la obra originales e incluyendo estudios preliminares de investigadores del corpus reclusiano, acompañados de apéndices con materiales históricos sobre o del autor en cuestión.

Específicamente, el apartado «Internacionales» (páginas 247 a 310) corresponde al quinto volumen «Historia Moderna» de «El Hombre y la Tierra», edición de la Escuela Moderna de Barcelona, año 1909, cuya traducción desde el francés fue realizada por Anselmo Lorenzo y luego revisada por el naturalista Odón de Buen.

La serie de los seis tomos abarca el desarrollo completo de la Humanidad hasta el momento en que fue publicada. El tomo I lleva por título «Los Antepasados e Historia Antigua», siendo los que siguen, «Historia Antigua (continuación)» [tomo II],

«Historia Antigua (continuación) e Historia Moderna» [tomo III], «Historia Moderna (continuación)» [tomo IV], «Historia Moderna (continuación)» e «Historia Contemporánea» [tomo V]. El texto original fue publicado en francés, con la misma portada, también en seis tomos.

El texto que a continuación se reproduce, corresponde a una selección hecha por el Grupo de Estudios José Domingo Gómez Rojas, siendo tomado de la publicación efectuada el año de 1909. Los capítulos que acompañan a «Internacionales» son «La Revolución», «Contra-Revolución», «Las nacionalidades», «Negros y mujiks», «Población de la tierra», «Reparto de los hombres», «Latinos y germanos» y «Rusos y asiáticos».

Se ha intentado incluir la mayor cantidad de imágenes aparecidas, para entregar, de la forma más clara posible, la densidad científica y artística del texto. Cabe señalar que hemos incluido el prefacio que abre «El Hombre y la Tierra» en su primer tomo. Esto se mantendrá a lo largo de la Serie.

Desde su publicación y traducción al castellano, se han publicado extractos y selecciones, ninguna de ellas, según sabemos, en Santiago de Chile. Sin embargo, debemos ser francos en reconocer que la inspiración y el entusiasmo por publicar de este modo parte de la obra reclusiana, proviene de la influencia del gran divulgador del pensamiento anarquista Plínio Augusto Coêlho, quien desde hace años se ha dedicado a la traducción al portugués de las obras de Reclus, donde destacamos la serie «O Homem e a Terra» de Editora Imaginário (São Paulo, Brasil).

La lectura del siguiente capítulo constituye una pieza fundamental para comprender el puzzle geográfico e histórico que ha configurado los movimientos de nuestras sociedades actuales.

Prefacio a
El Hombre y la Tierra
por
Élisée Reclus

Hace algunos años, después de haber escrito las últimas líneas de una larga obra, *La Nueva Geografía Universal*, expresaba el deseo de poder estudiar al Hombre, en la sucesión de las edades, como le había observado en las diversas regiones del Globo y establecer las conclusiones sociológicas a que había llegado. Trazaba yo el plan de un nuevo libro en que se expondrían las condiciones del suelo, del clima, de todo el ambiente en que se han cumplido los acontecimientos de la Historia, donde se mostrase la concordancia de los Hombres y de la Tierra, donde todas las maneras de obrar de los pueblos se explicasen, de causa a efecto, por su armonía con la evolución del planeta.

Este libro es el que presento actualmente al lector.

Sabía de antemano que ninguna investigación me haría descubrir esa ley de un progreso humano quimérico, cuyo espejismo se agita sin cesar en nuestro horizonte, y que huye de nosotros y se disipa para reaparecer modificada después. Aparecidos como un punto en el infinito del espacio, no conociendo nada de nuestros orígenes ni de nuestros destinos, hasta ignorando si pertenecemos a una especie animal única o si han nacido sucesivamente varias humanidades para extinguirse y

resurgir aún, en vano formularíamos reglas de evolución removiendo la niebla incoercible con la esperanza de darle una forma precisa y definitiva.

No; pero en esa avenida de los siglos, que los hallazgos de los arqueólogos prolongan constantemente en lo que fue la noche del pasado, podemos al menos reconocer el lazo íntimo que reúne la sucesión de los hechos humanos y la acción de las fuerzas telúricas, y nos es permitido seguir en el tiempo cada período de la vida de los pueblos correspondiente al cambio de los medios, observar la acción combinada de la Naturaleza y del Hombre mismo reaccionando sobre la tierra que le ha formado. La emoción que se siente contemplando todos los paisajes del planeta en su variedad sin fin y en la armonía que les da la acción de las fuerzas étnicas siempre en movimiento, esa misma música de las cosas, se resiente viendo pasar los hombres cubiertos con sus vestidos de fortuna o de infortunio, pero todo en estado igual de vibración armónica con la tierra que les lleva y les nutre, el cielo que les ilumina y les asocia a las energías del cosmos. Y así como la superficie de la tierra nos presenta incesantemente bellos paisajes que admiramos con toda la potencia del ser, del mismo modo el curso de la historia nos muestra en la sucesión de los acontecimientos escenas admirables de grandeza que nos ennoblecemos conociéndolas y estudiándolas. La geografía histórica concentra en dramas incomparables, en realizaciones espléndidas, todo lo que puede evocar la imaginación.

En nuestra época de crisis aguda en que la sociedad se encuentra tan profundamente conmovida, en que el remolino de evolución se vuelve tan rápido que el hombre, poseído de vértigo, busca un nuevo punto de apoyo para la dirección de su vida, el estudio de la historia es de un interés tanto más precioso, cuanto su dominio, incesantemente aumentado, ofrece una serie de ejemplos más ricos y más variados. La sucesión

de las edades se convierte para nosotros en una gran escuela cuyas enseñanzas se clasifican ante nuestro espíritu, y hasta acaban por agruparse en leyes fundamentales.

La primera categoría de acontecimientos que observa y comprueba el historiador nos muestra cómo, por efecto de un desarrollo desigual en los individuos y en las sociedades, todas las colectividades humanas, a excepción de las hordas estancadas en el naturismo primitivo, se desdoblan por así decirlo en clases o en castas no solamente diferentes, sino opuestas en intereses y en tendencias, hasta francamente enemigas en todos los períodos de crisis. Tal es, bajo mil formas, el conjunto de hechos que se observa en todas las comarcas del universo, con la infinita diversidad que determinan los lugares, los climas y la madeja cada vez más enredada de los acontecimientos.

El segundo hecho colectivo, consecuencia necesaria del desdoble de los cuerpos sociales, es que el equilibrio, roto de individuo a individuo, de clase a clase, oscila constantemente sobre su eje de reposo: la violación de la justicia clama siempre venganza. De ahí, incesantes oscilaciones. Los que mandan tratan de permanecer los amos, mientras que los sojuzgados pugnan por reconquistar su libertad; después, arrastrados por la violencia de su impulso, intentan reconstituir el poder en su provecho. De ese modo, guerras civiles, complicadas, con guerras extranjeras, con destrucciones y ruinas, se suceden en un enredo continuo con término diferente según el poder respectivo de los elementos en lucha: o bien los oprimidos se someten después de agotar su fuerza de resistencia; mueren lentamente y se extinguen, careciendo ya de la iniciativa que constituye la vida; o bien triunfa la reivindicación de los hombres libres, y en el caos de los sucesos pueden discernirse verdaderas revoluciones, es decir, cambios de régimen político, económico y social, debidos a la comprensión más clara de las condiciones del medio y a la energía de las iniciativas individuales.

Un tercer grupo de hechos, resultado del estudio del hombre en todas las edades y en todos los países, demuestra que toda evolución en la existencia de los pueblos proviene del esfuerzo individual. En la persona humana, elemento primario de la sociedad, ha de buscarse el choque impulsivo del medio, que se traduce en acciones voluntarias para esparcir las ideas y participar en las obras que modificarán la marcha de las naciones. El equilibrio de las sociedades sólo es instable por la dificultad impuesta a los individuos en su franca expansión. La sociedad libre no puede establecerse sino por la libertad absoluta suministrada en su desarrollo completo a cada hombre, primera célula fundamental, que se agrega en seguida y se asocia como le place a las otras células de la cambiante humanidad. En proporción directa de esa libertad y de ese desarrollo inicial del individuo, las sociedades ganan en valor y nobleza: del hombre nace la voluntad creadora que construye y reconstruye el mundo.

La "lucha de las clases", la busca del equilibrio y el arbitraje soberano del Individuo son los tres órdenes de hechos que nos revela el estudio de la geografía social y que, en el caos de las cosas, se muestran bastante constantes para que pueda dárseles el nombre de "leyes". Ya es mucho conocerlas y poder dirigir según ellas la propia conducta y la parte de acción en la gerencia común de la sociedad, en armonía con las influencias del medio, de aquí en adelante conocidas y escrutadas. La observación de la tierra nos explica los acontecimientos de la Historia, y ésta nos hace volver a su vez hacia un estudio más profundo del planeta, hacia una solidaridad más consciente de nuestro individuo, tan pequeño y tan grande a la vez, con el inmenso universo.


EL HOMBRE Y LA TIERRA
INTERNACIONALES



Rodrigo Quesada Monge (1952), historiador costarricense, escritor y catedrático jubilado de la UNA, Costa Rica. Su última obra (2015) ganó el Premio Nacional de Literatura (en la rama de ensayo), en Costa Rica, titulada *La lógica de la nostalgia (imperial). Literatura y política en el siglo XX* (coedición de Nadar Ediciones de Chile y EUNED de Costa Rica). Ha publicado varios trabajos con Editorial Eleuterio de Santiago de Chile, entre ellas la reconocida obra *Anarquía. Orden sin autoridad* (2014) y *Elíseo Reclus. Geógrafo anarquista* (2015).

Estudio preliminar
LA COMUNA
por
Rodrigo Quesada Monge

> I have made it my aim to reconcile the so-called Anarchists and the so-called Communists, and with that in view I and my committee have digested all the available documentation of the subject. Our conclusion, Mr Ryder, is unanimous. There is no fundamental diversity between the two ideologies. It is a matter of personalities, Mr Ryder, and what personalities have put asunder personalities can unite…
>
> Evelyn Waugh. *Brideshead Revisited.* (London: Everyman's Library, 1993, pág. 222).

I

En su celebrado *Panfleto de Junius o la crisis de la socialdemocracia alemana*, de 1915, la brillante revolucionaria polaca Rosa Luxemburg (1871-1919), decía: "En la tumba de la Comuna de París, yace también la primera parte de la historia del movimiento obrero europeo y la Primera Internacional de los trabajadores de 1864"[1]. Una afirmación como ésta, recogía las preocupaciones que tenía la misma Rosa ante los avances hechos por la mayor parte de las potencias imperiales europeas, para lanzarse de cabeza en una de las carnicerías más lamentables de la historia occidental de los últimos quinientos años. Recogía también las motivaciones estratégicas que

1. Rosa Luxemburg (1919). *The Crisis in the German Social Democracy (The "Junius" Pamphlet)* (New York: The Socialist Publication Society) P. 9.

le había dejado el estudio, a profundidad, de uno de los acontecimientos sociales y políticos más sobresalientes del siglo xix: la Comuna de París de 1871.

En el materialismo histórico la clase trabajadora había encontrado el método con el cual medir, hora por hora, todas y cada una de sus acciones en busca de su objetivo fundamental: la construcción de un mundo superior y distinto, más justo, armonioso y pacífico. Era la socialdemocracia alemana la principal defensora y promotora de este método, porque después de la guerra contra Francia de 1870, y del fracaso de la Comuna de París, al año siguiente, el centro de gravitación del socialismo europeo giró hacia Alemania. El traslado, traumático por lo demás, del desarrollo del movimiento obrero de París a Berlín, vino influenciado por un despliegue espectacular de la industrialización, las prácticas imperialistas, y el crecimiento de la capacidad de lucha de los trabajadores en Alemania.

El notable y vigoroso desenvolvimiento de la clase trabajadora también encontró, de múltiples formas, una motivación histórica en su lucha contra la guerra que se avecinaba entre las potencias imperialistas europeas. Luego llegó el tristemente célebre 4 de agosto de 1914 y todo se derrumbó: se desplomó la socialdemocracia en Alemania y en el resto de Europa; se doblegó el movimiento popular ante los requerimientos nacionalistas de las burguesías imperialistas, guerreristas y expansionistas; y, lo más terrible de todo, se evaporó la consciencia de clase de los trabajadores europeos, pues terminaron creyendo, con sus burguesías nacionales, que esta guerra llevaría a la Humanidad a un paraíso de paz y armonía liberales, cuando en realidad de lo que se trataba era de escoger entre "socialismo y barbarie", como decía Rosa Luxemburg[2],

2. *Ibíd*. Pp. 10-11.

en vista de que lo mejor de la civilización occidental pronto estaría rodando por los suelos.

Junto a Rosa Luxemburg, es posible recordar también a otros pensadores revolucionarios, del siglo diecinueve y del siglo veinte, que hicieron destacadas contribuciones para la mejor comprensión de la historia y de la herencia política e ideológica de la Comuna de París. Marx, Lenin, Trotsky, Engels, Bakunin, Kropotkin, Emma Goldman, Anselmo Lorenzo, José Carlos Mariátegui, y otros, tuvieron algo que decir sobre el inmenso laboratorio de enseñanzas y prácticas revolucionarias que nos transmitiera la Comuna de París, por encima de las críticas, las burlas y las reconvenciones que la extrema derecha, radical y cínica en todas partes del mundo, ha hecho sobre la historiografía de esta experiencia y de esta candente vivencia de la clase trabajadora, para bien de su iconografía y de su memoria histórica.

II

Este ensayo, que busca presentar algunos de los argumentos más notables del lúcido geógrafo anarquista francés Élisée Reclus (1830-1905)[3], con relación al tema de la Comuna, se articula también a nuestra preocupación por recuperar las lecciones metodológicas y teóricas, que dejó este evento en la memoria de los hombres y mujeres trabajadores del futuro incierto que siguió a su fracaso. Uno de los grandes saltos hacia delante de la geografía practicada por científicos anarquistas de la talla de Reclus y de Kropotkin[4], es su preocupación por el enfoque global de los procesos sociales y naturales

3. Véase nuestro ensayo (2015) *Eliseo Réclus. Geógrafo anarquista* (Santiago de Chile: Editorial Eleuterio).

4. Puede consultarse también nuestro estudio (2015) *La fuga de Kropotkin. De la prisión zarista a la trinchera anarquista* (Santiago de Chile: Editorial Eleuterio. Segunda edición).

que tenían lugar en diferentes partes de la geografía planetaria. Ellos llegaron a descubrir y a desarrollar, metodológicamente hablando, el procedimiento mediante el cual un determinado evento social, político, cultural o natural, puede desplegar derivaciones inimaginables en diferentes partes del mundo. El logrado análisis que, en esa dirección y con esos instrumentos teóricos y metodológicos, realiza Élisée Reclus de la Comuna de París, nos mueve, sin duda, a revivir, en el presente, sus vivencias y sus aprendizajes más factibles de instrumentar, precisamente, para comprender mejor y cambiar un presente mortecino y siempre al borde del cataclismo y de la apoteosis sacrificial. Aunque Reclus, en contadas ocasiones, insistió en que su participación en la Comuna de París, había sido algo "no existente oficialmente", dándonos a entender con ello, que su modesta participación de combatiente, no había quedado registrada en los anales de las autoridades parisinas, las cuales luego se dedicarían a perseguir y castigar, con severidad, a los herederos y defensores de aquella[5].

III

Políticamente reverenciada por las izquierdas de todo el mundo y, en particular, por la francesa, la Comuna (como la llamaremos, de aquí en adelante) ha pasado a formar parte del ideario colectivo de los trabajadores conscientes en múltiples formas: en la música, en la literatura, la poesía, la arquitectura, la historia, la política, la sociología y muchas otras disciplinas humanísticas y sociales, que encontraron en ella un punto de partida y un punto de llegada, para muchas de las inquietudes que poblaban sus preocupaciones cotidianas más sentidas y menos elaboradas[6]. Es que, si con ella concluye la

5. Michell Abidor (2015) (Editor) *Voices of the Paris Commune* (USA: PM Press) P. 76.
6. Michael Kline and Micheline Nilsen. *Paris Commune, 1871.* En Immanuel

primera parte de la historia del movimiento obrero, aquel que había buscado con la fundación de la Primera Internacional en 1864, darle instrumentos nuevos y frescos a un internacionalismo, que apenas esbozaba sus intenciones de largo plazo, para 1871, la derrota y la masacre de la Comuna, por otro lado, les hizo ver a los obreros de París, y de todo el mundo, que las decisiones políticas no siempre coinciden con el escenario económico y social, donde aquellas se están gestando[7].

Cabe apuntar que las viejas deudas, las hipotecas políticas de su consciencia de clase, ideológicas y reivindicativas que arrastraban los trabajadores de París, desde la Revolución de 1789, pasando por la tremenda frustración que apuntaló la revolución de 1848 en toda Europa, se saldaron con sangre, persecución y cárcel con la Comuna de París. No se puede olvidar que el alumbramiento del Segundo Imperio, tuvo dolores de parto en las principales capitales europeas, cuando sus burguesías apenas empezaban a digerir la herencia recibida de 1789. Marx y Engels, Bakunin y los anarquistas sabían, a ciencia cierta, que la burguesía buscaría el momento histórico en el cual pudiera cobrarse lo ofrecido pero nunca cumplido. Sus alianzas con los trabajadores y los campesinos, venían muy después de que el sistema capitalista hubiera demostrado que la cuota de explotación estaba por encima de cualquier pacto o de componenda clasista, en la cual no se contemplara el movimiento imbatible del sistema económico hacia delante. Muchos estudiosos ya vaticinaban lo que se avecinaba en términos económicos y sociales.

La total independencia de clase que pregonaban los marxistas y los anarquistas, por estos años, compañeros de ruta a

---

Ness (Editor) (2009) *The International Encyclopedia of Revolution and Protest. 1500 to the Present* (London: Wiley & Blackwell) Vol. V. Pp. 2610-2613.

7. John Merriman (2014) *Masacre. The Life and Death of the Paris Commune* (New York: Basic Books) Cap. 1.

regañadientes, en las trastiendas de la Primera Internacional, solo recogía el eco de una crisis espantosa que sacudiría a toda Europa y, al mundo entero en consecuencia, entre los años que se ubican entre la primavera de 1873 y el verano de 1896. La capacidad visionaria de la burguesía francesa, no daba para tanto, pero presentía que la derrota sufrida en Sedán, en 1870, ante las tropas alemanas, tenía que ser saldada antes que los trabajadores, ahora organizados mejor que nunca, le pasaran la factura de un proyecto revolucionario malversado y disoluto. Habida cuenta, como señalaban Marx y Engels, de que la guerra franco-prusiana, apenas anunciaba la parvada de conflictos militares que se aproximaban, con el contexto de la depresión anunciada desde 1866, era urgente marcar el territorio para que la perentoriedad de las demandas y esperanzas de los trabajadores, no abrumaran el caudal oportunista que sería la tonada con que se arrullaría sus noches la burguesía parisina.

IV

Las diez semanas que duró el experimento de la Comuna de París, resonaron más allá de su corta vida. Si para algunos historiadores, como hemos visto, marca el fin de lo que podría llamarse el ciclo revolucionario francés[8], para otros, apenas permitió la supervivencia de un republicanismo que todavía no alcanzaba a madurar, el cual, por más que lo llamemos "republicanismo rojo", no dejó de perseguirse su propia cola. Nacida de la desastrosa derrota del ejército francés ante las tropas prusianas, el 2 de setiembre de 1870, con la cual culminaba el primer proceso expansivo de lo que luego podríamos llamar "el militarismo alemán", sujeto en vías de formación, desde los inicios de la segunda mitad del siglo XIX, y que

8. Kline & Nielsen (2009). Op. Loc. Cit.

encontraría en la ocupación de Austria, en 1866, una de sus manifestaciones más conspicuas, la Comuna de París, surgió de las ruinas abandonadas por Napoleón III y sus esbirros, en un intento por devolverle a Francia las glorias de un pasado que, como hemos visto, rebosaba de compromisos, para sostenerse en el poder, con los más desposeídos.

Con el colapso del Segundo Imperio, Francia entraba en un período de acechanzas, nostalgias y despropósitos que algunos han llamado la *Belle Époque* (1870-1914), rebosante de una riqueza artística y de una bohemia que no armonizaba con el desarrollo político, económico, social y, mucho menos militar, de una nación que no alcanzaba a remontar las glorias de 1789. Luego de que el ejército francés terminó aplastado por las tropas prusianas de Bismarck, responsable del mayor retroceso imaginable sufrido por el socialismo, antes de la primera guerra mundial, y quien se diera el lujo de prohibirlo como si se tratara de una revista de modas, la asamblea nacional declaró el 4 de setiembre de 1870 la fundación de la tercera república. Para la mitad de ese mes, los prusianos iniciaron el sitio de París, uno de los puntos medulares de este proceso de humillación, no sólo del ejército como fuerza armada, sino también de la nación gala, la que había encontrado en los trabajadores, desde 1789, a los verdaderos defensores de la nación, es decir del mismo proyecto socio-político que la burguesía francesa no se atrevía a defender ahora, ante los invasores germanos. De esta manera, Francia quedaba en manos de un gobierno de defensa nacional, encabezado por hombres que habían sido republicanos constitucionalistas, antes que miembros militantes de una izquierda que no tenía nada de radical, y sí mucho de reformista.

Luego de las elecciones parlamentarias del 8 de febrero de 1871, una abrumadora cantidad de realistas había retornado a Francia, todavía en mayor número que algunos republicanos

reticentes a reconocer el poder omnímodo que le había sido concedido a un republicano conservador como Adolphe Thiers, ahora presidente ejecutivo del gobierno. Pero, lo que aquí es notable es la poderosa vocación republicana de los franceses luego del último estallido revolucionario espontáneo de 1789. Este referente sigue utilizándose en virtud de que muchos de los historiadores franceses de nuestros días reconocen que el mismo no ha sido comprendido en su totalidad. La Comuna de París, por esta razón, permanece como uno de los levantamientos espontáneos más notorios en la historia de las revueltas urbanas de Occidente[9]. Esa supuesta espontaneidad sigue provocando una especie de mesmerismo en la mayor parte de los analistas políticos y sociales, así como en los historiadores, en vista de que, como apuntaban correctamente los anarquistas en aquel momento, la creatividad de las masas era el nutriente más importante en cualquier proceso revolucionario en el que fueran sujetos participantes activos. Núcleo de todas las polémicas posteriores, esta disputa entre espontaneísmo y centralismo le debe su relevancia, en gran medida, a los orígenes y a los resultados obtenidos por la Comuna de París.

De esta manera, no es posible desprendernos, para la comprensión política e ideológica, más o menos justa de la Comuna, de la tradición revolucionaria parisina. Los parisinos se habían despojado de gobiernos conservadores y de fuerte propensión realista desde 1830, pasando por 1848, cuando los delirios republicanos no cuajaban en prácticas constitucionales que legitimaran sus conquistas del día anterior. Esto los hacía muy vulnerables, pero, al mismo tiempo, muy revolucionarios, con lo cual toda aspiración a la igualdad, la fraternidad, y la solidaridad cristalizaba en las calles, como

9. Jack A. Goldstone (Editor) (1998). *The Encyclopedia of Political Revolutions* (Washington, Congressional Quarterly Inc) Pp. 388-390.

había enseñado 1789, y no, necesariamente, en los parlamentos o en los centros de deliberación urbanos. Estos debates y estas discusiones se avivaron, notoriamente, durante los años sesenta del siglo xix, cuando el militarismo prusiano cristalizaba y sobresalía como la futura amenaza de la tranquilidad burguesa en Europa. Y era el Emperador Napoleón III el objetivo de las críticas, de las burlas, del sarcasmo, incluso de escritores como Víctor Hugo, quien se atrevió a bautizarlo como "Napoleón el pequeño".

La inconformidad de los parisinos y de los franceses en general se agudizó con la derrota frente a los alemanes en 1870, donde perdieron Alsacia y Lorena, dos ricas provincias francesas que habían sido motivo de disputa desde los delirios expansionistas del primer Napoleón, a principios del siglo xix. Volverían a ser motivo de feroces arrebatiñas, para la primera guerra mundial. Pero, como hemos visto, el emperador "Napoleón, el pequeño" terminaría arrojado de su trono, por una revuelta popular teñida de un republicanismo rojo que, durante esos días, cada vez llegó a parecerse más al socialismo. Élisée Reclus, el gran geógrafo anarquista, decía que sus propias posiciones políticas se parecían mucho al "republicanismo rojo" de los comuneros de esos días[10].

Con los invasores alemanes sitiando la ciudad de París, desde septiembre de 1870 hasta enero de 1871, los ciudadanos optaron por armarse y se enrolaron en una guardia nacional de su propia creación, de fuertes tintes populares y con una marcada propensión igualitaria. Esta característica de la Comuna, una población civil armada para proteger lo que la burguesía republicana no fue capaz de defender, sería uno de los puntos más atractivos en los análisis de la misma realizados, con posterioridad, por pensadores y dirigentes políticos

10. Rodrigo Quesada (2015).

como Marx y Lenin. Dicha guardia nacional crearía luego su propia federación republicana, dando origen también a las discusiones entre los anarquistas, sobre el futuro de las uniones federales como alternativas de gobierno. Hambrientos, humillados y finalmente sometidos, los parisinos estaban bien armados y muy molestos con su gobierno, al que responsabilizaban por la derrota ante los alemanes. El gobierno de los realistas, que surgió de las elecciones de febrero de 1871, como hemos visto, encendió la confrontación entre los defensores de París y las tropas de Thiers. La situación se agravó, cuando a este último se le ocurrió la peregrina idea de desarmar a los defensores de París, es decir a los militantes de la guardia nacional, y quiso tomar su artillería apostada en las colinas del barrio de Montmartre, a la espera de la entrada de los prusianos en la ciudad. No hay que olvidar que los cañones fueron adquiridos mediante colectas públicas, realizadas entre la población civil de París. De tal manera que, cualquier intento por parte de Thiers, de despojarlos de ellos, iba a ser visto como una verdadera afrenta. Una sublevación no dirigida, y más bien controlada por los harapientos ciudadanos de París, hombres mayores, mujeres y niños, que se opusieron a los movimientos de Thiers, lo obligó a retirarse a la cercana ciudad de Versalles[11].

Los líderes de la recién fundada federación republicana, convocaron a unas elecciones populares, el día 26 de marzo de 1871, para el nombramiento de un nuevo consejo municipal. Este consejo escogió el nombre de Comuna de París, en memoria de la vieja comuna de 1792, uno de los primeros intentos de gobierno popular de que se tenga memoria; aunque se ignoraban sus posibles consecuencias políticas e ideológicas entre la población civil, pues, entre otras simbologías

11. Goldstone (1998). Op. Loc. Cit.

cotidianas[12], se escogió la bandera roja y el viejo calendario que la revolución de 1789 había impulsado en 1793. Es el testimonio del recordado escritor Jules Vallés el que nos trae a la memoria los rituales y el gozo con los cuales la Comuna de París tuvo su nacimiento[13].

V

Unas 250.000 personas votaron, la mayor parte del electorado, para elegir el nuevo consejo municipal. El tono de la elección es sintomático de la verdadera orientación que tomaba el proceso: escogieron a políticos destacados de la izquierda parisina, entre ellos a socialistas radicales y un fuerte contingente de neojacobinos, aquellos que recordaban la herencia profundamente centralista de los viejos seguidores de Robespierre, en los años noventa del siglo xviii. Un poco más de la mitad era de clase media, periodistas, abogados, pequeños comerciantes, artesanos y tenderos. La otra mitad estaba integrada por burócratas, trabajadores especializados y dirigentes comunales, cuyo perfil político era de conocimiento sobre todo local, nunca de características nacionales. Algunos de ellos eran el periodista jacobino Charles Descleuze, el encuadernador socialista Eugéne Varlin, y el reconocido pintor Gustave Courbet.

Entre los recuerdos que se pueden evocar del proceso de construcción de la vida cotidiana, durante el apogeo de la Comuna de París, está la célebre afirmación de Courbet de que la ciudad de París, ya no deseaba más ser la capital de Francia[14]. Lo cual suponía que los ciudadanos parisinos

12. Kristin Ross (2015). *Communal Luxury. The Political Imaginary of the Paris Commune* (London: Verso Books) Capítulo 1.
13. Jules Vallés (2007) *El insurrecto* (Madrid: ACVF Editorial. Traducción de Manuel Serrat Crespo. La versión original es de 1886).
14. Ross (2015) P. 4.

habían alcanzado un punto de ebullición revolucionaria, en el cual era factible imaginarse una "vida después de la vida", es decir un proyecto social y político con el que fuera posible construir una "república universal", y no, necesariamente, la universalización de la república, como podría pensarse; o como le estaba dado a la burguesía parisina pensar. En este caso, de acuerdo con la eminente historiadora norteamericana Kristin Ross, sería el patriotismo pequeño burgués el que hubiera atrapado los ideales sociales y políticos de la Comuna, entre la maraña de afanes por devolverle el poder a una burguesía que había demostrado, plenamente, su incapacidad para defender, no sólo a la ciudad, sino a todo el país, cuya geografía estaba siendo cercenada por los invasores. Pero, nos recuerda de nuevo la historiadora, los sueños, las aspiraciones y las esperanzas más radicales de los ciudadanos parisinos, se habían fraguado en los bares, en los clubes y en las tabernas, donde realmente se discutía, desde hacía unos dos años, la textura política de los desacuerdos con el régimen gobernante.

Incluso, la palabra "ciudadano" había recuperado su sabor original, el que había perdido desde que los eventos de 1789 habían sido malversados por esa burguesía que ahora se encontraba indecisa entre hacer frente a los invasores, o aplastar a sus propios opositores de clase internos. Este punto de vista reorienta la óptica con la que podría abordarse el origen de la Comuna de París, pues nos sugiere que la guerra civil había estado a la vuelta de la esquina, desde aproximadamente 1868, cuando por primera vez se autorizaron las reuniones públicas, prohibidas desde hacía más de veinte años. De esta forma, no fue tanto la invasión prusiana la partera del proceso comunero, sino, al contrario, en vista de que la inminente guerra civil entre el régimen y los ciudadanos de a pie, podría haber debilitado seriamente al primero, que se veía presionado

y duramente criticado, desde adentro y desde afuera, no tanto por sus afanes expansionistas en Europa, sino, además, porque una guerra con Prusia, podría fortalecer aquello que se criticaba más en los clubes y en las tabernas de París, es decir, la incompetencia del régimen para atender los problemas sociales, políticos, económicos y culturales de la población civil. Era necesario, esto es, una sobre dosis de patriotismo.

Cuando Marx afirmaba que la gran herencia de la Comuna de París fue, antes que nada, su "propia existencia", nos estaba recordando que la misma había abierto un boquete descomunal en la realidad histórica y social del mundo moderno. No sólo en la historia de Francia, pues luego Rusia, China, Vietnam, Cuba, Chile, y muchos otros países la reclamarían como un antecedente memorable en lo que respecta a la participación de los trabajadores y de los campesinos en la construcción de la República Universal con la que soñaron los comuneros en 1871. El experimento social, político, económico y cultural que representó la Comuna de París, nos llenó de herramientas críticas y analíticas, para establecer hasta dónde es capaz de llegar el pueblo organizado, que busca hacer realidad sus sueños más apreciados.

VI

Si entre estos sueños estaba impedir la restauración monárquica en Francia y defender la soñada República Universal en la cual París sería una ciudad autónoma, como soñaba Courbet, organizada y dirigida por los trabajadores y una pequeña burguesía radicalizada e inconforme, desde 1789, con el papel que le habían asignado en el diseño de la república, las primeras decisiones que tomaron los comuneros, tenían un aroma revolucionario inconfundible, que luego se extendería a diferentes partes del mundo. No fue en vano que la Iglesia Católica, el Ejército, la plutocracia bancaria, la policía

y la totalidad de las instituciones burguesas del momento, fueran el blanco de un conjunto de reformas, que aspiraban a establecer nuevas sendas para una forma de poder popular totalmente desconocida, hasta el momento.

Los trabajadores pretendían tomar en sus manos, el control de este amplio abanico institucional. Aunque muchas de estas aspiraciones con dificultades apenas despegaron del suelo, muchas otras iniciativas populares, de naturaleza salarial, educativa y artística le dieron el ritmo a una marcha insobornable hacia el futuro, con fuertes tintes anarquistas. Algunas de estas medidas, directamente relacionadas con la vida cotidiana de los seres humanos, tuvieron un impacto directo en la reformulación de las relaciones interpersonales. Por ejemplo, las deudas acumuladas debido a rentas domiciliarias atrasadas, deudas con la policía por pequeños crímenes, el trabajo nocturno de los niños y de las mujeres, así como el trabajo municipal en las calles, avenidas y plazas, y la iluminación nocturna, fueron objeto de revisión profunda, pues se buscó el impulso del trabajo voluntario comunal y la integración de cooperativas que se harían cargo de algunos servicios públicos.

Las aparentes ambigüedades, que nosotros también hemos señalado, en el pensamiento y el quehacer de Élisée Reclus, cuando expresaba su animadversión contra el militarismo, pero, al mismo tiempo, se preguntaba por qué no se hacía saltar en pedazos a la maquinaria del Estado[15], no tenían nada que ver con unos ideales libertarios forjados en la lucha callejera, y en la lidia contra todos aquellos que utilizaban la violencia como el único medio, para lograr algunos avances sociales, políticos y culturales. La Comuna de París, es un punto de quiebra, una referencia obligada para todos

15. Quesada Monge (2015).

aquellos que creyeron alguna vez, en las posibilidades reales de los trabajadores por forjarse un mundo mejor. Pero la violencia, la brutalidad y la eliminación de los enemigos de clase, uno por uno, cuadra por cuadra, barrio por barrio, al menos en una ciudad de París controlada por unos trabajadores que únicamente anhelaban tomar sus vidas en sus propias manos, les corresponde a los represores de la Comuna, después de mayo de 1871.

La burguesía parisina, desplegando un amplio conjunto de prácticas culturales e ideológicas cotidianas, a través de las cuales los trabajadores eran vistos como extraños, como si fueran migrantes, siempre creyó que la Comuna estaba compuesta por extranjeros. Es cierto, había algunos polacos, rusos, suizos, italianos y hasta prusianos, pero los hermanaba un internacionalismo que avanzaba de forma vigorosa, y tomaba cuerpo sin contemplaciones en aquellos renglones de la lucha obrera que estaban definidos por luchas clasistas internacionalistas, y no de carácter local. Dicha tendencia era atribuible, en gran parte, al beligerante y productivo papel jugado por la Internacional de los Trabajadores. En esto, las mujeres fueron decisivas. Rara vez, el internacionalismo se vio impulsado de forma tan muscular como en esta ocasión.

Sería, prácticamente, imposible comprender las verdaderas dimensiones multinacionales de la Comuna de París, sin la participación de las mujeres. Porque sobre sus espaldas reposó la construcción de la cotidianidad en los momentos más álgidos de la lucha política, contra los formidables poderes de los prusianos invasores y de la burguesía francesa, su simpatizante más entusiasta. La Unión de las Mujeres, una de las organizaciones pioneras y fundacionales de todo lo que vendría después relacionado con el feminismo activo, estuvo en el centro de un protagonismo femenino, que no se limitó a la atención de los heridos, a la búsqueda de alimentos, de

armas o de refugio; sino que también atendió las deliberaciones orientadas a la búsqueda de nuevos objetivos y propósitos para la sociedad inédita que se estaba construyendo[16].

Para que se notara que los trabajadores de París habían separado, radicalmente, el significado político de la expresión "república universal" de su contenido burgués original de 1789, más íntimamente relacionado con un "universalismo republicano", que le producía escozores ideológicos a Élisée Reclus, decidieron hacerlo tomando acciones por medio de tres pasos, que resonarían, históricamente, por muchos años: 1) el 10 de abril de 1871, le dieron fuego a la guillotina, en la Plaza Voltaire, de esta manera estaban renunciando de forma irreconciliable con la pena de muerte, tan cara a las decisiones de último momento, de una burguesía que nunca dejó de creer en la eliminación física de sus enemigos de clase, como lo haría una vez que hubiera retomado París; 2) el 16 de mayo destruyeron la Columna Vendóme, la cual recordaba las glorias imperiales de Napoleón I, y las aspiraciones más profundas del expansionismo francés, del colonialismo que estaba tomando forma de manera penosa en Argelia y el Sur de Asia, y de las respuestas indignamente gazmoñas de una parte de la burguesía que jugaba al socialismo, argumentando que los trabajadores necesitaban de las riquezas coloniales, para seguir viviendo; 3) el 11 de abril, como hemos indicado, se logra establecer la Unión de las Mujeres, que llegaría a ser luminosa para el apuntalamiento de luchas decisivas en las calles y las barricadas de París[17]. William Morris, el destacado teórico del arte y del socialismo británicos, sostenía que él soñaba con que algo similar a lo que habían hecho los trabajadores con la columna Vendóme, se pudiera hacer, algún

16. Carolyn J. Eichner (2004). *Surmounting the Barricades Women in the Paris Commune*. (Indiana University Press). Capítulos 1 y 2.
17. Ross (2015) P. 23.

día, con la estatua de Nelson en Trafalgar Square, emblema del imperialismo británico[18]. La historia de mujeres como Elizabeth Dmitrieff, André Leo, Louise Mitchell y otras no puede tomarnos más de lo conveniente de este prólogo, dedicado sobre todo a generalidades políticas de la Comuna de París, pero, recordarlas es indispensable, ya que sin su gestión, su energía y su capacidad de lucha, este experimento no hubiera llegado hasta donde lo logró.

VII

No cabe pensar el colapso de la Primera Internacional de los Trabajadores, debido en gran parte al resultado producido por el experimento de la Comuna de París, sin recordar, al mismo tiempo, que los posibles conflictos y desacuerdos políticos, ideológicos, estratégicos y hasta personales entre los marxistas y los anarquistas, no superaron, ni de lejos, el cisma programático que la caída de esta organización le heredó al movimiento popular en todo el mundo. Todavía la Segunda Internacional, durante los debates que condujeron al fatídico 4 de agosto de 1914, revolvía las cenizas de la herencia de la Comuna de París. Y la Tercera Internacional, la más agresiva y programada, estratégicamente hablando, continuaba la tradición de revivir las frustraciones y las ausencias programáticas que la Comuna de París, no logró atender con la debida prontitud.

Con la caída de la Comuna de París, se fijaron, de forma indefectible, los esquemas tácticos y las propuestas estratégicas que partirían al movimiento obrero en dos. A partir de 1871 brotaría con naturalidad insuperable, una diferencia sustancial entre aquellos que creían, y todavía creen, en la espontaneidad de las masas para resolver sus propios problemas; y aquellos otros que confiaban, y confían, en una determinada

18. William Morris (2006). *The Collected Works of William Morris. Volume XXIII* (London: Elibron Classics. La edición original es de 1914) *Lectures on Socialism*.

forma de autoridad para llevar adelante los mismos asuntos[19]. Este cisma, también, generaría una serie de confusiones y de violentos desacuerdos al interior del movimiento de los trabajadores, que lo obligarían a postergar la discusión de tareas y propuestas urgentes en lo que se refería a cuestiones sindicales, organizativas, partidarias e institucionales, para enfrentar la lucha contra el sistema capitalista y la civilización burguesa.

Sin mencionar que ambas dimensiones del orbe revolucionario se subdividieron a su vez, en una infinidad atemorizante de enfoques y prácticas distintas para atacar el problema social, la revolución y la cuestión del poder y de la autoridad, algunos aspectos de la vida cotidiana, mientras la Comuna seguía adelante con su experimento, fueron abordados por los revolucionarios de París, como si las divisiones y las animadversiones no estuvieran a la vuelta de la esquina. Anarquistas, jacobinos, marxistas y republicanos radicales, encontraron, por ejemplo, que uno de los aspectos que debería ser tratado con urgencia, era el problema de la educación. Todavía hoy, en el siglo veintiuno, las diferencias epistemológicas sobre la enseñanza, y sobre la forma en que la educación debe ser organizada, responden, con mucho, a los viejos problemas que la Comuna de París quiso resolver. Es curioso, pero esta fue una cuestión que la Tercera República francesa, sin reconocerlo, asumió como suya, una vez que los comuneros fueran pasados por las armas.

En nuestros días, todavía sigue sin resolver una de las cuestiones esenciales que más llamó la atención de los comuneros: la educación integral. Pensada como una práctica educativa en la que los estudiantes integrarían educación física, laboral y académica en un todo dinámico y productivo, la enseñanza

19. Puede consultarse nuestro ensayo (2014). *Anarquía. Orden sin autoridad* (Santiago de Chile: Editorial Eleuterio).

escolar que nos heredaron los comuneros sigue ofreciendo más preguntas que respuestas. Su idea de la misma podría resumirse en la noción de "educación politécnica"[20], en la que el enfoque multidisciplinario se equilibraba con el aprendizaje de oficios, "útiles para la vida cotidiana". Este tratamiento de la enseñanza se prolongó por lo que quedaba del siglo diecinueve; y luego fue motivo de debates y celebraciones por parte de los anarquistas y socialistas que se vieron involucrados en la guerra civil española de 1936-1939, donde puede haber llegado a su máxima expresión; tanto así que le costó la vida a varios de sus principales teóricos y practicantes.

Para decantar con precisión algunos de los logros de los comuneros en materia educativa, pues no habría que olvidar que la Comuna no fue más allá de setenta y dos días, y en tan corto tiempo era bastante poco lo que se podía concretar, habría que señalar que los salarios de los hombres y de las mujeres, dedicados a la educación, se igualaron el 21 de mayo de 1871, con lo que se alcanzaba un sueño en materia salarial, largamente acariciado, sobre todo por las mujeres, quienes, como hemos señalado, conquistaron un espacio en el escenario de la Comuna, apenas igualado por la revolución rusa de 1917[21]. Pero hubo algo más todavía, la educación impulsada por los comuneros, en tan poco tiempo, pretendía, entre otras muchas cosas, una recuperación efectiva y productiva del tiempo que invierten los artistas, los poetas, los pintores, los músicos, los escultores, no sólo en la creación de sus obras, sino también en la inversión activa de sus ocios, los cuales, florecerían, supuestamente, en la lucha política, el debate, las discusiones de plaza abierta y la plena participación en el ejercicio de la administración pública. Un asunto como éste, primero fue mal visto por algunos intelectuales

20. Ross (2015) P. 42.
21. Ibídem. Loc. Cit.

de la vieja burguesía nacionalista y republicana, pero luego tuvo que ser reconocido en vista de que no había intersticios por donde se escabulleran las tareas sin realizar, y los discursos impronunciables de una clase trabajadora que había sido sometida y humillada por siglos. Los poetas lograron que el tiempo y el espacio coincidieran nuevamente, pues eran categorías que la burguesía había separado para mejor controlar el disfrute de las bellas artes, por parte de los trabajadores. De tal manera que no fue extraño el surgimiento de miles de poetas artesanos, que componían música, hacían literatura y a la vez política, en el más tradicional sentido de la palabra, llenando, de esta manera, una cotidianidad que la burguesía había llevado al rebosamiento con jornadas laborales de diez y doce horas diarias. Artistas como el pintor Courbet o Eugéne Pottier, el escritor de la letra de la Internacional, uno de los himnos más hermosos de todos los tiempos, no se limitaron a su quehacer, sino que también asumieron tareas protagónicas, en la organización de prácticas, talleres y expresiones educativas, literarias y artísticas que no concernían únicamente a los individuos, como había sido la costumbre tradicionalmente. Por eso, los artistas definían a la Comuna, como "igualdad en acción"[22].

VIII

La Comuna de París, durante su corta vida, fue algo así como "una fiesta permanente", nos recuerda el historiador norteamericano John Merriman[23]. La espontaneidad y la alegría con que los trabajadores de París, se lanzaron a las calles, a los parques, a las plazas, a los bulevares y a los cafés, nos recuerda que los intentos de Luis Napoleón y de sus arquitecto preferido, Haussmann, por concentrar a la gente para

22. Ibídem. P. 39.
23. Merriman (2014) P. 52.

mejor controlarla, estaban condenados, al menos, al aplazamiento, pues en la calle todo el mundo era conciente de que un enfrentamiento con las tropas de Thiers era inevitable. Por eso se lazaban a las colinas de Montmartre para celebrar la forma en que los cañones que Thiers quiso arrebatarles, eran instalados, con el afán preparatorio de confrontar a los invasores. Estaba claro que la triste historia en la que los animales del zoológico fueron pasados a cuchillo[24], para enfrentar el sitio que los prusianos habían puesto sobre la ciudad, podría repetirse; pero los "ciudadanos" de París, como se llamaban entre ellos, estaban dispuestos a todo por unos minutos en los cuales serían dueños de sus propias vidas[25].

La proliferación casi frenética de periódicos, panfletos, hojas sueltas, graffiti político, manifiestos y caricaturas que inundaron la ciudad de París, durante aquellos días, reflejaban, ciertamente, un total involucramiento con los objetivos y aspiraciones, por los que estaba luchando la Comuna. Durante su existencia, aparecieron noventa periódicos nuevos, incluyendo *El vengador,* de tendencia jacobina, y *La Comuna,* seguidor de las enseñazas del pensador anarquista P. J. Proudhon[26]. Algunos de estos periódicos llegaron a contar con tirajes de hasta 60.000 copias diarias, o más, como sucedió con *El grito del pueblo,* que dirigía el talentoso escritor Jules Vallés. En sus escritos sobre su infancia, su adolescencia y juventud, así como sobre sus experiencias escolares, lo convirtieron en uno de los escritores más leídos, no tanto por los comuneros de París, sino también por los militantes anarquistas, durante la revolución española de 1936[27].

24. Mary McAuliffe (2011). *Dawn of the Belle Époque* (UK: Rowman & Littlefield Publishers) P. 10.
25. Merriman (2014) Loc. Cit.
26. Ibídem. Loc. Cit.
27. Jules Vallés (2007).

Pero, al mismo tiempo, que el periodismo experimentaba un crecimiento descomunal, el teatro y otras actividades similares retrocedían, debido a que la mayor parte de los subsidios que se concedían a las compañías estatales de teatro y diversiones públicas fueron abolidos, para promover la formación de cooperativas que se dedicaran a la creación de espectáculos públicos. Este reforzamiento de la creación de cooperativas, y otras formas de organización popular fueron uno de los ingredientes fundamentales, que le dieron a la Comuna algunas de sus características más notables: el trabajo asociativo, cooperativo, solidario y popular. No debería extrañarnos, entonces, que durante estos días proliferaran las lecturas públicas de poesía, de cuentos y la declamación de discursos públicos, en los que aparecieron una infinidad importante de zapateros, panaderos, pasteleros, peluqueros, cerveceros, y otros que aspiraban a puestos de elección popular que, para hombres de la intelectualidad pequeño burguesa parisina, como Émile Zola, les parecía ridículo. Los clubes y las cantinas, como hemos mencionado páginas atrás, fueron el escenario en el que estos trabajadores y artesanos encontraron su medio natural, para promoverse y destacarse como figuras públicas.

A Zola, entre otros, le parecía inaceptable que una figura como Gustave Courbet, aspirara a un puesto de administración institucional. Sin embargo, a él este asunto lo tenía sin cuidado, pues con sustento en la autoridad que le había otorgado la república el 4 de setiembre, convocó a una reunión de artistas y artesanos, para el 18 de marzo, con el fin de proclamar la absoluta libertad artística, de gustos y estilos en la ciudad de París, la que él consideraba un verdadero paraíso, pues todos los artistas se habían reunido en federaciones y cooperativas y habían terminado siendo "dueños de su propio destino". A pesar de los exabruptos de Zola, finalmente,

Courbet terminó electo alcalde del distrito sexto de la ciudad de París, y luego, la Comuna lo nombró miembro de la comisión de educación, el 21 de abril, para que se hiciera cargo de todos los detalles relacionados con la Federación de Artistas, en la cual se encontraban también nombres tan ilustres como Millet, Corot, Manet y Pottier. [28]

El 29 de abril de 1871, la Comuna nombró al pastor protestante Élie Reclus, hermano del célebre geógrafo anarquista Elisee Reclus, al frente de la Biblioteca Nacional. Siguiendo a Courbet, cuando estuvo a cargo del Louvre, Reclus pretendía que la soldadesca de Versalles, atendiendo órdenes de Thiers, no terminara saqueando las ricas colecciones conservadas en la famosa biblioteca. Para proteger estos tesoros, exigió de todos los empleados la más absoluta e incondicional obediencia a los mandatos de la Comuna[29]. Esta clase de decisiones, que recuerdan mucho algunas de naturaleza autoritaria tomadas por gobiernos supuestamente revolucionarios de nuestros días, iban dirigidas a proteger los tesoros artísticos de la ciudad, aún en contra de los ciudadanos mismos. Algunos de ellos, millonarios y miembros de la alta burguesía, que buscaron permanecer en París, a pesar de los comuneros, como Edouard Vignon, experimentaron, en carne propia, los efectos de algunas medidas tomadas por la Comuna, que afectaron no sólo a su familia, sino también impactaron sus propiedades y posesiones. La actitud de la familia Vignon, recuerda mucho a las familias de empresarios, profesionales y herederos adinerados en procesos revolucionarios como los que han tenido lugar en Cuba, Venezuela, Chile, Bolivia, Nicaragua y Argentina.

---

28. Merriman (2014). Loc. Cit.
29. Ibídem. Loc. Cit.

IX

Los miembros de la Comuna, en realidad, carecían de experiencia política[30], de malicia en los debates, y de un poco de sentido del ridículo, pues en las minutas de su gaceta oficial, con mucha frecuencia, se podría discutir, tanto sobre las características y naturaleza de un entierro, como sobre el sentido verdadero de la organización dictatorial en la que se estaba convirtiendo el Comité de Salud Pública[31], así llamado para evocar antecedentes históricos evidentes. Pero, con frecuencia, el desorden en los debates era sintomático, y se dejaban caer temas y problemas que demandaban una decisión urgente, como las cuestiones relacionadas con la iluminación pública o los acueductos.

La acrimonia personal hizo mucho daño, pues las rivalidades entre diferentes dirigentes revolucionarios, se llevaban, para ser ventiladas abiertamente, a las sesiones públicas de la asamblea nacional, o del Comité de Salud Pública. Casi podría decirse que la Comuna en términos generales, carecía de una dirigencia o de un liderazgo ostensible. Esto era un asunto serio, pues una guerra civil estaba en curso, y se necesitaba de alguien que pudiera hacer frente a las decisiones urgentes en esta materia. En temas como la educación o las condiciones de trabajo de los ciudadanos de París, donde la tradición artesanal contaba mucho, pues, desde los años sesenta, era evidente el peso específico de los artesanos en el desarrollo del movimiento popular en Francia, la Comuna se lució, como hemos visto, impulsando algunos de los programas y proyectos más revolucionarios imaginados, hasta ese momento.

Unos dieciocho miembros de la Comuna procedían de la clase media, de la cual habían renegado en sus días de

30. Stewart Edwards (1973) (Editor) *The Communards, 1871* (London: Thames & Hudson) P. 28.
31 Michael Abidor (2015) P. 27.

adolescencia. Pero, al mismo tiempo, en total, unos treinta de sus miembros procedían de profesiones liberales, o de la *bohemia,* un término del cual se había abusado mucho, para indicar que, en su mayoría, eran reporteros en periódicos republicanos. El resto incluía tres doctores, tres abogados (en marcado contraste con la revolución de 1789, en la cual los abogados sobresalían), tres educadores, un veterinario, un arquitecto y once comerciantes, o personas dedicadas a cuestiones contables o financieras. Uno de estos últimos, Francis Jourde, estaba a cargo de las finanzas de la Comuna[32].

Otros cincuenta miembros de la Comuna eran trabajadores manuales, o estaban, ocasionalmente, en esta clase de trabajo, antes de dedicarse a las cuestiones políticas. El grueso eran artesanos que se encontraban concentrados en los pequeños talleres, ubicados a todo lo largo y ancho de la ciudad de París, como hemos mencionado. No se puede perder de vista esta larga y consistente tradición artesanal de los parisinos, ciudadanos plenos y activos en la mitad del siglo diecinueve. Muchos de ellos se habían dedicado al trabajo en metales, canteros, a la mueblería, a la decoración de interiores y a la encuadernación. Pero los zapateros eran indiscutiblemente uno de los gremios más destacados en este momento del estallido de la Comuna.

Extrañamente, muchos de estos trabajadores venían de las grandes concentraciones industriales que empezaban a rodear a la Ciudad Luz, donde se habían encontrado con serias dificultades organizativas, durante los conflictos laborales de los años sesenta con las compañías ferroviarias y mineras de ese momento. Era evidente que la Primera Internacional aún no había logrado aglutinarlos en torno a los primeros proyectos cooperativos, que reflejaban el alma "mutualista" en los

32. Edwards (1973) P. 28.

primeros momentos de esta organización. Cuando la Comuna vino al mundo, muchos de estos trabajadores se encontraron inseguros de asumir posiciones de liderazgo, y les cedieron a los dirigentes de la pequeña burguesía la tarea ingrata de hacer frente al enorme reto que se les venía encima.

Unos cuarenta miembros de la Comuna habían estado envueltos en el movimiento obrero francés, desde sus inicios, y habían decidido alinearse con la Primera Internacional. Esta experiencia, que se expresaba en sus conocimientos teóricos y prácticos del movimiento sindical y de otras formas de organización obrera, les dio una imagen de grandes luchadores, experimentados y revoltosos, tanto así que su pensamiento terminó considerado por muchos como anarquista, muy inclinado hacia el enfoque desarrollado por una figura como Proudhon, antes que la de Bakunin, de fuerte orientación eslava. Pero calificar a estos dirigentes como "proudhonianos" podría ser una aseveración ideológica un poco fuerte, desde el momento en que su consciencia de clase no les indicaba todavía que había llegado el momento en que a los trabajadores les correspondía recoger los productos de su propia lucha, y no a la burguesía, como en el pasado[33].

X

Como bien nos recuerda Edwards, el tiempo no siempre estuvo a favor de la Comuna. Marx anotaba que la Comuna había nacido con el signo de la guerra, pues las tropas de los versalleses habían estado acosándola desde el 2 de abril de 1871[34]. Y las consecuencias de la guerra, de la "invasión" de París, y de las masacres que se llevaron a cabo, durante la semana sangrienta del 25 de mayo de 1871, dejaron un legado, cuyas consecuencias aún se viven en nuestros días, a pesar del

33. Ibídem. P. 30.
34. Ibídem. Loc. Cit.

esfuerzo que hacen muchos académicos y políticos, por ignorar las verdaderas lecciones que le dejaron al pensamiento y a la práctica políticas occidentales esas pocas semanas de vida de la Comuna de París. Las revueltas de mayo de 1968 en París, México, Alemania y los Estados Unidos, vieron en la Comuna de París de 1871 un emblema inequívoco de la orientación de sus objetivos de lucha. Lo mismo podría decirse de la revolución rusa de 1917 y de todos los procesos revolucionarios que la siguieron, hasta su desplome definitivo en 1991.

Es un hecho indiscutible que la Comuna de París modificó la relación política práctica, entre tiempo y espacio, a la que estaban acostumbrados los trabajadores de cuello blanco y los artesanos de París. Este nuevo sentido de la "praxis" política en la vida cotidiana dejó, al mismo tiempo, un nuevo lenguaje y una visión distinta de las relaciones entre las personas, en el lugar de trabajo, en la fábrica, en la tienda, en la oficina y en la calle. Había que abolir el valor de cambio, sostenían los comuneros, pues era el responsable de sostener una sociedad capitalista explotadora y abusiva. Por eso les costó tanto al resto de los países europeos, recibir, como refugiados, a los que terminaron perseguidos, una vez que la Comuna y sus sueños se desplomaron. En varias naciones europeas, los comuneros que solicitaron refugio, terminaron siendo devueltos a Francia, para que enfrentaran su fusilamiento. Eran considerados extranjeros en su propio país, lo hemos dicho. Pero, además, con ellos se aplicó la violencia que Francia aprendió a utilizar con los argelinos. La guerra contra los comuneros se consideró una guerra santa, una especie de cruzada contra los bárbaros, a los que se persiguió por toda Europa, para aniquilarlos. La burguesía parisina, asustada y encendida por el odio de clase, se había propuesto la aniquilación definitiva de su peor enemigo político, social e ideológico.

Únicamente Inglaterra y Suiza, abrieron sus fronteras para recibir a un puñado de revolucionarios desarrapados, que no dejaban de hablar sobre cómo tumbar al sistema capitalista y de la revolución mundial. En el pasado, había sido más fácil, pues aquellos que buscaron refugio eran aristócratas o grandes empresarios, adinerados y bien ajustados. Los nuevos exiliados, con sospechosa regularidad, se reunían para complotar contra las autoridades francesas; y los suizos, por ejemplo, los mantenían vigilados, pues los bares, los cafés, o las tabernas que fundaban eran centros de reunión de personas indeseables como aquellos comuneros que ahora intentaban toda clase de trabajos, para poder sobrevivir. Fue, sin duda, en esos centros de reunión, en ciudades como Lausana y Ginebra, donde se dieron las primeras discusiones que motivarían el surgimiento de conceptos y prácticas tan notables como "el comunismo anarquista" o el "anarcocomunismo", hacia los años iniciales de la década de los setentas, del siglo diecinueve. Kristin Ross, nos recuerda que los desacuerdos entre Marx y Bakunin, o entre Marx y Reclus, no impidieron que el análisis hecho por el fundador del materialismo histórico, sobre la Comuna de París, fuera uno de los intentos más cercanos al anarcocomunismo, que podamos mencionar[35]. Las zonas grises que luego aparecerían, de naturaleza estratégica, entre marxistas y anarquistas, no deben ser atribuidas a desacuerdos sustanciales entre ambos enfoques, sobre la cuestión de la Comuna. Las distorsiones que una historiografía de inspiración estalinista hubiera realizado, con posterioridad, sobre estos temas, no excluyen que podamos mencionar coincidencias entre ambos enfoques sobre la cuestión de la Comuna de París.

Así lo había entendido, con sorprendente precocidad, una figura de la talla de William Morris, el talentoso y sensible

35. Ross (2015) Pp. 104-116.

escritor inglés, para quien la Comuna había sido el intento mejor logrado por instalar una república obrera en el centro de Europa. Él fue el más entusiasta defensor de la Comuna en una Inglaterra victoriana, pagada de sí misma, la cual, con su imperio, había cerrado casi todas las posibilidades a la utopía. Si el anarcomunismo llegó a ser la propuesta más completa, ideada por los anarquistas, hasta ese momento[36], su herencia penetra, de forma profunda e indeleble, la historia de la Comuna de París y su legado. Algo que los marxistas también se atreven a defender.

El encuentro utópico, teórico y metodológico de tres figuras como William Morris, Élisée Reclus y Piotr Kropotkin, como nos enseña Kristin Ross con sus investigaciones, nunca fue fortuito, pues estaba sustentado en una experiencia de la Comuna de París, que abrazaría con uñas y dientes la convicción de que, la única forma de superar los problemas del sistema capitalista, era eliminando al sistema mismo. Nunca creyeron en las "colonias anarquistas", para las cuales el aislamiento era vertebral, con el fin de sobrevivir en un sistema de civilización como el burgués, destinado para engullirlo todo alrededor: arte, historia, economía y política. Sin embargo, el rescate de las armonías existentes entre los seres humanos, sus distintas formas de organización social y el medio ambiente, hicieron posible el surgimiento de algo que hoy llamamos "ecosocialismo".

Los tres pensadores mencionados, estaban muy bien enterados de aquello que separaba a su tiempo de los anteriores, en lo que respecta a cuestiones comunales. Ellos no eran "comunalistas"; eran comunistas, como bien lo aclaraba Morris, sobre todo. Por tal razón, estuvieron siempre en contra, como hemos indicado, de las "colonias anarquistas", más proclives

36. Michael Schmidt & Lucien van der Wall (2009). *Black Flame. The Revolutionary Class Politics of Anarchism and Syndicalism* (UK: AK. Press) P. 24.

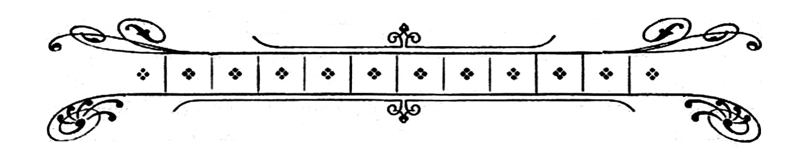
al romanticismo de la solidaridad, que de la verdadera hermandad comunista, en la cual, como bien anotaba Kropotkin, no caben los sentimentalismos y sí la eficiencia probada de la productividad y de los mejores medios de distribución de la riqueza entre los miembros de la comunidad.

La solidaridad en Reclus, por otra parte, no es únicamente una cuestión ética, sino también una estrategia revolucionaria, tal vez la más importante. Después del fracaso de la Comuna, Reclus tomó conciencia del error en que podrían caer los revolucionarios, al no tomar en cuenta a los campesinos, pues el poder de los opresores de la Comuna, residía en impedir, a toda costa, que los trabajadores de la ciudad y del campo, encontraran medios de acercarse, un tema que fue ferozmente debatido, luego, por los marxismos, con consecuencias más que conocidas[37].

Cuando el tiempo laborado deje de ser la medida del trabajo realizado, y éste ya no sea más el termómetro de la producción de riqueza, será cuando ésta, a su vez, deje de ser cuantificada en términos de valor de cambio. Morris, Reclus y Kropotkin, tenían perfecta claridad sobre el hecho de que, la construcción de la utopía sólo es posible cuando los seres humanos comprendan que la armonía social tiene sentido a partir de su relación armoniosa con la naturaleza. Lo contrario es solo el caos al que nos tienen acostumbrados el sistema capitalista y “la guerra comercial permanente” de unos contra otros, como concluía William Morris.

Rodrigo Quesada Monge
San José, Costa Rica,
marzo de 2016.

37. Ross (2015) P. 142.



NOTICIA HISTÓRICA

1866 14 de Junio, declaración de guerra de Prusia y de Italia a Austria; 24 de Junio, Custozza; 3 de Julio, Batalla de Sadowa o Konig-gratz; 4 de Julio, restitución de Venecia a Francia; 17 de Julio, los prusianos llegan hasta Viena; 20 de Julio, Lissa; 21 de Julio, armisticio. — Congreso de la Internacional obrera en Ginebra. — 4 de Noviembre, Mentana.

1867 5 de Febrero, los franceses abandonan Méjico; 19 de Junio, ejecución de Maximiliano. — Rusia vende Alaska a los Estados Unidos. — Insurrecciones en Creta y en Cuba.

1868 17 de Septiembre, insurrección de Cádiz; 30 de Septiembre, huida de Isabel II. —Toma de Samarkand por los rusos. — Golpe de Estado en el Japón.

1869 17 de Noviembre, apertura del canal Suez.

1870 8 de Mayo, plebiscito. — 19 de Julio, declaración de guerra a Prusia. — 2 de Agosto, primeras escaramuzas. — 14-18 de Agosto, Borny, Rezonville, Gravelotte, Saint Privat. — 1-2 de Septiembre, Sedán. — 4 de Septiembre, proclamación de la República. — 18 de Septiembre, cerco de París. — 20 de Septiembre, entrada de los Italianos en Roma. —27 de Octubre, rendición de Metz. —

9 de Noviembre, Coulmiers. — 16 de Noviembre, Amadeo de Saboya, rey de España.

1871 3 de Enero, Bapaume. — 10 de Enero, Villersexel. — 18 de Enero, el rey de Prusia es proclamado emperador alemán en Versalles. — 28 Enero, rendición de París y armisticio. — 1° de Febrero, el ejército del Este se refugia en Suiza. — 8 de Febrero, elecciones en Francia. — 1°de Marzo, paz. — 18 de Marzo - 28 de Mayo, Commune de París.

1872 Principio de la guerra carlista.

1873 11 de Febrero, Amadeo sale de España. — 24 de Mayo, Mac-Mahon reemplaza a Thiers.—Julio, movimientos federalistas en Málaga, Cádiz, Sevilla, Cartagena.— 16 de Septiembre, evacuación del territorio francés por los ejércitos alemanes; 20 de Noviembre, organización del Septenado. — Los rusos toman Khiva.

1874 3 de Enero, golpe de Estado del general Pavía; 12 de Enero, rendición de Cartagena; 29 de Diciembre, restauración de la monarquía por Martínez Campos.

1875 30 de Enero, la república francesa es votada por 353 votos contra 352. — Sublevación en Herzegovina.

1876 28 de Febrero, fin de la guerra carlista. — 29 de Mayo, deposición de Abd-ul-Aziz, asesinado el 11 de Junio; 31 de Agosto, Abd-ul-Hamid reemplaza a Murad V. — Guerra servio-turca.

1877 16 de Mayo, golpe de Estado de Mac-Mahon ; Octubre, re¬elección de los 363. — 22 de Junio, los Rusos atraviesan el Danubio; Julio-Diciembre, luchas alrededor de Plevna; 18 de Noviembre, toma de Kars.

1878 14 de Febrero, la flota inglesa atraviesa los Dardanelos. — 3 de Marzo, tratado de San Stefano. — 13 de Junio-13 de Julio, Congreso de Berlín.

1879 30 de Enero, dimisión de Mac-Mahon. — Guerra anglo-afgana. — Guerra entre Chile y una alianza bolivio-peruana.

1881 Los Rusos entran en Turkmenia y los Franceses en Túnez. Tesalia es devuelta a Grecia. —

1882 11 de Julio, bombardeo de Alejandría. — los Ingleses ocupan Egipto. — Toma de Hanoi.

1883 Estalla la guerra entre Servia y Bulgaria. — Los franceses se apoderan de Annam.

1884 Los rusos toman Merv. — Guerra franco-china.

1885 Febrero, la conferencia de Berlín organiza la ocupación europea de África. — 18 de Septiembre, reunión de Rumelia a Bulgaria. — 26 de Enero, toma de Khartum por el Mahdi.— 28 de Febrero, derrota de Lang-Son . — 9 de Junio, paz franco-china; Inglaterra anexiona Birmania.

1886 Un bloqueo europeo impide a Grecia emprender la guerra.

1889 15 de Noviembre, proclamación de la república en el Brasil.

1894-1895 Guerra chino-japonesa. — Primeros trabajos del Transiberiano.

1896 1.° de Marzo, derrota de los Italianos en Adua.

1897 Rebeldía de Creta; guerra greco-turca.

1898 Proceso Dreyfus. — Mayo a Agosto, guerra hispano-americana. — Septiembre, batalla de Omdurman ; Franceses e ingleses en Fachoda. — Los rusos se instalan en Port-Arthur y los ingleses en Wei-hai-wei.

1899 Enero, los alemanes en Kiao-Tcheu. — Insurrección en las Filipinas.

1900 Sublevación de los Boxers en China; expedición europea.



INTERNACIONALES

La conciliación entre el Capital y el Trabajo es imposible, pero cada nueva lucha da lugar a transacciones que se acercan a la justicia.

Las diversas revoluciones de Europa que arrojaron fuera de su patria a todos los desterrados o emigrados, dieron un resultado importantísimo en la historia, ayudaron a constituir agrupaciones nuevas aparte de los sentimientos exclusivos, siempre mezquinos, de origen nacional. En aquellos barrios del centro de Londres, donde, por un fenómeno de agregación debido a la necesidad del apoyo mutuo, se hallaban todos los revolucionarios extranjeros, italianos de Venecia, de Génova y de Roma, españoles de Barcelona y de Valencia, parisienses y badenses, polacos y rusos, la alianza

había de hacerse: la comunidad del objeto, de los intereses y de los medios empleados producía una concordia al menos parcial entre los proscritos, a pesar del obstáculo que oponían las diferencias de costumbres y de lenguaje, como también las rivalidades de las ambiciones de los que codiciaban el poder. De ese modo se constituía una especie de gobierno oculto de los Estados Unidos de Europa, sin que la orgullosa Inglaterra se dignase conocer los actos de los hombres caídos, que le habían pedido un asilo y que trabajaban para la reconstrucción del mundo. Constituía ciertamente un hecho político de primer orden aquel intento de acuerdo internacional en vista del establecimiento de un nuevo equilibrio europeo basado sobre la libertad cívica y sobre la representación equitativa de todos los intereses; pero los compromisos recíprocos tomados por los contratantes carecían de la sanción popular, única que podía darles la realización futura, y ocurría además que la mayoría de aquellos hombres políticos habían participado en el gobierno de su país de origen, y no aplicaban un absoluto desinterés a la realización de su misión.

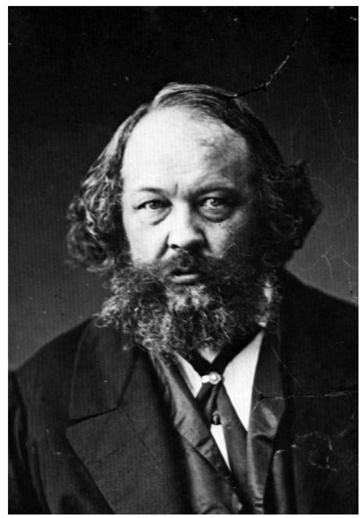
¡Cuánto más importante que aquella concordia provisional entre personajes de diversas naciones, fue la otra Internacional, la que nació espontáneamente entre trabajadores y hambrientos pertenecientes a todas las naciones que se reconocían hermanos por la voluntad común! Los astrónomos, los geógrafos, los viajeros habían descubierto la unidad material del planeta, y unos humildes obreros ingleses, alemanes, suizos y franceses, sintiéndose dichosos por amarse en razón de que habían sido destinados a odiarse y que se expresaban difícilmente en una lengua que no era la suya, se estrechaban en un mismo grupo y se unían para formar una sola nación, despreciando todas las tradiciones y las leyes de sus respectivos gobiernos. Esa unidad moral, esa humanidad de que en otro tiempo hablaban los filósofos y que la mayoría

consideraban como un sueño imposible, comenzaba a tener un principio de realización en las calles tristes y fangosas de Londres, bajo la niebla pesada y negruzca.

Los principios de la obra fueron poca cosa y apenas pueden distinguirse sus orígenes, que son numerosos y que se hallan muy lejos en el pasado, como las raíces y las raicillas de un gran árbol que se buscan y se estudian entre las hendiduras de la tierra. A justo título pueden señalarse diferentes grupos socialistas, aun antes de la revolución de 1848, como precursores de La Internacional, y algunas vanidades de partido se han aprovechado de ello para atribuirse la gloria de haber dado el impulso decisivo a ese movimiento. El hecho es que después de múltiples iniciativas, la nueva sociedad apareció en 1864 en las reuniones populares de Londres, absoluta y definitivamente consciente de su objeto, hablando un lenguaje cuyos términos todos habían sido escrupulosamente precisados, porque los hombres que los pronunciaban se dirigían al mundo entero y sabían que sus palabras serían oídas de siglo en siglo. Comprendiendo que "la emancipación de los trabajadores no se haría sino por los trabajadores mismos", la Asociación Internacional apelaba a todas las energías de los que trabajan para combatir todo monopolio, todo privilegio de clase, y les ponía en guardia contra toda participación en las pasiones y en las intrigas de la política burguesa. En su contenido general, el manifiesto de los obreros internacionales resonaba como un grito de guerra contra todos los gobiernos; pero, sobre éstos, se dirigía fraternalmente a todos los hombres entre los cuales "la verdad, la justicia y la moral debían constituir la línea de conducta sin distinción de color, de fe ni de nacionalidad. ¡No más deberes sin derechos, no más derechos sin deberes!". Quizá sobraba en esta proclama de los obreros asociados la palabra "fe" porque el hombre que cree en un poder sobrenatural y se conforma ciegamente con las órdenes que se supone se le envían

desde el cielo no puede comprender la libertad y, por consecuencia, no puede pertenecer a una asociación de compañeros que reivindican sus derechos y se disponen a conquistarlos.

Grande fue la emoción en el mundo de la clase poseedora que se distribuye los beneficios y hace trabajar en su provecho a las multitudes de campesinos y obreros. Impulsada por la lógica de las cosas, que muestra en el presente la realización del porvenir, la burguesía se imaginó que la gran masa obrera formaba parte de la flor del proletariado agrupado en una Internacional, y en su terror creyó ver de repente miles y miles de obreros hostiles ponérsele frente a frente. Fue aquella una ilusión de que se vengó después aplicando las prisiones, los destierros y los fusilamientos en masa; mas por escaso que fuera al principio el número de los hombres conscientes de la fuerza de la idea, comprendiendo el antagonismo absoluto del trabajo libre y del monopolio capitalista, las persecuciones no podían aniquilarla. Esta vez la semilla se había arrojado sobre una tierra favorable. En Francia, especialmente, se tuvo la candidez de creer, después de la *Commune*, que las leyes, los decretos y las amenazas de proceso habían suprimido La Internacional, que la simiente había sido extirpada o esterilizada; pero quede el nombre o desaparezca, que las etiquetas cambien o se modifiquen, nada importa al hecho que permanece cierto, firme, inquebrantable como un decreto del



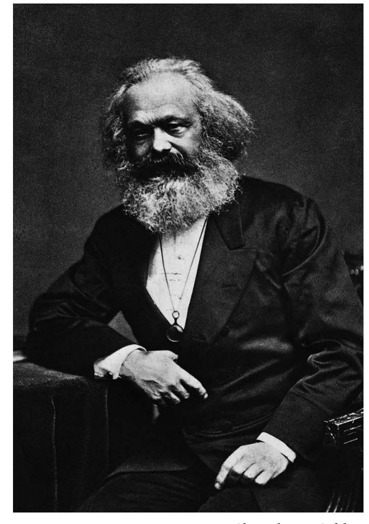
Cl. del *Reveil de la Chine*

Miguel Bakounine, 1814-1876

Representante de la tendencia federalista y anarquista de La Internacional.

destino. ¡La Internacional es el producto mismo de la civilización contemporánea! Los trabajadores se han salvado de la ignorancia primera: saben y sabrán cada vez con mayor certidumbre que sus intereses son los mismos acá y allá de las fronteras y de los mares, sobre toda la superficie del globo, que su patria se empequeñecerá constantemente comparada con la gran patria, que es la Humanidad.

Por más que los gobiernos combatían La Internacional en uno de sus elementos, la Internacional obrera, no dejaban de ser arrastrados por la corriente de la historia hacia manifestaciones que habían de dar el mismo resultado: también ellos trabajaban por el empequeñecimiento de los límites nacionales, sobre el continente de Europa: las redes de ferrocarriles se enlazaban unas con otras en mallas cada vez más numerosas; se abría un túnel por debajo de los Alpes para unir Francia e Italia, mientras que en la América del Norte se plantaban rieles apresuradamente sobre las mesetas y los desiertos de las Rocosas para poner en comunicación, a través de los continentes, los dos grandes puertos del Atlántico y del Pacífico, New York y San Francisco.



Cl. Pinkau y Gehler.

Carlos Marx, 1818-1883

Representante de la tendencia centralista y socialista de La Internacional.

Se trabajaba para hacer algo todavía más grande, para cortar el istmo que unía África al resto del Mundo Antiguo. Era en realidad continuación de una obra que la naturaleza había hecho ya, probablemente durante un corto período de las edades

cuaternarias, y que los hombres habían terminado también por una vía indirecta hace más de dos mil años. La leyenda y la historia hablan de un canal, trazado desde la rama oriental del Nilo hasta el golfo de Arsinoe, en la extremidad del mar Rojo, y se sabe que Darío, utilizando los trabajos del faraón Nechao, le dio una anchura suficiente para que pasaran dos trirremes de frente. Cerrado por las arenas, el canal fue reparado en tiempo de los Ptolomeo, y después restaurado a lo menos por segunda vez durante el reinado de Trajano: era el "Río" por donde se transportaban a las orillas del Nilo los bloques de pórfido extraídos de las montañas ribereñas del mar Rojo. Amru restableció una vez más esta vía navegable, pero después arenas y fangos continuaron nuevamente su obra y durante once siglos África volvió a soldarse al cuerpo continental de Asia. No obstante, todos los grandes hombres deseaban la restauración del canal egipcio. Los versos que Marlowe pone en boca de Tamerlán prueban de qué manera excitaba las imaginaciones la preocupación del rompimiento del istmo en la época del Renacimiento:

> "And here, not far from Alexandria,
> Whereas the Tyrrhene and the Red Sea meet,
> Beeing distant less than full a hundred leagues,
> I mean to cut a channel te them both,
> That men might quickly sail to India".[1]

Durante el período de fervor de la gran industria moderna, precisamente cuando se esperaba del trabajo intensivo de los obreros una especie de renovación mundial, los discípulos de Saint-Simon, fanáticos de la apertura del istmo asiático-africano, hicieron de él casi un dogma de su religión, y los ingenieros

1. "Y aquí, no lejos de Alejandría, donde el Mediterráneo y el mar Rojo se aproximan, y están separados por menos de cien leguas, yo cavaré un canal, para que el hombre abrevie su ruta hacia las Indias." Tamburlaine the Great.

por ellos enviados hicieron sobre el terreno las nivelaciones preliminares y los proyectos de la obra, continuados después en beneficio de los especuladores y de los banqueros. Puede decirse que, virtualmente, el canal estaba ya abierto cuando Bourdalouse hubo terminado su trabajo geodésico de mar a mar en 1847. Pero hubieron de pasar más de veinte años antes de que la empresa lograra triunfar definitivamente de las rivalidades políticas, de la envidia comercial y de la animadversión de la Gran Bretaña y de la Puerta; y aun ese triunfo no se hubiera obtenido seguramente sin las prodigiosas liberalidades del khedive de Egipto Ismail Pachá, sin los millones y millones de francos pagados para reclamo y sin el trabajo gratuito de los siervos de fellahin que recogían la tierra del canal en sus cestos de fibras vegetales. Por último, el 17 de Noviembre de 1869, una suntuosa escuadra de barcos decorados y floridos remontó el canal Interoceánico desde Port-Said al lago Timsah. Era aquel ciertamente un hecho capital en la historia del comercio y hasta en la de la toma de posesión del globo por la humanidad, pero el apreciador superficial de los acontecimientos sólo vio un triunfo de Francia, que por sus ingenieros había hecho los estudios, había suministrado los capitales y cuya soberana, la emperatriz Eugenia, bella todavía, presidía magníficamente el cortejo.

Pero precisamente aquel triunfo fue seguido de la manera más brusca de un terrible trastorno causado por la guerra franco-prusiana, y por un singular cambio de frente de Inglaterra: ese país, que no había cesado de oponerse a la apertura del canal durante todo el período de los trabajos, cambió repentinamente de opinión en cuanto fue terminada la obra, y mediante la compra de acciones se convirtió en el principal propietario de la vía destinada a ser el gran camino de las Indias. En tanto que Inglaterra pudo temer que otra potencia se instalase sólidamente en Egipto, lugar de etapa por

excelencia entre Londres y Bombay, había de intentarlo todo para que la ruta de circunnavegación por el Cabo de Buena Esperanza fuera la única frecuentada por los barcos, pero en cuanto una segunda vía, más corta y menos peligrosa, se halló abierta, necesitó a toda costa, si no apoderarse, al menos ocupar en ella la parte principal. Más a pesar de todas las rivalidades nacionales, quedaba predominante el interés mayor del género humano que aproximaba los pueblos y las razas, yuxtaponiendo, por decirlo así, las orillas del Pacífico y las del Atlántico, creando de nuevo la forma de los continentes.

Semejantes resultados dominan singularmente en la historia esencial del mundo sobre las consecuencias relativamente pasajeras causadas por los conflictos de pueblo a pueblo, y hasta por las guerras de invasión, por terribles que sean y por numerosos que fuesen los desastres causados por esos choques. En aquella época ya no pertenecía a Francia la iniciativa en los asuntos europeos, pues que ya no tenía política nacional y se hallaba gobernada por un hombre enfermo, gastado, vacilante y solapado. El juego de la diplomacia estaba dirigido por Prusia, guiada y dominada por un hombre de clara inteligencia, de voluntad poderosa e indudablemente superior a todo escrúpulo o preocupación. Ya el conde de Bismarck había despejado completamente el terreno político en la asamblea del mundo germano, estableciendo de una manera indiscutible la hegemonía de Prusia en los asuntos de Alemania. Ante todo (1854) se solucionaba en provecho de Prusia la cuestión de las fronteras de Dinamarca, apoderándose de toda la parte, incontestablemente germánica, de aquel reino situado al sur de Flensburg, y hasta extendiendo el límite político a cerca de un centenar de kilómetros al Norte, en pleno territorio del imperio dinamarqués: para ponerse en regla con el principio de las nacionalidades, se había dicho que los dinamarqueses

podrían en ocasión propicia unirse de nuevo a la patria escandinava por un voto libremente emitido, pero ese voto no se pidió jamás. Prusia llegó así a hacerse dueña del anexo estratégico más importante de su territorio: el Holstein domina la desembocadura del Elba y la del Trave, y posee las campiñas cruzadas por el gran canal de navegación de Kiel al Elba, considerado desde la anexión como uno de los trabajos que habían de emprenderse con más urgencia para completar los medios de acción del futuro imperio.

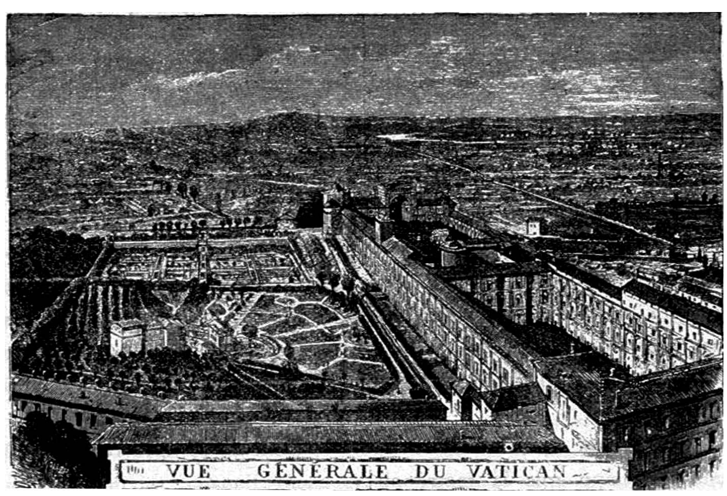
Después de ese primer golpe que aseguraba la posición de Prusia por la parte del norte y le daba una frontera estratégica perfecta, a la vez ofensiva y defensiva, se trataba de hacer un nuevo movimiento más decisivo todavía, expulsando a Austria de la Confederación germánica. La combinación parecía tanto más irrealizable, cuanto que Austria había prestado su apoyo a Prusia para conquistar el Holstein, y el primer acto de reconocimiento iba a ser declararle la guerra. No se vaciló lo más mínimo; sabias maniobras diplomáticas lograron embrollar las dos grandes potencias alemanas, y estalló la guerra (1866), y Prusia, mejor armada, preparada desde mucho antes, perfectamente consciente de su objeto y bien en regla con Europa, donde se había asegurado la alianza de Italia y la no intervención de los franceses y de los rusos, marchó casi matemáticamente a la victoria. Dos semanas después de la declaración de guerra, ganaba la batalla decisiva de Sadowa y se aprovechaba con gran habilidad de su triunfo para no pedir apenas a Austria más que satisfacciones morales, tanto más eficaces en realidad cuanto que imponían al vencido una especie de gratitud. El viejo imperio de Habsburgo se encontraba excluido de la Confederación germánica, mientras que los otros Estados de Alemania, reinos, electorados, principados y ciudades "libres" cambiaban de orientación y gravitaban forzosamente en el círculo de la hegemonía prusiana.

De ese modo la nación alemana, que en 1848 había intentado constituirse espontáneamente por entero y por la libre voluntad de sus pueblos, reaparecía veinte años después reformada por la voluntad de un amo, pero esta vez incompleta, mutilada, puesto que los alemanes austriacos habían sido rechazados de la nueva agrupación, y había de fiar a guerras o a revoluciones futuras el término de la obra comenzada. En el fondo, esa política de “hierro y de sangre”, en que los historiadores amantes del éxito, vieron el testimonio del genio monárquico de Prusia, consistió en impedir, por la fuerza y por la astucia, la formación libre y plena de la nación alemana, para rehacerla después bajo el aspecto de un ejército, cuyos cuadros no comprenden todavía todos sus regimientos.

La unidad pangermánica no está, pues, hecha todavía; en cuanto a la unidad italiana, puede considerarse esta etapa de la historia como definitivamente reconocida. Sin embargo, Italia, en su campaña contra Austria, no fue afortunada. Perdió en tierra la batalla de Custozza, y en mar, su flota, de la que esperaba mucho, fue en parte destruida y dispersada en el Adriático, cerca de la isla de Lissa. Entonces Austria, habiendo salvado completamente respecto de Italia su prestigio militar, pero obligada, no obstante, a sostener su ejército al otro lado de los Alpes para cubrir su capital contra Prusia, salió de apuros por medio de un golpe teatral, cediendo Venecia a su aliado Napoleón III, quien, a su vez, la entregó a Víctor Manuel, bajo reserva de una aceptación por el sufragio popular. Después de varias hipocresías diplomáticas destinadas a atribuir a Prusia el mérito de la cesión, el antiguo reino de Piamonte, llegado a los límites naturales de la Península, pudo al fin redondear su territorio hasta el hemiciclo de los Alpes: Italia estaba hecha desde el punto de vista geográfico, aunque incompleta siempre, si la política hubiera de obedecer al voto de las poblaciones, porque es indudable que en

el Tirol meridional y en Istria, los ciudadanos de lengua italiana se manifestarían en gran mayoría deseosos de entrar en la unidad peninsular.

Provisionalmente, la guarnición francesa continuaba protegiendo al papa contra la entrada de las tropas de Italia en Roma, ¿pero quién no presentía cuán contraria era aquella testarudez a las necesidades de la historia? En cuanto la guerra franco-alemana hubo manifestado la superioridad de Prusia,



Cl. P. Sellier

Vista del Vaticano y sus jardines

el gobierno italiano se apresuró a ocupar todo el territorio de Roma, provincia y ciudad, "con el fin de asegurar la independencia espiritual del papa" (20 de Septiembre de 1870). La ironía era algo fuerte, pero ¿qué había de hacer Pío IX más que someterse y pronunciar la excomunión mayor contra el invasor? Precisamente acababa de reunirse un concilio en el Vaticano para votar la infalibilidad del Soberano Pontífice. Estaba en la lógica de las cosas que a la supresión efectiva y total del poder temporal correspondiese la exaltación del

poder espiritual. Convertido en el "prisionero del Vaticano", el papa se elevaba al rango de los dioses.

En la misma época España se hallaba en una crisis de nacimiento y de adaptación a las ideas modernas. En 1868 se produjo un movimiento general de reprobación contra las intrigas y las costumbres de la corte, que produjo la expulsión de la reina Isabel II en el momento en que se aliaba estrechamente con Napoleón y el papa para asegurar el sostenimiento del poder temporal de la Iglesia.

Aunque la revolución hubiera llevado a la disputa del poder a toda una multitud de ambiciosos, príncipes, generales, diplomáticos y oradores, el impulso liberal de abajo dio en un principio a la situación un carácter casi republicano: se expulsaron los jesuitas, se suprimieron los bienes de manos muertas, se proclamó la entera libertad de la prensa y de la enseñanza; hasta se abolieron los consumos, ese cáncer de la vida nacional, y se concedió a todo ciudadano de veinticinco años el derecho de sufragio. La república se hubiera instituido en España si el Estado no hubiera tenido esos dos parásitos, el ejército y la armada, y si el Estado mismo no hubiera sido el parásito de sus lejanas colonias, las Filipinas y las Antillas.

Cuba, "la perla antillana" por excelencia, se insurreccionó al mismo tiempo que la metrópoli y, como España, reivindicaba su independencia, procurando desembarazarse de su peligrosa institución, la esclavitud de los negros, germen seguro de revoluciones y de matanzas futuras. Pero se ganaba demasiado dinero en las ricas plantaciones para que los ávidos funcionarios y los aventureros de ultramar no tuviesen empeño en reprimir la insurrección cubana y conservar la esclavitud de los africanos: la elocuencia de los discursos sobre el honor nacional bastó para engañar a la cándida multitud de los ciudadanos. Harto enredada todavía en todo su aparato monárquico, con sus colonias de esclavos inclusive, España no podía dejar de

reconstituirse en monarquía, y la regencia de Serrano no tuvo otra misión que practicar humillantes diligencias en busca de un rey. Se creyó haber encontrado uno en la persona de un príncipe de Hohenzollern, pero esa elección hubiera podido hacer que estallara la guerra entre Francia y Alemania antes que Bismarck estuviera completamente dispuesto para el ataque, y los cortesanos dedicados a buscar soberanos se dirigieron hacia otro personaje, el príncipe Amadeo de Saboya, que consintió en probar el fruto, a veces amargo, de la realeza (1870): no le faltó mucho para que su destino fuera análogo al de otro coronado, el emperador Maximiliano. Durante más de dos años tuvo que luchar contra sus enemigos, de un lado los carlistas, de otro los republicanos, y lo que es peor, contra sus falsos amigos los monárquicos constitucionales y liberales; sobre todo hubo de conformar su voluntad con las órdenes de la Iglesia y con las de los grandes propietarios de Cuba. Por último, llegó al extremo de tener que abdicar (1873), dejando el poder al partido que se mostrara más fuerte.

A mediados de 1870, la lucha diplomática entablada hacía mucho tiempo entre Francia y Prusia, llegó a la declaración de guerra. Bismarck tuvo el talento de producir la ruptura definitiva, hasta por mentiras telegráficas, pero arreglándose de modo que el adversario pronunciara la palabra fatal: ante la opinión pública, tan fácil de engañar, las culpas habían de pesar sobre Francia, lo que constituía ya una primera victoria. Pero desde los primeros días de las hostilidades Prusia obtuvo un segundo éxito a los ojos del mundo, demostrando que estaba absolutamente dispuesta para el combate, mientras Francia, confiada a viejos militares sin inteligencia y envidiosos unos de otros, sólo había sabido alabarse neciamente de haber previsto hasta el "último botón de polaina", cuando en realidad había sido cogida de improviso y no poseía planes, ni víveres, ni artillería;

iba a batirse al azar contra un enemigo que veía claramente su objetivo.

Las probabilidades generales, sacadas del equilibrio de las naciones, estaban también en favor de Alemania. Si el imperio francés poseía cierto prestigio debido a sus guerras afortunadas, se hallaba, sin embargo, bastante disminuido por su última aventura mexicana y por sus diversos fracasos diplomáticos con Prusia, en tanto que ésta gozaba de un prestigio nuevo, brillante y obtenido en la guerra contra Austria con una seguridad de método que no habían tenido los vencedores de Magenta y de Solferino. Verdad es que el régimen imperial de Francia, consciente de su creciente debilidad, había tratado de consolidarse por medio de un plebiscito que había respondido a sus preguntas equívocas con una aprobación insignificante; pero Prusia no había tenido necesidad de recurrir a semejantes subterfugios: la guerra contra Francia era realmente popular. Si el gobierno francés podía crear un entusiasmo ficticio haciendo gritar por su policía: "¡A Berlín, a Berlín!" los ejércitos alemanes que marchaban apresuradamente hacia la frontera francesa estaban decididos a combatir, a vencer y, si era preciso, a llegar a París y aún más allá. Mientras que en Francia la masa de los habitantes no tenía ninguna animosidad especial contra los alemanes, o más bien se atenía a la malevolencia nativa sentida espontáneamente contra todo extranjero, los jóvenes de Germania habían aprendido todos en la escuela que el francés es "el enemigo hereditario"; todos habían recitado la lección que les ordenaba vengar la muerte de Conradino perpetrada en el siglo XIII por el rey Carlos de Anjou, y la devastación del Palatinado ordenada por Louvois; todos participaban del entusiasmo patriótico de los nacionalistas por la reconquista de la Alsacia Lorena, y muchos llegaban hasta el odio feroz al francés que inspiraba Rückert: "¡Sobre el campo del vecino, arroja a lo menos una piedra, para que al caer aplaste una flor!".

Desde el punto de vista general de la unidad nacional, que, en el fondo, era la razón de ser de la expansión germánica y de ese detalle, secundario aunque terrible, denominado la batalla, la matanza o la invasión, también Francia se hallaba en notable desventaja. En la época en que Alemania estaba dividida en numerosos Estados, imperios, reinos, principados, ciudades libres y de dependencia medioeval, y en que la Italia misma, "aquella hermosa expresión geográfica", se hallaba descompuesta en fragmentos políticos, de los cuales, el más precioso, pertenecía a una potencia extranjera, había llegado a ser proverbial contrastar aquellos enredos de fronteras y de territorios enclavados en otros de nacionalidad distinta con lo que se llamaba "la gloriosa unidad francesa". Se habían tomado en su sentido estrecho los calificativos de "una e indivisible" dados a la república comprendida entre los Pirineos y el Rhin, y, sin embargo, esas palabras, lanzadas como grito de guerra durante las discusiones civiles que siguieron a la caída de la monarquía, prueban que las tendencias naturales a la disociación política, habían sido poderosas. El hecho es que Francia, tomada en su conjunto, es mucho menos "una" que Alemania y aun que Italia.

La razón profunda de ese contraste es esencialmente geográfica. Francia pertenece a dos vertientes: por su cara meridional forma parte del área mediterránea, y por la cara opuesta, comprendiendo la mayor parte de sus cuencas fluviales, mira hacia el Océano, en tanto que Alemania está por entero en la pendiente norte y que, por el contrario, Italia es completamente mediterránea. De ahí resulta que, a pesar de las mezclas, los cruzamientos, las entradas y salidas, la población del territorio de doble inclinación que ha llegado a ser Francia, ha conservado una notabilísima diversidad, si no en las ciudades, al menos en los distritos rurales apartados. Es evidente que entre el euscaro del Nive o del Bidasoa y el ardenés o el lorenés, hay una diferencia de tipo mucho mayor que

entre el tirolés y el mecklemburgués o que entre el lombardo y el siciliano, tan distintos, no obstante, el uno del otro. Lo que ha podido causar la ilusión de los extranjeros y aun de los franceses mismos que alaban su unidad nacional, es, por una parte, la confusión que se hace con mucha frecuencia entre todo el país y la ciudad de París, considerada como un compendio de la nación, aunque ésta se distinga de él por tan notables contrastes, y por otra, la extraña aberración de los



Cl. Ernst Zimmer

Batalla de Gravelotte (16 de agosto de 1870)

que ven en la uniformidad administrativa el indicio de una semejanza entre las poblaciones sometidas al mismo régimen. Hallándose el mapa dividido de la misma manera en departamentos, distritos y cantones, hay quien se imagina que la evolución política y social se ha realizado natural y espontáneamente siguiendo un mismo método sobre las costas del Mediterráneo que sobre las del Océano.

Aun desde otro punto de vista era superior Alemania a Francia al comenzar el conflicto: Alemania no tenía colonias. El imperio francés no había podido seguir una política recta, bien dirigida como una flecha, porque había necesitado dispersar su pensamiento y sus actos. En consecuencia, toda la

nación se había hallado como "descentrada" en su fuerza de resistencia: la conquista y la ocupación de la Argelia, los asuntos de México, de la China y de la Indo-China lo mismo que todas las anexiones coloniales habían reducido proporcionalmente la parte de Francia en la vida de Europa: a ese desplazamiento de energía debe atribuirse en gran parte la formación de la Italia "una" y de la victoriosa Alemania.[2] Cuando estalló la guerra, el gobierno francés tuvo que abandonar precipitadamente todos sus proyectos lejanos: hubo colonia, el Gran Bassam, por ejemplo, que fue completamente evacuada, y en la principal de las posesiones francesas, la Argelia, alguna población oprimida creyó llegado el momento favorable de reconquistar su independencia. Hubo matanzas de los nuevos ocupantes, y la reconquista de la Kabilia costó largos y penosos esfuerzos.

Por último, en 1870 Francia estaba mucho más dividida política y socialmente, y por tanto mucho menos disciplinada que Alemania: precisamente el progreso que había realizado en el sentido de la idea republicana y socialista la dividía en dos campos enemigos, que imposibilitaban toda obra común. Cuando se declaró la guerra, los enemigos del imperio, que representaban la flor intelectual de Francia, protestaron con indignación, y la policía hubo de proceder ante todo a aterrorizar la población de París; después, cuando la rueda de la Fortuna dio la vuelta y cayó el imperio ante las aclamaciones de los republicanos, cuando el mundo contempló de lejos con estupor el espectáculo de las poblaciones francesas, y sobre todo de la capital, rebosando de alegría y de entusiasmo a la noticia de un desastre, pero de un desastre que les libraba de un amo, todo el organismo militar cambió en seguida de aspecto y de orientación. Mientras que los guardias nacionales y los cuerpos francos se constituían rápidamente para tomar parte en la

---

2. Friedrich Ratzel, *Das Meer als Quelle der Voelkergroesse*, página 75.

resistencia, los que pertenecían a la casa militar se desinteresaban de la lucha; mariscales, como Bazaine, reservaban su ejército con la esperanza de restablecer el imperio o de ayudar a alguna reacción monárquica; otros grandes personajes militares sólo se batieron por la forma, y más de uno con el deseo de ser vencidos. Una franca enemistad, excitada por los jefes, reinó pronto entre los soldados regulares y los ciudadanos sin mandato que tenían la pretensión de defenderse sin haber pasado por el cuartel ni el calabozo disciplinario: era necesario evitar la victoria a toda costa, puesto que hubiera aprovechado a la República con todas sus consecuencias sociales. Desunida Francia, su derrota era inevitable, y causa admiración que la resistencia hubiese durado tanto; ocurrió al fin que los que no habían querido la guerra fueron los que prolongaron la lucha y defendieron con la mayor energía la causa de Francia, que había llegado a ser la de la República.

Las tropas imperiales fueron rápidamente derrotadas en Alsacia y en la frontera de Lorena. Después de horribles matanzas, el ejército de Bazaine, fuerte de 170.000 hombres, se dejó encerrar en Metz, de donde ni siquiera intentó salir, entregado de antemano por sus jefes; el 2 de Septiembre, unos cuarenta días después de la declaración de guerra, otro gran ejército, cercado delante de Sedán, trató en vano de abrirse paso, y, como resultado, el emperador quedó prisionero y cayó el imperio: todo parecía terminado ya, pero la República no quiso declararse vencida. Del suelo brotaron nuevos ejércitos. París, que Thiers, treinta años antes, había rodeado de fuertes para bombardear la ciudad en caso de rebeldía, quiso utilizarlos contra el enemigo, a pesar de su gobierno, que se preparaba a la huida, y los prusianos hubieron de hacer una larga y penosa campaña de invierno, extendida hasta las inmediaciones de Besançon, de Bourges, de Rennes, y ocupar casi la mitad de Francia, antes que la opinión pública permitiera al gobierno inclinarse ante

el derecho de la fuerza y firmar los preliminares de la paz que habían de costar a la nación dos provincias populosas y cinco mil millones de francos (1871), la mayor contribución de guerra que se haya pagado jamás: los hacendistas hablan de ese movimiento de fondos con respetuosa emoción.

El rebajamiento de Francia y la exaltación de Prusia, transformada en imperio de Alemania, produjeron gran conmoción en el mundo. Todos los que juraban por opiniones tradicionales y sufrían antiguos prestigios vieron con estupor que se habían engañado hasta entonces y que habrían de volverse hacia un nuevo sol levante. Por un cambio brusco, unas frases triviales y sin sustancia racional sucedieron a los antiguos y gastados lugares comunes; se aprendió a exponer las mismas necedades cambiando los nombres. En muchos puntos, desde el fondo de América hasta los archipiélagos oceánicos, se convino en que Francia había cesado de existir y sólo tenía apariencia de vida merced a la generosidad del vencedor. Como consecuencia, americanos del Norte, australianos, rusos y japoneses afectados por un nuevo sentido de la historia, comprendieron que la literatura francesa había sido exageradamente enaltecida y que se dedicaba en las escuelas un número excesivo de horas a la enseñanza de una lengua hablada por una nación de vencidos. Hasta los pequeños pueblos bárbaros donde la enseñanza pública no existía aún, pero donde a lo menos hay un embrión de ejército, se apresuraron a reemplazar el tricornio y el chacó por el casco puntiagudo, que era un modo de rendir homenaje a la civilización, es decir, a la fuerza. De todas partes surgieron profetas anunciando la desaparición definitiva de Francia, no por efecto de su entrada próxima en la unidad superior de un mundo más civilizado, sino por efecto de la conquista y de la supresión violenta. Se llegó a presentar la cosa en fórmulas científicas, y según la "ley de Brück", que regula los destinos de los hombres conforme al ciclo del meridiano magnético, la

nación francesa quedaría completamente borrada del gran libro de Oro después de la batalla de Sedán. Por último, se extendió la manía, quizá más en Francia que en Alemania, de contrastar lo que se llama el "genio latino", que sería el de la centralización, del catolicismo y del jacobinismo, con lo que se dice ser el "genio germánico", que, con la posesión de todas las virtudes, representaría ante todo el impulso personal y la libre iniciativa. En virtud de ese contraste de los dos genios, el ejército del emperador Guillermo representaría el espíritu de libertad en la historia del mundo contemporáneo.

Pero, aunque en plena angustia, Francia vivía aún, y hasta puede decirse que, gracias a la ruina momentánea del gobierno central, la vida de la nación tomaba un carácter más espontáneo, más sincero, más notable por sus contrastes y, al mismo tiempo, más excitante y consolador por sus promesas para el porvenir. Las dos Francias que durante la guerra se habían levantado una contra otra, haciendo así toda victoria común absurda e imposible, volvían a encontrarse después de la paz más enemigas y más encarnizadas que nunca en la lucha. Todos los partidos políticos y religiosos que veían en las ideas republicanas y socialistas una amenaza para sus privilegios, se habían reunido en una masa compacta y furiosa para retrotraer al pueblo al gremio de la iglesia y de la monarquía, aunque para conseguirlo hubiera que apoyarse sobre la complicidad del extranjero que acababa de infligir a Francia la más cruel de las humillaciones. No desagradaba al vencedor ver su víctima luchar confundida en lo que se imaginaba había de ser el desorden caótico de la Revolución. Bismarck no hizo, pues, nada en pro de los partidos monárquicos para reconstituir la monarquía que deseaban a toda costa, y, por otra parte, Italia, aunque constituida en Estado monárquico, había de ser absolutamente hostil al retroceso de una Francia de derecho divino, aliada del papado. Entregada a sus propias fuerzas, la reacción monárquica

francesa contaba al menos con todos aquellos franceses, y eran muy numerosos, que odiaban a París y a los republicanos en general por su larga resistencia y no veían salvación más que en la paz, el silencio y la rutina. Bajo el nombre de "rurales", con que se envanecían, los representantes monárquicos de Francia, que formaban la mayoría de la Asamblea, hasta hubieran querido alejarse de París como de una ciudad apestada y residir en alguna ciudad de calles pacíficas, Bourges, por ejemplo, que fue ya, en tiempos pasados, la residencia de los reyes vencidos. En cuanto a París, la ciudad maldita, se decidió ponerla a los pies de un ídolo católico, en castigo de sus pecados, y sobre la colina de Montmartre se erigió lentamente la fea basílica del Sagrado Corazón.

Pero frente a aquella asamblea rural, cuyo primer acto fue una humillación penitenciaria y que estaba resuelta a colocarse bajo el dominio de un rey, heredero de un Luis xiv y de un Luis xvi, muchas ciudades, París la primera, se constituyeron en *communes*. ¿Qué entendía la multitud republicana por esa palabra de múltiples orígenes históricos procedentes de Francia y de Italia, de la Edad Media, del Renacimiento y de la Revolución? Ante todo veía una organización de lucha sin tregua contra la monarquía que querían reconstituir los Rurales y contra el poder temporal, ejercido por curas y frailes; pero veía también lo que había visto cerca de un siglo antes, en la República misma, el alba de una sociedad nueva en la que habría más justicia y más libertad, en la que nadie carecería de pan, y en la que el hombre, libre del temor del hambre, podría ocuparse de aspiraciones más elevadas, comprender las alegrías de la vida intelectual y moral.

Las circunstancias que determinaron el movimiento de la *Commune* de París eran, bien considerado todo, un hecho relativamente insignificante, el escaso vigor de la defensa por parte del gobierno y el abandono de un parque de artillería

de que los prusianos podrían apoderarse al entrar en París; pero eso fueron simples detalles. Francia estaba desunida; era necesario que los dos elementos opuestos se agrupasen francamente uno con otro en toda la sinceridad de sus aspiraciones, en toda la rectitud de sus voluntades. Tal es lo que hicieron los comunalistas de París, más conocidos, como todos los vencidos, por una denominación injuriosa, *communards*. Las condiciones de supremo peligro en que a la sazón se hallaba París eran a propósito para elevar los corazones: triplemente rodeada por las tropas alemanas, que ansiaban el saqueo; por las tropas francesas, que ardían en deseos de vengar las victorias germánicas con la sangre de sus compatricios, y por la masa de la nación francesa, que se hubiera lanzado voluntariamente sobre París, foco de incesantes revoluciones, la gran ciudad no podía esperar el triunfo, a pesar de la inmensidad de sus recursos. Para quien tuviera la menor noción de historia no podía ofrecer duda el resultado fatal del conflicto. Todos los que aclamaban la *Commune*, viejos revolucionarios o jóvenes entusiastas, sabían de antemano que estaban destinados a la muerte, y, como víctimas propiciatorias, por la nobleza de su sacrificio y por la amplitud de sus ideas, ostentaban una gravedad serena, que se reflejaba sobre la fisonomía general de París, y le daban en aquellos días de resolución viril y de completo desinterés un aspecto de majestuosa grandeza que jamás había tenido. Los mismos hombres enviados al poder obedecían en su mayor parte a móviles más elevados que los que impulsan ordinariamente a los ambiciosos de títulos, de honores y de influencia: también veían ante sí, pasado un plazo de algunas semanas o de algunos meses, la inevitable derrota.

Condenados de antemano a una implacable represión, los hombres de la *Commune* hubieran debido aprovechar aquel corto plazo de existencia para dejar grandes e incomparables ejemplos, para plantear, para más allá de revoluciones y

contrarrevoluciones, una sociedad futura desembarazada del hambre y del azote del dinero; mas para iniciar semejante obra hubiera sido preciso concertarse en una voluntad común y poner en práctica un saber experimentado ya, lo que no era posible, porque los insurrectos de París representaban grupos muy discordes que forzosamente habían de obrar en sentido inverso unos de otros: unos sujetos todavía a accesos de romanticismo jacobino, otros que sólo tenían honrados intentos revolucionarios; únicamente una minoría se daba cuenta de que era preciso proceder con método a la destrucción de todas las instituciones del Estado y a la supresión de todos los obstáculos que impiden la agrupación espontánea de los ciudadanos. En resumen, la obra del gobierno de la *Commune* fue mínima, y no podía ser de otro modo, puesto que en realidad estaba en manos del pueblo armado. Si los ciudadanos hubieran sido impulsados por una voluntad común de renovación social, la hubiesen impuesto a sus delegados; pero sólo les preocupaba la defensa: combatir bien y bien morir.

La falta principal que cometió el gobierno de la *Commune*, falta inevitable, puesto que derivaba del mismo principio sobre el cual se había constituido el poder, consistía precisamente en ser un gobierno y en reemplazar e imponerse al pueblo por la fuerza de las cosas. El funcionamiento natural del poder y el vértigo de mando le llevó a considerarse como el representante de todo el Estado, francés, de toda la República, y no sólo de la *Commune* o división territorial de París como tomando la iniciativa de invitar a una libre asociación a otras *communes*, campos, villas y ciudades. De tal modo se contagió el nuevo poder con la locura gubernamental, que se creyó obligado a entrar en relaciones oficiales con los representantes de los Estados monárquicos europeos, olvidando su origen inmediato, la rebeldía: salido del pueblo, se imaginaba pertenecer ya a otra clase, la de los dominadores; pero el pueblo hablaba también por su

boca cuando publicó el decreto que abolía el servicio militar, rompió sus lazos con el clero, devolvió las prendas empeñadas en el Monte de Piedad y las multas y retenciones de salario a los obreros y abolió el pago de alquileres por las habitaciones. ¿No era eso ya como un principio de sociedad comunista?

En París se vio por primera vez en el mundo lo que jamás ha tenido analogía en la historia; los parisienses no odiaban al enemigo que les había tenido sitiados durante cinco meses, dejando en sus monumentos las señales marcadas con sus granadas. Los alemanes acampaban todavía alrededor de los fuertes exteriores del Este, desde Saint-Denis hasta Villeneuve Saint-Georges, y no se odiaba a aquellas gentes que ejercían por mandato su oficio de soldados. El mundo, que tenía fijas sus miradas en París, vio con admiración que las ideas de la fraternidad de los pueblos, proclamadas por La Internacional, se habían convertido en una realidad viviente. Lo que literatos y artistas, Eugenio Pelletan (en *La Presse*) y Courbet, habían pedido en tiempo del Imperio, el derribo de la columna de Vendome, el pueblo de París lo quería efectuar a la presencia misma de aquellos a quienes el alto pilar recordaba sus derrotas. Cosa inaudita hasta entonces, los vencidos derribaron con entusiasmo el monumento de antiguas victorias, no para adular vilmente a los que acababan de vencerles a su vez, sino para atestiguar sus simpatías fraternales a

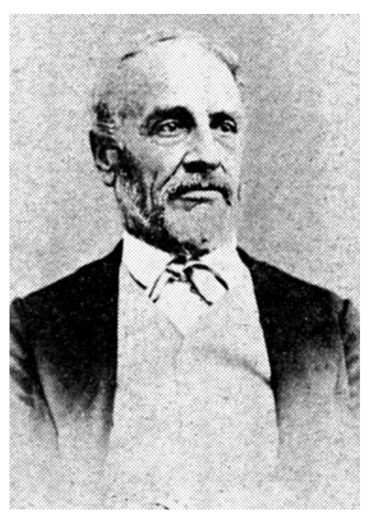


Varlin

Obrero encuadernador, fusilado en mayo 1871. Miembro de La Internacional, formaba parte de la minoría, de tendencia socialista.

los hermanos a quienes se había conducido contra ellos y sus sentimientos de execración contra los amos y los reyes, que, de una parte y de otra, conducían sus súbditos al matadero. Aunque la *Commune* de París no tuviera más que ese hecho en su activo, merece ser colocada muy alto en la evolución de las edades contemporáneas.

Evidentemente, una sociedad nueva que obraba en tan completo desacuerdo con la antigua política, no podía suscitar en el mundo rutinario de las clases gubernamentales más que un sentimiento universal de horror y de reprobación. Los miembros de la *Commune* comenzaron por limitar su sueldo a lo más estricto, y continuaron comiendo modestamente en el bodegón de la esquina; los que habían sido tomados entre los obreros jornaleros continuaron su compañerismo con los compañeros de trabajo, dejando a sus mujeres y sus hijas en sus talleres de costura, en los lavaderos u ocupaciones ordinarias. Tal derogación de las tradiciones de todo gobierno que se respeta no podían perdonarse, y desde los primeros encuentros alrededor de París, el ejército regular no dejó de aplicar a sus prisioneros el nuevo código de guerra, que permite a todo militar arrogarse el derecho de muerte sobre todo paisano. A aquellas matanzas la *Commune* respondió por un "decreto sobre los rehenes", que ejecutó tarde y sin arrostrar la responsabilidad completa, mientras



Carlos Delescluze (1809-1871)

Muerto en las barricadas el 25 de mayo. En el Consejo de la *Commune* pertenecía a la mayoría y representaba al elemento jacobino.

que la matanza de los comunalistas continuaba implacablemente alrededor de París; después, durante la "semana sangrienta", en las calles y en las casas, y por fin, pasados los setenta días, en los cuarteles y en las cárceles. El contraste entre las dos morales se manifestaba evidente: en tanto que los socialistas de París, respetuosos con la vida humana, se decidieron contra su voluntad y en virtud de legítima defensa a las represalias contra personajes de la casta enemiga, el asesinato de todo ciudadano de la ciudad rebelde era considerado como meritorio entre clérigos, jueces y soldados. Se vio a un jefe del ejército del "orden", uno de los oficiales superiores que durante el Imperio había llevado la vida más vil, jactarse después cínicamente de haber elegido entre los prisioneros, designando para la muerte a todos los que tenía una cabeza noble, inteligente y digna; a los ancianos, porque habían obedecido a sus convicciones, a los más jóvenes, porque habían obrado por el entusiasmo que inspiran las cosas grandes.

Bien puede asegurarse: el objeto que se propusieron los conservadores con la represión de la *Commune* fue operar una selección al revés, como se hizo en tiempo de la Inquisición, suprimiendo los hombres culpables de una inteligencia superior, de gran pensamiento y voluntad que no se acomodaban al embrutecimiento que ha de caracterizar a los súbditos obedientes. Esa selección de las víctimas favoreció al clericalismo español, que había impedido a sus conciudadanos pensar y obrar durante trescientos años; en Francia no pudo proseguirse con bastante método para llegar a resultados tan decisivos, pero ha tenido consecuencias muy apreciables en la evolución histórica de la generación siguiente. ¡Cuántas veces, en circunstancias graves, se ha observado que faltaban hombres! En su conjunto, si el socialismo ha cesado en su carácter generoso, ferviente y humanitario, para transformarse en un partido político dispuesto a acomodarse a las intrigas de los parlamentos, ¿no ha de

buscarse una de sus causas en el hecho de haberle privado de sus mejores hombres? ¡Se le había herido en la cabeza!

Pero “nada se pierde”, y si es cierto que la reacción pudo creer decapitada al fin “la hidra socialista”, los acontecimientos de la *Commune*, aumentados por el eco, se propagaron a lo lejos en las masas profundas de los pueblos como una garantía de emancipación y libertad. En todas partes, hasta en el fondo de las prisiones rusas y de las minas de Siberia, renació la confianza



Cl. P. Sellier

La columna de Vendome derribada

en el porvenir. La historia de París proclamando la fraternidad de los hombres, tomó proporciones épicas.

Esa notable fuerza moral que posee el solo nombre de París en el conjunto de la evolución humana, y como consecuencia en el movimiento de las revoluciones, se explica, como su fuerza de atracción material, por las condiciones geográficas de su medio. De todas partes acuden las mariposas a aquel foco de luz, a riesgo de abrasarse. La convergencia de los ríos hacia

el centro natural de la cuenca del Sena es como un símbolo del movimiento que lleva a los hombres de inteligencia y de ambición hacia aquel foco de actividad. No se trata solamente de los inmigrantes que se dirigen a París como a cualquiera otra gran ciudad en busca de clientes para su comercio o para su profesión; considerado desde ese punto de vista, París es inferior a otras aglomeraciones urbanas donde se crea más riqueza monetaria en menos tiempo; se trata principalmente de los que allí acuden atraídos por la vida intelectual, moral y artística de la ciudad, por el encanto que ejerce como persona colectiva, por la fascinación que produce. París es el país tropical, la primavera eterna de la inteligencia. Las cifras traducen ese estado de cosas, puesto que, teniendo en cuenta todas las proporciones, París es la ciudad capital que recibe mayor número de visitantes, y donde la vida se hace más intensa y más variada en sus manifestaciones.

Los elementos primordiales de la población indígena presentan también, respecto de la evolución, un carácter notable de dualidad étnica. El estudio del mapa de las Galias nos muestra los belgas, pueblos que seguramente eran germanos o muy germanizados, encontrándose en los valles bajos del Marne y del Oise, con los celtas propiamente dichos: allí se unían las dos aguas, aportando cada una su carácter propio; la herencia, legado del medio anterior, producía contrastes forzosos en la mentalidad y en las energías de las diversas poblaciones que tras siglos y siglos, trabajaban por mezclarse y confundirse en millones de familias. Esa lucha continua que se opera en las profundidades sociales, ha de manifestarse por una efervescencia mayor, por un trabajo exterior cuya fuerza, en ocasiones excepcionales, llega hasta las explosiones revolucionarias, y pueden producirse en diferente sentido, sea en dirección progresiva, sea, por el contrario, en un movimiento de

regresión. He ahí por qué, durante el período de la Reforma, el París de los Ligueros obraba indudablemente al servicio de la Iglesia contra el pensamiento libre: ¡qué triste contrarrevolución fue la matanza de la San Bartolomé! Pero en otras circunstancias, París se halló a la cabeza de la nación francesa, combatiendo y sufriendo por la causa común de todos los pueblos. La década que lleva por excelencia el nombre de "Revolución" merece realmente ser distinguida por la ola de sentimientos y de pensamientos de que París fue entonces el portavoz para el género humano y por la significación de los actos que en su seno se produjeron. Luego, pasada aquella gran época de que data el mundo moderno, en varios otros momentos del siglo xix se desarrollaron acontecimientos de importancia mundial: la revolución de 1848, que repercutió en crisis secundarias en el mundo entero e inauguró, por decirlo así, la entrada oficial del socialismo en las agitaciones políticas, y la revolución de 1871, la *Commune* de París, que suscitó tantas esperanzas en los ánimos de los pueblos oprimidos.

Algunos días antes de la *Commune*, Bismarck, mirando desde la cima de una colina la ciudad de París, que acababa de capitular, la mostraba a sus cortesanos con ademán desdeñoso diciendo: "¡la bestia está muerta!" Y quizá nunca fue la acción revolucionaria de París tan poderosa en la historia de la evolución general. A partir del momento de la proclamación de la *Commune* y más aún después de su terrible fin, los oprimidos de todas las naciones, conscientes de solidaridad, se sintieron verdaderamente unidos en un mismo ideal, designado por un mismo término simbólico. España, especialmente, que se hallaba en estado de revolución permanente desde la expulsión de la reina Isabel II, fue profundamente conmovida por el ejemplo de París, y cuando se proclamó la república española (1873), el movimiento general que se produjo en la mayor

parte de las provincias y de los municipios tomó un carácter esencialmente comunalista.

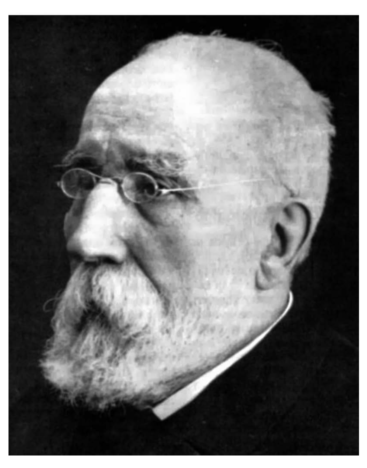
El principio de la Federación, que parece escrito sobre el mismo suelo de España, donde cada división natural de la comarca ha conservado su perfecta individualidad geográfica, pareció estar a punto de triunfar: llegó hasta ser generalmente acogido por cierto tiempo y llevó al poder un ferviente discípulo de Proudhon, el íntegro Pí y Margall, uno de los pocos hombres a quienes el ejercicio de la autoridad no pudo corromper. Pero la centralización militar había llegado a ser demasiado poderosa para que soltara la nación, que era su presa, y se suscitó una nueva insurrección carlista que hizo necesario el ejército. Republicanos de ocasión, oradores de palabra altisonante, se prestaron a ese juego para afirmar la dominación del sable, y el día 3 de enero de 1874, un general, Pavía, seguido de sus tropas, entró en el salón de sesiones del Congreso, obligando los diputados a retirarse, y entregó el poder al general Serrano. Así se instalan las monarquías.



Juan Bautista Millière (1817-1871)
Aunque no tomó parte en la Commune, fue fusilado el 21 de mayo en la Plaza del Panteón.

No obstante, uno de los municipios federados que había hecho surgir la revolución, la ciudad de Cartagena, se defendía aun valientemente, apoyada por la cintura de fuertes que le rodea y por los barcos de guerra de que se había apoderado. Representada por hombres más conscientes, más lógicos, más resueltos, más tenaces que la mayoría de los revolucionarios

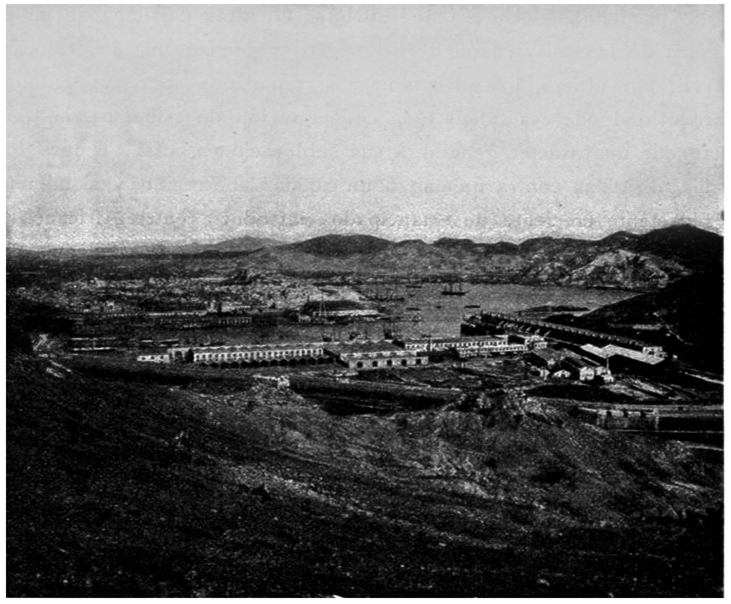
de la época, el municipio de Cartagena se aproximó mucho más que el de París al ideal de igualdad y de fraternidad entre ciudadanos y atacó con mayor franqueza los problemas sociales: durante mucho tiempo los proletarios cartageneros recordaron sus dichosos días de trabajo y de bienestar durante el sitio. Los defensores de la ciudad tomaron muy en serio su misión: no vacilaron en libertar los mil quinientos penados del presidio (12 de Julio de 1873) y confiarles la tripulación de la flota, con ellos emprendieron cruceros en pleno Mediterráneo; con ellos libraron un combate naval contra los buques "del orden" y se presentaron ante Almería y Alicante; después, cuando capituló el fuerte de Cartagena que resistió el último, atravesaron la línea del bloqueo en el buque acorazado La Numancia para entregar a las autoridades francesas de Orán (12 de Enero de 1874) los personajes revolucionarios que la reacción triunfante hubiera fusilado.



Francisco Pí y Margall

Al terminar el año, llamado por Martínez Campos, Alfonso XII, el joven hijo de la reina Isabel, debidamente bendecido por el papa para emprender su tarea de restauración monárquica y religiosa, desembarcaba en Barcelona, y, más carlista que el mismo don Carlos, ponía manos a la obra para borrar las huellas de las revoluciones que acababan de conmover España. Inmediatamente abolió el jurado, el matrimonio civil, la libertad de enseñanza, devolvió a la Iglesia y a las congregaciones los bienes eclesiásticos no vendidos, prohibió a los no católicos todo ejercicio público del culto: se acercó todo

lo posible al régimen de los buenos tiempos de la Inquisición, sin lograr a pesar de todo satisfacer a la Iglesia. En las colonias mantuvo incólumes los privilegios de los plantadores, dando satisfacción a la república de los Estados Unidos, de la cual había capturado un buque y fusilado unos ciudadanos.



Cl. J. Kuhn, edit.

Cartagena y su bahía

Respecto de este asunto, la monarquía española no podía esperar más que ganar tiempo, porque ningún hombre de buen sentido podía dudar del "destino manifiesto" que esperaba a las colonias antillanas. No hay duda que la población de Cuba estaba demasiado dividida en sus intereses para que le fuera posible emanciparse de la "madre patria" mientras existieran allí negros esclavos. Los "peninsulares", es decir, los nacidos en España, mercaderes o funcionarios, que habían ido a explorar a los habitantes de la isla, eran muy numerosos y se

apoyaban desvergonzadamente sobre la guarnición. Por otra parte, los cubanos de raza blanca o mezclada, que se hallaban empeñados en las luchas directas de intereses con los españoles privilegiados, no osaban rebelarse mientras participaban en el crimen de la esclavización de los negros y temían una insurrección servil; por último, los mismos negros, repartidos sobre un extenso territorio donde era difícil toda concentración de esfuerzos, no podían dar un carácter general a sus sublevaciones, casi siempre locales, dirigidas contra un amo o un capataz aborrecido, y el número rápidamente creciente de emancipados introducía entre africanos y africanos, una rivalidad de intereses y de simpatías. Además, la vigilancia de la isla era fácil: los barcos podían sin dificultad bloquear los principales accesos de la costa, y la forma muy estrecha de Cuba permitía a un ejército español dominar bien todo el interior del país. Así se explicaba en cierto modo la tenacidad del gobierno español como dominador de Cuba, pero ¿qué hombre de Estado hubiera podido contar a la vez con la extinción pacífica de la esclavitud y con la constante longanimidad de los rudos y poderosísimos vecinos del Norte, los mercaderes americanos? La pérdida de Cuba, de Puerto Rico y de las islas Vírgenes, sólo era para España una cuestión de tiempo.

Como la península Ibérica, después de su ensayo de república federal, Francia, después de la *Commune*, se halló arrastrada por un movimiento de reacción extremada; pero, lo mismo que en España, era imposible a los gobernantes franceses ir hacia el pasado tan lejos como deseaban y como la lógica les exigía. En primer lugar no osaron restablecer la monarquía, que era precisamente su primer deber de "rurales" y de cristianos. La terrible resistencia de aquel París que odiaban, de que habían huido y que, sin embargo, les fascinaba, les llenaba de terror, viéndose obligados a prometer, a ofrecer garantías que hubiera sido difícil recusar en seguida. A lo menos, los hijos de los

comunalistas asesinados, viendo las cosas desde un punto de vista elevado, pudieron atestiguar la victoria de sus padres, puesto que en la conservación de la palabra "República" había a pesar de todo el reconocimiento de un principio nuevo, el del derecho del hombre sustituyendo el derecho divino. Bien lo comprendían los fanáticos reaccionarios, pero estaban ligados e impedidos por un conjunto de circunstancias que les impedían retroceder saltando sobre el siglo hasta los años que precedieron a la fecha fatal de 1789. Hasta el mismo rey que habían escogido, y al que reconocían el doble privilegio de reconciliar las dos ramas de la monarquía, puesto que el heredero natural del conde de Chambord era el nieto de Luis Felipe; ese mismo rey, verdaderamente providencial, se negó en el momento oportuno a arriesgar la aventura de una restauración. La monarquía se vio obligada a abdicar por impotencia senil; pero mucho tiempo después de su defunción, los muertos gobiernan a los vivos: la "República sin republicanos", tal fue la fórmula casi oficial del régimen instaurado en la Francia vencida. El espectáculo de ese estado de cosas ilógico fue a la vez lamentable y risible; era una mezcla de supervivencias incongruentes. La situación política de un país cuyos ciudadanos parten de principios opuestos no puede ser provisionalmente más que el caos.

Otra calamidad cayó sobre Francia. La masa de la nación, muy económica, después de haber sufrido la terrible destrucción causada por la guerra, fue asolada por la filoxera, desastre comparable al anterior: no puede evaluarse en menos de diez mil millones la pérdida real sufrida por una región de Francia, precisamente la que había escapado a la otra invasión (Gabriel Hanoteau, Nouvelle Revue, 15 de Noviembre de 1902). Y esa pérdida de dinero era todavía poca cosa comparada con la paralización del trabajo, que, produciéndose en toda una industria nacional, amenazaba cambiar los hábitos

tradicionales, y los modificaba poderosamente, en efecto; desplazaba las poblaciones, por decirlo así, y cambiaba el alma de una parte notable de la nación. Muchos departamentos donde no se conocía la miseria, donde el bienestar general era la regla, como el Herault y la Gironda, fueron gravemente atacados en su proletariado agrícola, reapareciendo allí la mendicidad. Las propiedades, muy despreciadas, cambiaron de poseedores, y en muchos puntos se constituyeron grandes propiedades, con la reunión de centenares de viñas arruinadas cuyos antiguos propietarios se habían visto obligados a abandonar el país. Mientras que la mayoría de aquellos a quienes había herido el desastre se volvían hacia el gobierno para pedir, unos socorros, otros destinos, algunos hombres de iniciativa se ingeniaban buscando mejores procedimientos de cultivo o creando nuevas industrias; otros fueron a establecerse en Argelia o en colonias lejanas. Es indudable también que la propagación de la filoxera ha contribuido a aumentar en el campesino francés esa prudencia que le distingue acerca del aumento de su familia: por falta de confianza en el porvenir, limita el número de sus hijos, y Francia, donde la juventud escasea, disminuiría en población si los inmigrantes belgas, italianos, suizos, germanos y eslavos no vinieran a rellenar los vacíos.

A este respecto, las demás naciones civilizadas del mundo, a excepción de ciertas comarcas donde domina el elemento burgués —tales como el país "sajón" en Transilvania, y muchos distritos de Nueva Inglaterra—, no se dejan dominar por el mismo espíritu de prudencia, y la población aumenta en el conjunto de los Estados en que los economistas formulan regularmente sus cuadros estadísticos; pero desde otros puntos de vista, Europa y las naciones europeizadas se aventuran menos a la ligera que antes en los conflictos diplomáticos y en las violencias a mano armada. El terrible choque franco-alemán parece

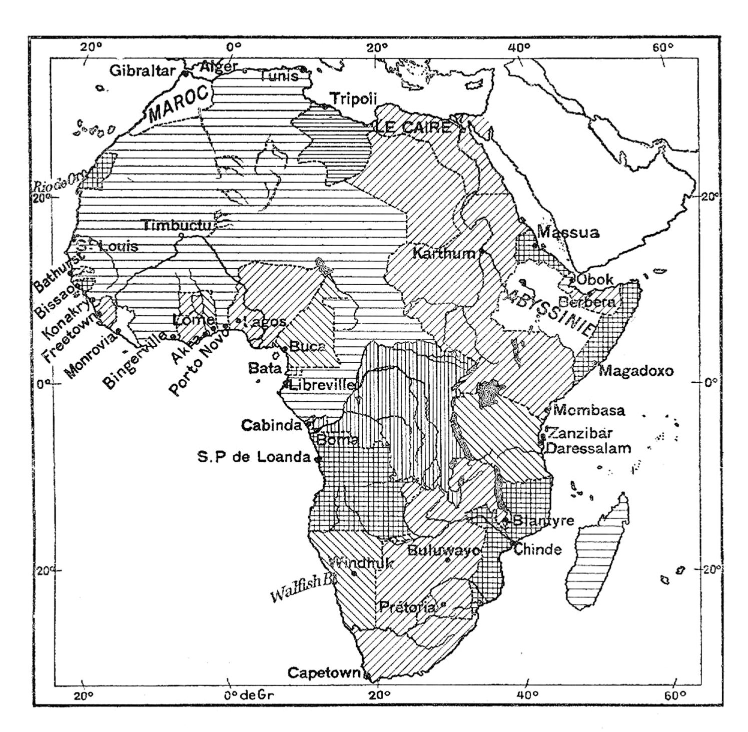
haber inspirado prudencia a los conductores de los pueblos. Aunque en ninguna otra época de la historia se hayan hecho en el mundo, en proporción de los recursos nacionales, tantos gastos de guerra; aunque los ejércitos hayan excedido mucho en número y en sabia organización a todas las masas de hombres de que los grandes capitanes se hayan hecho seguir hasta el presente, y aunque los almacenamientos de fuerzas destructivas hayan representado gradualmente en el presupuesto un conjunto que se hubiese considerado imposible, aun bajo un Napoleón; sin embargo, las naciones de Europa, militarizadas hasta el extremo, se limitan a observarse con maligna desconfianza, aunque hablando de paz, de respeto de los tratados y de la solicitud de los gobiernos por la felicidad de los pueblos. Cada nación emplea millones y hasta miles de millones en blindar sus fronteras y sus barcos, en llenar sus arsenales de obuses y sus cuarteles de carne de cañón. La guerra ha sido proclamada santa, evocadora de fuerza y de valor; hasta el gran estratégico de las victorias alemanas de Moltke, se dignó últimamente romper su silencio habitual para declarar que la paz universal "no es un hermoso sueño". Sin embargo, los pueblos civilizados no osan arriesgarse en las bellas realidades de nuevas guerras y de nuevas matanzas.

Desde la capitulación de París, la Europa llamada cristiana ha permanecido en paz armada, y la guerra sólo se ha producido en la península de los Balcanes, donde los rusos, so pretexto de las matanzas y de los grandes horrores cometidos en los países eslavos de Turquía, contaban con fáciles triunfos. Se pensaba que el hombre enfermo no osaría resistir al "coloso del Norte". Resistió, no obstante, y las peripecias de la guerra ruso-turca, 1877 y 1878, fueron tales que hicieron dudar todavía más a los fautores de luchas armadas, y evidenciaron cómo tales aventuras, en caso de resistencia firme, pueden ocasionar terribles percances al asaltante. No hay duda que Rusia era con mucho

la más fuerte en hombres y en material de guerra, y, despreciando a su enemigo, contaba confiadamente con un éxito rápido; pero los generales cortesanos que rodeaban al soberano, marchando al alcance de su triunfo, le hicieron asistir a grandes desastres. Por lanzarse precipitadamente a través de los Balcanes camino de Constantinopla, el ejército ruso fue atacado por los flancos y se vio obligado a mantenerse a la defensiva; después vino a chocar imprudentemente contra los muros de Plevna, dejando las largas pendientes cubiertas de cadáveres. Se comprendió entonces el cambio que los progresos de la balística habían operado en las condiciones de la guerra, aumentando las ventajas de los sitiados resueltos que esperan tranquilamente al enemigo. Sin embargo, la desigualdad de las fuerzas y de los recursos era demasiado grande entre los beligerantes para que la victoria definitiva no quedara para los rusos, ayudados por los rumanos; pero tampoco esta vez lograron su objeto: Tsarograd, "la ciudad de los Czares". Poco seguros sobre la actitud de la ciudad populosa y sobre la de la flota inglesa, se detuvieron en el arrabal de San Stefano, donde (1878) dictaron una paz humillante a los turcos, dejándoles apenas poner un pie en tierra de Europa, bajo la alta inspección del vencedor.

Sin embargo, ese gran cambio de equilibrio en la fuerza relativa de las grandes potencias europeas era demasiado considerable para que éstas no pidieran revisar el contrato, y enviaron sus ministros a Berlín bajo la presidencia del conde de Bismarck, considerado como una especie de decano en los consejos de la fuerza, y allí se hizo sin apelación el nuevo reparto de los territorios de la Balkania y del Asia Menor entre los Estados. Servia y Montenegro, emancipados del feudalismo turco recibieron un aumento de territorio; Bulgaria se constituyó en principio tributario, y Rumelia, al sur de los Balkanes, quedó provincia turca; la nacionalidad búlgara resultó así cortada en dos; era necesario conservar elementos de intrigas

ÁFRICA RECORTADA EN POSESIONES EUROPEAS



La Gran Bretaña ocupa Egipto, Sudán, etc., desde el Cairo a Mombasa, el África meridional desde Blantyre a Capetown, además domina en Bathurst, Freetown, Akka y Lagos, y por último en Walfishbay, Zanzíbar y Berbera.

Las posesiones francesas dan al mar en Árgel, Túnez, San Luís, Kpnakry, Bingerville, Porto-Nuovo y Libreville, y del lado opuesto del continente comprenden Madagascar y el territorio de Obock.

Alemania se ha instalado en Daressalam, Windhuk, Buca y Lome.- Turquía conserva Trípoli.

El rey de los belas, bajo el nombre de soberano del Estado independiente del Congo, reina en Boma.

Italia posee Massua y Magadoxo.

España, Río de Oro y Bata.

Portugal, Bissao, Cabinda, San Pablo de Loanda y Chinde.

y de guerras futuras. Rumania fue pagada por la ayuda que prestó a Rusia en un momento peligroso con la pérdida de la Besarabia, y se le dieron los pantanos de la Dobrudja en cambio de la provincia fértil y populosa que se vio obligada a abandonar. Los rusos se tomaron, naturalmente, una buena parte del territorio de la nación vencida: a la Besarabia de Europa unieron una banda del Asia Menor en la que se halla la plaza fuerte de Kars y el puerto tan felizmente situado de Batum. En cuanto a Austria, que había prestado algunos servicios diplomáticos, recibió en cambio una pequeña abra en el Adriático y, regalo mucho más importante, la gerencia indefinida de la Bosnia y de la Herzegovina. Hasta Persia sacó una parcela de tierra. Por último, la Gran Bretaña, que pudo considerarse vencida al mismo tiempo que Turquía, debió al talento de su plenipotenciario lord Beaconsfield, la cesión de la isla de Chipre, así como una especie de protectorado sobre el Asia Menor. Sin embargo, esta última cláusula, que hubiera exigido gran despliegue de fuerzas, fue letra muerta, aunque la nación inglesa hubiera podido aprovechar esta situación para hacerse la protectora eficaz de los armenios y asegurar así una poderosísima clientela en aquel pueblo inteligente. Otras estipulaciones del tratado de Berlín fueron también escritos vanos, entre otras, aquella por la cual la Puerta se comprometía a distribuir por igual la justicia entre todos sus súbditos, sin excepción de raza ni de culto, y especialmente a proteger los agricultores armenios contra los bandidos kurdos: jamás promesa alguna fue más atrozmente violada.

Aunque las deliberaciones solemnes del consejo de Europa no pudiesen tener valor real sino ratificadas por la voluntad de los mismos pueblos, dábales cierta importancia el hecho de proceder de una asamblea que representaba toda Europa. El mundo oficial se había ensanchado, pues, singularmente desde el tratado de Westfalia, aun después del congreso de Viena.

También había cambiado el lenguaje de los diplomáticos: ya no hablaban solamente en nombre de sus soberanos respectivos, se expresaban muy cortésmente respecto de otra potencia, el conjunto de las naciones civilizadas. Era evidente que se tenía conciencia de un nuevo estado de cosas, de una cierta unidad procedente de la existencia de una opinión pública europea. No sólo las potencias temían mutuamente atacarse, sino que comprendían también que una nueva gran guerra en Europa hubiera desagradado a los mismos que hubieran tenido la perspectiva de la victoria. Sabían también que las conquistas perpetradas en países lejanos sobre pueblos reputados como bárbaros o salvajes les serían, no solamente perdonadas, sino consideradas como meritorias y gloriosas. Así, pues, con la excitación tácita de sus pueblos, los gobernantes de Europa se dedicaron a despedazar África, Asia y Oceanía, para distribuir los trozos y constituir con ellos su imperio colonial.

Al principio del siglo xx, las potencias casi han terminado el reparto de África, frecuentemente designado con el nombre de "Continente negro", en parte porque está habitado por negros, y algo también porque no es enteramente conocido. Extensos territorios que comprenden muchos miles de kilómetros cuadrados tienen ya su dueño oficial, según el almanaque de Gatha, pero no han sido recorridos aún por ningún viajero. Desde el punto de vista de la conquista, poco importa, porque es indudable que la fuerza militar de ataque que poseen los Estados europeos es suficientemente grande para triunfar de hordas sin disciplina ni estrategia; basta que tal o cual país sea atribuido por convención diplomática a la Gran Bretaña, a Francia o Alemania para que la tal potencia escoja con calma su hora de ocupación general o parcial y de explotación comercial. Actualmente el continente africano puede ser considerado como una simple dependencia económica de Europa, y puede afirmarse que los blancos, con su fuerza real, que les

da tan absurda superioridad, y con su prestigio triunfante, no hubieran encontrado ninguna resistencia si la ocupación de las diversas comarcas no hubiera por su parte dado lugar a injusticias y a atrocidades de todo género; sin contar que en muchas ocasiones las guerras y las insurrecciones han sido voluntariamente suscitadas, porque daban motivo a los oficiales para reprimirlas y adquirir gloria, honores, títulos y ascensos.



Cl. L. Cuisinier.

Vado a través del Níger cerca de Bafelé

El argumento por excelencia de los políticos dedicados con ardor a recortar el mundo en territorios coloniales, consiste en la exposición de la necesidad de dar salida a la población exhuberante de Europa y a la sobreabundancia de los productos manufacturados. A este artículo fundamental se añaden, aunque con íntima incredulidad, algunas frases repetidísimas sobre la influencia moralizadora de la civilización cristiana, y la conciencia queda satisfecha. Es verdad que la mayor parte de esos territorios anexionados bajo latitudes lejanas no son

a propósito para la aclimatación de los europeos, y también que éstos, aunque el clima les fuera propicio, no hallarían en ellos ocupaciones conformes a su género de vida. Aquellas grandes extensiones agregadas al territorio llamado "colonial" no deben ser consideradas como verdaderas colonias, puesto que no están destinadas a recibir colonos; sólo pueden servir para albergar a los excedentes de la población emigrante de Europa; son sencillamente lugares de residencia de algunos mercaderes que tratan de explotar las riquezas naturales del territorio y de satisfacer las necesidades de los indígenas. Mas como la mayor parte de aquellos naturales, habituados a una existencia sencillísima, encuentran a su alrededor, en los productos de la tierra, cuanto les es necesario, los esfuerzos de los supuestos colonizadores han de combinarse de modo que susciten nuevas demandas, especialmente la del aguardiente o de un veneno cualquiera bautizado con ese nombre: entre los negros impulsados a la locura, la moneda, antes desconocida, sólo se utiliza para la compra de ginebra[3]. Tal es, en los países ocupados del continente negro, lo que se considera como el principio de la civilización, la etapa que sucede a la de la esclavitud. Admitamos que en ello hay progreso, puesto que al comprador negro se le ha puesto actualmente la etiqueta de hombre libre.

Los orígenes de las anexiones coloniales modernas del África se remontan a las edades de las exploraciones marítimas, genovesas y portuguesas, cuando los navegantes de los siglos XIII y XIV descubrieron la isla de Lagname, llamada después Madeira, y la tierra de Lancelot, denominada en el día Lanzarote, en las Canarias. Pronto pasaron los exploradores desde las islas al litoral; desde aquella época residen en África representantes de Europa, comerciantes y misioneros, y se va haciendo la mezcla de las sangres a la vez que la de las ideas. Todavía, en recuerdo

3. A. d'Almada Negreiros, *Congrés Colonial internacional de París,* 1900.

de los portugueses, los negros del Congo dan a los europeos los nombres de *M'putu*, "gente del Putu", de Portugal[4]. Los indígenas de la región costeña son deudores de algo más que el nombre a los misioneros de Lisboa y de Oporto que se les presentaron: les deben la cruz con que sin conocer su origen, adornan sus casas; les deben la consagración oficial a un santo patrón, la *zina dia santu*: negros y negras fetichistas, en virtud de la aspersión, son verdaderos bautizados. También fueron sacerdotes del Cristo quienes llevaron a los africanos las estampitas de Jesús, de la Virgen y de los santos que se han ido cambiando gradualmente en fetiches y que se han considerado durante mucho tiempo como de procedencia autóctona; esas figurillas groseras, erizadas de clavos, representan el Crucificado acribillado a lanzazos y la Virgen de los Dolores. En el interior del país no se ven esos fetiches, que sólo existen en las comarcas occidentales antiguamente visitadas por los catequistas: imágenes groseras, tal es lo que resta de las antiguas conversaciones; las formas religiosas que enseñaron en otro tiempo los sacerdotes católicos se deterioran de la manera más extraña por el regreso a las antiguas concepciones en cuanto los misioneros cesan de visitar la comarca. Entre los bambas, ribereños del bajo Congo, los jóvenes de la tribu se someten por los brujos a un estado de síncope semejante a la muerte durante tres días, después resucitan. Evidentemente se trata con esto de imitar a Jesucristo en el gran misterio de su muerte y de su vuelta triunfante a la vida[5].

El imperio colonial portugués, que se extendía hacia las comarcas desconocidas del interior, no tenía límites precisos, suponiéndose que comprendía todas las comarcas del continente, aparte de la Mauritania y de la cuenca nilótica; pero los países ocupados constituían una escasa superficie relativa;

4. Ch. Lemaire, Notas manuscritas.
5. Keane, *Man, Past and Present*, página 109.

Cl. J. Kuhn, edit.

CATARATA DEL ZAMBEZE – VICTORIA FALLS

el pequeño Portugal sólo podía suministrar un corto número de plantadores y aventureros. Los holandeses les despojaron de la parte meridional del África, es decir, el distrito del Cabo de Buena Esperanza, que pasó después a ser posesión de los ingleses con todo el territorio adyacente; después, los recién llegados, anexionándose terrenos, llegaron durante el curso del siglo a apoderarse osadamente de una amplia zona en la región del Zambeze, fingiendo ignorar completamente la pretensión de Portugal, reconocida hacía tres siglos por el derecho público europeo, de poseer toda la anchura del continente africano, desde la costa a la contracosta, desde Angola a Mozambique. Además, después de haber tomado el territorio que les convenía, los ingleses extienden sobre el resto de las posesiones portuguesas una especie de protectorado y, en la opinión general de los profetas políticos, todo el antiguo territorio lusitano pasará tarde o temprano a la dominación de Inglaterra. Portugal, convertido en feudatario de la Gran Bretaña, no pasa en realidad de ser el usufructuario de las riquezas territoriales de que el dueño eminente se apoderará por anexiones sucesivas en proporción de los intereses del momento. ¿No se dio el caso, durante la guerra contra los boers de las repúblicas holandesas, de servirse del puerto de Lourenço-Marquez como si aquella admirable abra le perteneciera oficialmente?

A esas importantísimas posesiones de la punta meridional de África donde se hallaba, antes de la apertura del canal de Suez, el lugar de etapa necesario para los navegantes entre las tierras ribereñas del Atlántico, supo unir Inglaterra una banda de terrenos que se extiende al Norte hasta Tanganyika y que continúa no lejos de la otra extremidad del lago para continuarse por la cuenca nilótica hasta el Mediterráneo. A pesar de la laguna que separa en dos esta zona mediana del África, los nacionalistas ingleses cuentan utilizarla en su beneficio por la construcción de una vía férrea de siete a ocho mil kilómetros

de longitud que uniría el puerto del Cabo al de Alejandría y que por medio de bifurcaciones se uniría de distancia en distancia a los mercados del litoral sobre el Océano Indico y el mar Rojo. Puede considerarse esta obra realizada ya en más de la mitad, puesto que el ferrocarril del Sur atraviesa el Zambeze —la línea se abrió en septiembre de 1905—, que el del Norte alcanza a Khartum, y que, en los espacios intermedios, los barcos de vapor van y vienen sobre el Nilo y sobre los grandes lagos. La Gran Bretaña es, pues, la soberana preponderante de toda la mitad oriental de África, donde las otras potencias sólo tiene colonias de importancia secundaria. Sin embargo, no todo se presenta aún a medida del deseo de los ambiciosos de territorio, porque los montes de Etiopía, donde nace el Nilo Azul, se levantan todavía insumisos como una alta ciudadela, y el Egipto inglés queda incompleto mientras no posea las fuentes del río y no pueda arreglar su curso para el riego de sus llanuras.

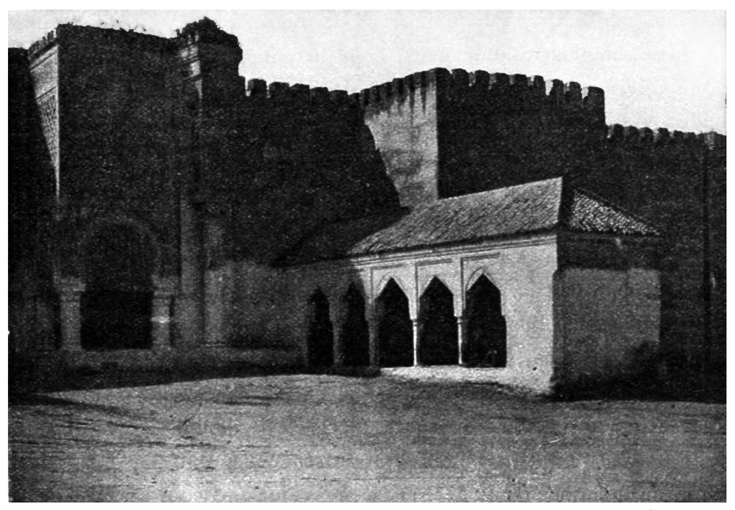
Los mercaderes británicos poseen también en el oeste de África riquísimos territorios de explotación, entre los cuales se hallan las populosas tierras que recorre el Níger inferior; pero de ese lado del continente ha correspondido a Francia la mayor extensión de terreno, del cual una gran parte se compone de soledades desiertas, porque, como decía un ministro inglés, "el gallo galo gusta de escarbar la arena"; pero las principales colonias francesas de África comprenden más de la mitad de los países mauritanos, es decir, la región que puede llamarse la Europa africana. Es una comarca que, por su posición sobre el contorno de la cuenca del Mediterráneo, frente a España, Francia e Italia, forma parte geográficamente de ese "mundo latino", al que perteneció también históricamente en tiempo de la gran Roma. Túnez y Argelia, cuya población autóctona es la de los bereberes, muy probablemente emparentados con los otros aborígenes de las costas del Mediterráneo occidental, no han recibido hasta una época relativamente reciente el elemento

étnico extranjero de los árabes, pero actualmente, el reflujo de los inmigrantes, italianos, franceses y españoles, mezclados con algunos otros europeos, implantan allí una nueva raza que, por sus orígenes, parece bien predispuesta a arraigarse fuertemente, y que, en efecto, a pesar de los malos pronósticos del principio, se ha aclimatado perfectamente. Europa se ha engrandecido realmente por la anexión del África Menor, como se ha engrandecido al otro extremo del continente negro por la población del Cabo y de las colonias vecinas.

Argelia, aunque se extiende ya muy lejos en el desierto, por los oasis que en el mismo se hallan diseminados hasta el Touat, se halla prácticamente separada de las demás posesiones francesas situadas en las márgenes del Senegal, sobre el alto y el medio Níger, en las riberas del lago Tchad o Tzadé, en las del golfo de Guinea, y, con mayor motivo, en los espacios tórridos de Ouadai: costosísimas expediciones militares y exploraciones de atrevidos viajeros que se han aventurado en lo desconocido no han podido reunir aún los dos extremos de ese inmenso imperio africano sino por medio de una red de itinerarios de mallas muy espaciadas. Además, si Argelia y Túnez son colonias de población donde los europeos cultivan la tierra y fundan familias, los otros territorios anexionados por Francia al otro lado del desierto no son colonias propiamente dichas, y, consideradas desde el punto de vista utilitario, son siempre una causa de pérdida para el presupuesto nacional, y no pueden dar beneficio más que a negociantes y proveedores del ejército. Sin embargo, la Tierra se empequeñece diariamente por efecto de la velocidad y de la ubicuidad que los nuevos motores dan al hombre; el espacio desierto que separa la meseta mauritana del valle nigeriano se estrecha en consecuencia, y el conjunto de la Francia africana hasta el Congo promete presentar un día cierta unidad geográfica. Se puede aspirar racionalmente a la construcción de un ferrocarril que una el golfo de Gabes

al delta del Níger por el lago Tzadé y a la creación de una vía transafricana como trozo de una línea de tránsito rápido entre Francia y el Brasil.

En cuanto a Alemania, igualmente rica en desiertos, posee al suroeste de África grandes extensiones rocosas que un presupuesto generoso trata penosamente de fertilizar, pero al este del continente es donde se halla su territorio más abundante en población, en recursos actuales y en promesas: rodea de



Cl. Duveyrier

Mezquita en Meknes

un extremo a otro el mar interior de África, el Tanganyika, y confina con el Nyanza, más extenso aún. A esa África alemana corresponde al otro lado del Tanganyika, el inmenso Estado del Congo, llamado "independiente" por los tratados porque todavía no pertenece a ninguna potencia europea, pero del cual ha hecho su territorio particular un soberano de Europa y que subvencionan los recursos financieros votados por su Parlamento. Ese reino congolés, cien veces mayor que Bélgica, completa la lista de las anexiones europeas con la

Erythrea y la Somalia italianas y la pequeña parte de España en islas y costas. No queda más que tomar que la Etiopía, a menos que ese imperio se europeíce poco a poco, es decir, se entregue a los mercaderes, a los industriales y a los especuladores de Europa. Al Norte, la Tripolitania tiene ya su presunto conquistador, reconocido por las potencias cristianas, Italia; por último, al extremo noroccidental, Marruecos da lugar cada año a la reunión de plenipotenciarios europeos y al movimiento de las escuadras. ¿Quién será el dichoso poseedor, o quiénes serán los participantes ávidos y celosos?

Si Marruecos ha escapado hasta el presente a la toma de posesión por una potencia europea, se debe precisamente a que su posesión es ambicionada hace siglos y las ambiciones rivales se neutralizan. Marruecos tiende hacia España: Ceuta avanza hacia Gibraltar, Tánger hacia Tarifa. Cuando transcurridos los setecientos años de guerra entre musulmanes y cristianos por la posesión del suelo ibérico en beneficio de los últimos, ocurrió que éstos tomaron posición para perseguir a sus enemigos hasta en el vecino continente, y aquel impulso dio por resultado la toma de Ceuta y de los otros presidios, fortines del litoral mauritano que, desde el punto de vista de la conquista, no tienen, por decirlo así, más que un valor simbólico. El verdadero protector de Marruecos contra una invasión española fue en realidad la Gran Bretaña, que ocupó Tánger de 1662 a 1684 y, algunos años después, apoderándose de Gibraltar, plantó una espina en la carne misma de España y vigiló el estrecho. Herida en lo vivo, la nación humillada no podía pensar en llevar más adelante sus conquistas sobre el continente africano. Ya lo intentó en diversas ocasiones, pero sencillas advertencias a la sordina procedentes de diversas partes de Europa, le significaron que debía contentarse con las posiciones adquiridas. Por su parte, Francia, lamentando las ocasiones perdidas, vigila en la frontera argelina, trata de infiltrar su protectorado sobre los

límites del imperio, mientras que Inglaterra y Alemania trabajan por implantar sólidamente su comercio y su influencia en los puertos del litoral.

Para excusar de antemano, sea la anexión de Marruecos por uno de los Estados europeos, sea la repartición de la comarca, compárese ese imperio a Turquía, calificándole también de "hombre enfermo"; pero esta broma no está justificada: ninguna población oprimida reclama allí la intervención extranjera, y, excepción hecha de los comerciantes judíos, no hay entre las tribus animosidad de raza ni odio de religión; Marruecos no necesita todos esos médicos que le rodean ofreciéndole remedios y preservativos. Si de repente desapareciesen los bachadur, ministros o embajadores extranjeros que residen en Tánger, y si las poblaciones marroquíes no tuvieran que desconfiar de esos diplomáticos de ambiciones rivales, el equilibrio interior de la nación no se alteraría en lo más mínimo: las dos quintas partes del territorio que tiene en los mapas el nombre de "Marruecos" continuaría pagando el impuesto y constituiría el país sumiso que se dejaría administrar por los funcionarios del emperador, mientras que los territorios independientes cuyos habitantes se niegan a pagar las contribuciones y que representan las tres quintas partes del país[6] formarían otras tantas repúblicas muy activas, que se bastarían a sí mismas, gracias a su pequeño comercio y a la libertad de la emigración periódica. Ese Bled en Siba, el "País libre", no pide nada a Europa, sino que no se toque a sus derechos. ¿Pero cuál será la gran potencia que, siendo sucesora del emperador de Marruecos, tendrá el tacto necesario para no ofender a esas tribus autónomas?

En el continente de Asia, donde han existido poderosos imperios desde tiempos inmemoriales, no han podido las naciones

6. R. de Segonzac, *Société de Géographie d'Alger et de l'Afrique du Nord*, 2º trimestre de 1902, página 183.

de Europa proceder al reparto con la misma desenvoltura que en el continente negro; pero cada posesión europea ha llegado a ser un punto de apoyo para nuevas anexiones de extensión considerable. Rusia ha aprovechado su dominio sobre Siberia, que representa ya la tercera parte de la superficie asiática, para extender su influencia política y hasta administrativa sobre los territorios vecinos, Manchuria, Mongolia, Dsun-garia, Kachgaria y, por esta parte, la frontera se ha hecho flotante, de modo que no se sabe de cuántos centenares de miles de kilómetros cuadrados se ha ensanchado el territorio ruso. Por su parte los ingleses, dueños de la India, van dominando cada vez más los principados vasallos y consolidando por nuevas anexiones sus "fronteras científicas" del oeste sobre las altas tierras de los baloutches y de los arghanes; en el centro, atacan al Tíbet al otro lado del formidable Himalaya; mientras que al Este redondean sus dominios de la Birmania y se apoderan de los ricos y pequeños Estados de la península malaya. Por último, Francia, habiendo introducido sus soldados y sus funcionarios sobre el litoral del mar de China, extiende sus posesiones en el interior a expensas del reino de Siam, reducido actualmente a un Estado mínimo.

Al occidente de Asia, Anatolia y Persia presentan un espectáculo análogo al de Marruecos; esas comarcas deben también a ambiciones rivales su permanencia bajo el yugo de sus actuales amos mahometanos. Rusia, Inglaterra y Alemania ambicionan el Asia Menor y Mesopotamia, de donde resultan conflictos incesantes y la prolongación de la dominación turca. Persia es como un extenso tablero de ajedrez donde los jugadores ingleses y rusos adelantan sabiamente las piezas al mismo tiempo que dirigen respetuosos homenajes al chah de los chahs en su palacio de Teherán.

Donde el régimen europeo no se introduce directamente por vía de conquista, se desliza indirectamente por vía de

iniciación, y de ese modo, transformando todo su organismo interior, el Japón ha llegado a ser, por decirlo así, un fragmento de Europa transportado al pleno Océano Pacífico, pasando sobre el continente de Asia. Como potencia europea, por medios tomados a la Europa moderna y con una sabia maestría, el Japón fue recientemente el vencedor rápido y decisivo de China: no hubo choque naval o terrestre que no le fuera favorable. En la desembocadura del Yalú fue exterminada la flota china; en el asalto de Wei-hai-wei se rindió la guarnición china. En pocas semanas las fuerzas japonesas dominaron el imperio, y como consecuencia hubieran tomado una buena parte del territorio continental, si no hubieran intervenido las potencias europeas para que el equilibrio del Extremo Oriente no se modificara bruscamente en perjuicio suyo.

La inauguración del siglo xx se hizo en la Flor del Medio por una intervención de todas las potencias "civilizadas", Japón y Estados Unidos de América inclusive. La verdadera razón de esa invasión colectiva no es de las que pueden declararse: los instrumentos diplomáticos no han de hacer constar con ingenuo candor que los Estados pueden tener por móvil, como los simples particulares, la afición al pillaje. El Japón había anexionado a su archipiélago nacional la gran isla de Formosa y algunos islotes, y Rusia quiso tomar también un gran trozo de la China. Francia, Alemania e Inglaterra para no ser menos se proponían también sacar su parte.

Pero no sólo cada gran potencia aspiraba a adquirir un gaje material de conquistas consistente en buenas tierras, en puertos, en mercados, necesitaban también privilegios de industria y de monopolio en tal o cual provincia del interior; los negociantes de Europa y de los Estados Unidos fijaban su atención y su codicia en las minas conocidas o presuntas, en tal o cual serie de estaciones para futuros ferrocarriles, y, más ávidos que los diplomáticos, más insaciables que los mismos mercaderes, los

misioneros protestantes y católicos reclamaban por todas partes, pensiones, excusas con regalos expiatorios, aparte de las venganzas por persecuciones y ultrajes, verdaderos o supuestos. El eco de las reclamaciones fue oído por las potencias de Europa, pero todas querían intervenir a la vez, temiendo que alguna de ellas resultase aventajada en el momento de la distribución del despojo. Lo que se llamó la "guerra" fue horrible en extremo, por cuanto no hubo resistencia: allí no hubo más que matanza y pillaje; todos se complacían primeramente en ello y se felicitaban mutuamente por sus crímenes; después, cuando Europa conoció la verdad, bandidos y asesinos se lavaron las manos acusando a sus aliados: franceses, ingleses, rusos, alemanes, americanos y japoneses echaron unos sobre otros la responsabilidad de la horrible matanza, al mismo tiempo que reclamaban amplias indemnizaciones por la obra realizada y pedían por añadidura castigos para sus adversarios. La Iglesia cristiana hizo otro tanto, como para atestiguar con brillo la parte que había tomado en la guerra de exterminio y de botín: se vieron en las capillas cabezas de decapitados expuestas a la gloria del Dios vengador y de sus fieles misioneros[7].

Aunque las potencias de Europa unidas al Japón se ocupan con celo de ocupar poco a poco el contorno de China, el imperio es demasiado extenso, y su población, recensada en 1901 en número de 425 millones de individuos, representa una parte demasiado considerable de la humanidad culta para que los asaltantes no reconocieran la imposibilidad de repartirse inmediatamente la China; en consecuencia se ha aplazado esta obra formidable de fraccionamiento del imperio chino de conformidad con un trazado ampliamente comprendido de "zonas de influencia", o más bien se ha dejado a la buena providencia que protege a los hábiles en el reparto del botín.

7. *New-York Herald*, 18 de septiembre de 1900.

Los Estados Unidos de América, rivales de Rusia en la pretensión de ser la primera entre las grandes potencias del mundo moderno, tomaron una parte secundaria en los asuntos de China: tenían otros intereses más apremiantes. La "doctrina de Monroe", que oponen con rudeza a los gobiernos europeos en las cuestiones políticas relativas al Nuevo Mundo, lógicamente hubiera debido prohibirles toda intervención en debates referentes a naciones y a comarcas no americanas; pero no fue así, y la conciencia de su fuerza aumentó la ambición de la república americana, viéndole los otros Estados tomar parte en el reparto de las islas Oceánicas: disputó el archipiélago de Samoa a los alemanes y a los ingleses, para apropiarse finalmente una de las islas y apoderarse de todo el grupo de Hawai, más cercano a sus costas. En realidad, esta última adquisición no era, bajo forma política, más que un negocio comercial: unos plantadores americanos y algunos de esos misioneros religiosos que se hallan siempre en todo asunto de captación, habían monopolizado gradualmente y cultivado las buenas tierras del archipiélago para la producción de la caña de azúcar. Trabajadores alquilados, importados de las Azores, de las islas Oceánicas, de la China y del Japón, reemplazaban sobre aquellos campos a los indígenas, que quedaban fatalmente destinados a la miseria y a la muerte, y las abundantísimas cosechas pudieron pronto, gracias a la anexión, beneficiarse de la libre importación en los Estados Unidos, aunque el caso constituyera una infracción de la doctrina tradicional y representara la continuación de la antigua política de los esclavistas.

Después estalló la guerra hispanoamericana, en la que el gobierno español se halló empeñado por su loca obstinación en continuar la opresión económica y política de Cuba; un poco de prudencia, una apariencia de justicia, algunos sentimientos equitativos hubiesen hecho de los cubanos, que con justificados motivos desconfiaban de sus vecinos los yankees, ardientes

patriotas castellanos. Pero los dominadores rara vez saben moderarse, y suelen llegar hasta los límites extremos de su poder tentando al destino; su obcecación, que llaman el honor, lo quiere así. España marchó, pues, conscientemente a su ruina, dejando en buena actitud a los políticos de los Estados Unidos, quienes, como es natural, tuvieron la pretensión de intervenir en nombre de la justicia y de la Humanidad. Los últimos actos de la soldadesca española en la desgraciada Cuba, donde, con algunas



Cl. J. Kuhn, edit.

Un rincón del puerto de La Habana

intermitencias, la lucha duraba cerca de cuarenta años, fueron verdaderamente horribles: jamás los procedimientos de guerra habían causado tantos desastres en la colonia. El censo de 1887 indicó una población insular de 1.742.000 individuos, el que más de diez años después, siguió a la retirada de las guarniciones españolas, dio un total menor de 269.000 personas. Los patriotas de la isla pudieron creer que esas pérdidas serían el rescate de su libertad y que los Estados Unidos cumplirían su

promesa de respetar la perfecta autonomía de los cubanos, libertados por las armas de la República americana, grande y generosa. Y en efecto, oficialmente, desde 1902, Cuba tiene el rango de potencia independiente, con su presidente de la República, su vicepresidente y dos Cámaras elegidas, pero esas son ficciones que no engañan a nadie: desde todos los puntos de vista, y sobre todo económicamente, la gran isla forma parte del dominio del gran capital americano. Pero la guerra presentaba otros objetivos, la rica Antilla, Puerto Rico y allá lejos, en los mares de China, el vasto archipiélago de las Filipinas.

La extrema desproporción de las fuerzas entre los barcos americanos y las flotas españolas, de material gastado y de artillería vieja, dio a las peripecias de la guerra, en las Filipinas y en las aguas antillanas, un aspecto teatral propio para excitar la imaginación de las gentes sencillas y para producir el pueril entusiasmo del pueblo vencedor. El desfile circular de los barcos del almirante Dewey, pasando sucesivamente delante de la flota española, en la bahía de Manila, y en menos de un hora transformarla en inmenso brasero; los barcos del almirante Cervera escapando uno tras otro de la estrecha garganta de Santiago y yendo, sin combatir, a tropezar de escollo en escollo a todo lo largo de la costa, fueron cuadros poderosamente trágicos de que se apoderaron los periodistas, los novelistas, los actores y los versificadores, exaltando hasta el delirio el patriotismo de los políticos de América. Su lenguaje había cambiado súbitamente, y en las asambleas cesó de celebrarse la emancipación de los pueblos sobre el modo lírico para no pensar más que en la conquista y el botín: como los cortesanos de Napoleón antes de la campaña de Rusia, los de los "héroes" americanos no hablaban más que de los "pliegues temblorosos de la bandera" y del "vuelo del águila de alas desplegadas". Pero lo que es aún más grave, la República se dejó infectar completamente por el ejemplo de todas las brutalidades antiguas.

Verdad es que la conquista violenta es inconciliable con la Constitución, pero esa Constitución, que se afecta continuar venerando religiosamente, carece de la elasticidad necesaria para que pueda conformarse con ella la política americana, que se desarrolla y se modifica con el tiempo, en bien o en mal, según los impulsos del mismo pueblo. Por otra parte, el Tribunal Supremo, que es el gran intérprete de la Constitución, ha declarado repetidas veces que la voluntad del Congreso es superior a la Constitución. Al principio de la guerra de la independencia, el pago de las tasas por las colonias no representadas en el Parlamento de Westminster les parecía la injusticia por excelencia, y más de un siglo después, esas mismas colonias convertidas en República norteamericana, hallaban perfectamente justo imponer derechos de varias clases a las poblaciones de Puerto Rico, sin necesidad de consultarles[8].

Y a pesar de la Constitución y de la doctrina de Monroe, la América de Washington se cree con derecho para conservar la posesión colectiva de las Filipinas, y procede a la ocupación de aquellas islas por medios tomados de las prácticas del exterminador hebreo Josué y del atormentador Torquemada. En los tiempos modernos, fecundos en horribles represalias, como todas las edades de la humanidad, oscilantes entre el bien y el mal, hay pocos incidentes tan abominables como la orden militar del general Smith, condenando a muerte a todos los varones de la isla Samar (Bisayas) mayores de diez años.

De este modo, al principio del siglo xx, la República norteamericana se une a las otras grandes potencias en la triste solidaridad de política agresiva, creadora de desavenencias internacionales, y se acostumbra a la idea de nuevas guerras. Y sin embargo, el conjunto de los pueblos civilizados se halla

8. Darius H. Pingrey, *The Forium*, Octubre de 1900.

actualmente repartido de una manera muy estrecha sobre el globo empequeñecido para que sufra las mismas conmociones, participe en los mismos movimientos de opinión y tienda a administrarse según principios comunes. En oposición a esta tendencia, pero sometiéndose a ella en apariencia, puesto que no se habla ya del "concierto europeo", sino del concierto mundial, los diversos grandes Estados, obedeciendo a sus tradiciones de rivalidad y de odio, continúan su antigua política de



Cl. P. Sellier

Un escena de evicción en Irlanda

Bajo la dirección de la policía, el arrendatario es expulsado y la casa queda inhabitable.

conquista y de anexión, de privilegios y de monopolios y hasta tratan de levantar murallas de la China a lo largo de sus fronteras, y no abdican en manera alguna el viejo derecho de opresión y de matanza sobre sus súbditos. Se ha visto a la Puerta matar metódicamente más de 300.000 armenios, de quienes temía su activa inteligencia y sus sentimientos demasiado libres; se ha visto a Rusia asistir complaciente a esos horrores y hasta facilitarlos, quizá con objeto de que sus regimientos, en un porvenir próximo, pudieran apoderarse fácilmente de una tierra

sin habitantes sospechosos de espíritu revolucionario; se ha visto, en fin, a cada gobierno reservarse para continuar en su país, según las circunstancias, toda clase de actos por censurados que sean por la opinión del mundo entero. Sin embargo, sobre esas naciones y sobre los que las rigen, aparece ya, y cada vez con mayor claridad, una imagen más grande, la del género humano constituyéndose en organismo unitario.

¿No es ya un hecho de importancia capital que casi todas las naciones cultas de la Tierra se hayan asociado en "Unión Postal Universal" para el transporte a través de los continentes y los mares, de las cartas y documentos, de los impresos y papeles de negocios, de las muestras de comercio, y por último, para el pago de pequeñas cantidades de dinero, y esto por un precio mínimo determinado de antemano según una tarifa uniforme? Desde el año 1875 funciona el servicio de una manera irreprochable, sin que los diversos Estados hayan de ocuparse de él más que para suministrar a la empresa universal el material necesario a las expediciones y para percibir la parte de los ingresos que les corresponde según las cuentas generales. Cada año se da a los interesados alguna nueva facilidad, alguna reducción de tasa; cada año la Unión postal cuenta con algún nuevo país en su liga que comprende ya más de mil millones de hombres, y el movimiento prodigioso de sus negocios aumenta en proporciones imprevistas. Para esta inmensa tela de araña que extiende sus hilos sobre toda la superficie de la Tierra, se ha escogido como centro la ciudad de Berna, humilde capital que no hace sombra a Londres, ni a París, ni a Chicago.

Después del éxito de esa hermosa obra mundial, se han lanzado muchas otras con el mismo resultado por la iniciativa de los individuos y de los grupos, a quienes los gobiernos, obligados por la fuerza de la opinión pública, han debido suministrar medios de ejecución. Así también los marinos de todas las naciones cambian las noticias por medio de señales

conocidas de todos, y los contagios, peste o cólera, son detenidos en el lugar de origen, y telegrafiado el estado del tiempo de observatorio en observatorio, se traza diariamente desde 1863 el mapa de las presiones atmosféricas, base de toda previsión del tiempo. Y aun eso no pasa de insignificantes resultados del acuerdo mundial en comparación de los que tantos filántropos esperan del arbitraje. Verdad es que por el momento empiezan mal, conviniendo para escoger como árbitros a los personajes cuyo objetivo es directamente opuesto al de las naciones, a los dominadores que viven como parásitos de la médula del pueblo y cuyo interés inmediato consiste en tenerle en esclavitud. Cuando la conferencia de La Haya se reunió en 1899, los inspiradores de aquel Congreso internacional creyeron atestiguar una habilidad genial haciendo que el zar expidiera las invitaciones, aquel entre todos los hombres que, por el título y la ilusión de los pobres de espíritu, se acerca más a la majestad divina. Se imaginó cándidamente que la paz universal tenía grandes probabilidades de realización entre los pueblos porque el emperador de todas las Rusias se declaraba partidario de la conciliación universal; pero en el momento mismo en que el zar convocaba a los delegados de las potencias para reunirse bajo su sombra protectora, llamaba a las armas nuevas fuerzas militares y decretaba el aumento de su flota y el refuerzo de su artillería. Al mismo tiempo, como para dar seguridad a los Estados conquistadores ambiciosos de anexiones, se guardó bien de invitar a la reunión a los representantes de los pueblos amenazados: los enviados de las repúblicas sudafricanas, a las que a la sazón hacía Inglaterra una guerra indigna, no fueron admitidos; además, por "conveniencia internacional", el representante de Dios sobre la Tierra, aquel cuya misión es predicar la paz entre los hombres, fue olvidado en la lista de las invitaciones. La conferencia de La Haya, a pesar de su ilustre patronato, no fue más que una comedia política, y sin embargo, no puede menos

de ser considerada como un signo de los tiempos, porque, si la opinión de los hombres que piensan no hubiera llegado a la conclusión de que era necesario reemplazar todas las violencias de la guerra por el arbitraje, no se hubieran tomado la molestia de practicar aquel engaño.

La aparición de esa nueva anfictionía de los pueblos se manifiesta cada vez más, a pesar de los intereses privados, exclusivos de los diversos Estados que quisieran conservar su aislamiento, y que, a su pesar, se han visto obligados a constituirse en un sindicato general. El escenario se ha ampliado, pero las fuerzas que luchaban en cada Estado particular son igualmente las que se combaten en toda la Tierra. En cada país el Capital trata de avasallar a los trabajadores; así también sobre el gran mercado del mundo, el Capital, aumentado desmesuradamente, prescindiendo de todas las antiguas fronteras, trata de hacer que obre en su provecho la masa de los productores y de asegurarse la clientela de todos los consumidores del globo, salvajes y bárbaros, lo mismo que civilizados. Se ha dado ya el caso de que una orden de bolsa determinara el envío de una escuadra, cuando el ministerio francés hizo ocupar Mitilene para recuperar un crédito usurario, y la guerra de Grecia contra Turquía, en 1897, estuvo de tal modo mezclada de especulaciones sobre los fondos otomanos, que surgió la duda de hasta qué punto las hostilidades eran serias o servían para ocultar bajo la farsa de las batallas y del fuego de los cañones el juego más desenfrenado del alza y de la baja. Era evidente que todo había sido preparado de antemano: todo se arregló para dar la victoria a los gruesos batallones de Turquía y para asegurar a la pequeña Grecia la posesión a lo menos mediata de la isla de Creta, que era el objeto de la guerra.

En la actualidad, la omnipotencia del Capital y su carácter internacional son fenómenos tan bien establecidos que se habla sencillamente, como de un hecho consumado, de la próxima

substitución de los gobiernos por los bancos para la gerencia de la administración, lo mismo que para las empresas de la paz y de la guerra. Por lo demás, puesto que ya administran directamente —aunque bajo nombre supuesto— los miles de millones del presupuesto, ¿no administran también indirectamente todos los negocios del Estado? Y, por eso mismo, ¿no toman las diversas individualidades políticas un carácter cada vez más internacional bajo la dirección del sindicato, que puede tener interés en exaltar a tal o cual figura de la farsa política y que no ve en las naciones sino cifras que inscribir, según las necesidades del momento, en tal o cual columna del gran libro? Y sin embargo, por terriblemente poderosos que hayan llegado a ser esos grupos de comanditarios que se disputan los tesoros del mundo, no son todavía los dueños; cada día se producen conflictos entre ellos y las multitudes de trabajadores que emplean, debido a que la contradicción económica es absoluta entre el Capital y el Trabajo: en tanto que el primero tiene por tendencia natural reducir a esclavitud a todos los que se hallan a su servicio, el segundo no puede menos que envilecerse y hundirse en la baja rutina si no es libre, espontáneo, alegre y creador de fuerza personal y de iniciativa. La conciliación de esos dos contrarios, cuadratura del círculo que buscan algunos hombres de bien, es imposible, pero a cada nueva lucha da lugar el resultado a transacciones temporales que, si hay progreso, se aproximan gradualmente a la justicia, que trae consigo la libre participación de todos los hombres en el trabajo, en sus productos y en las maravillas que descubre.

Tal es la idea de la sociedad. Estudiemos el estado actual de las cosas para ver si, en su rápida marcha del día, se mueve la humanidad en la dirección deseada.



Dado que "Internacionales" comprende los años 1866 a 1900, hemos incluido como apéndice la carta que Elíseo Reclus escribe a su hermano Elías Reclus acerca del segundo Congreso de la Liga de la Paz y de la Libertad celebrado en Berna (Suiza), del 21 al 25 de Septiembre de 1868. La relevancia de este documento no responde solamente a la contingencia histórica del movimiento obrero, sino también a que en este Congreso Elíseo Reclus pronuncia el primer discurso donde adhiere públicamente a los principios anarquistas.

La recomendación de este documento es del geógrafo Adriano Skoda (USP/ Biblioteca Terra Livre, São Paulo, Brasil). La versión que hemos utilizado fue publicada en el libro *Correspondencia: 1850 a 1905* (Buenos Aires, Imán, 1943), cuya selección estuvo a cargo de Luce Fabbri, mientras que la traducción desde el francés fue realizada por Horacio E. Roque.

Apéndice
Carta de Eliseo Reclus a su hermano Elías Reclus*

Mi muy querido Elias:

Tenía la firme intención de escribirte un informe, muy detallado, sobre el Congreso de Berna. Incluso, había redactado tres páginas, que las perdí luego; pero ya es imposible continuar mi trabajo, pues habiendo desde el primer momento convertido mi papel de espectador en el de actor, no pude hallar el ocio necesario: sesiones del comité, sesiones del congreso, redacción de proyectos y contraproyectos se sucedían sin tregua y hasta muy avanzada la noche; a las dos y a las tres de la mañana, todavía duraban las conversaciones. Al finalizar la semana, me sentía extenuado. Una noche pasada en un vagón de tercera ha sido para mí uno de los más reparadores descansos.

No estoy muy enterado de las apreciaciones formuladas por los diarios respecto a nosotros; pienso que deben tratarnos de mala manera, pues todos los corresponsales, sin excepción, eran del partido de los adversarios: Lemonnier[1] del *Phare de la Loire* y de otros diarios; Fribourg[2] del *Debats,* Andrés Rousselle de no sé cuántos periodicuchos, Chaudey, Castelar[3],

1. Carlos Lemonnier (1806-1891), antiguo sansimoniano.
2. Fribourg, delegado parisino de la Internacional al Congreso de Ginebra en 1866.
3. Chaudey, amigo y ejecutor testamentario de Proudhon. Castelar Emilio (1832-1899), orador, novelista y hombre público español. Delegado al Congreso.

Enrique Ferrier y varios otros. Cuando vuelva a verte, te contaré todo detalladamente y verás que nos hemos comportado con bastante intrepidez.

Desde la primera sesión del Comité, fue evidente que los conflictos estallarían. Chaudey, en actitud de Júpiter, coge el rayo y lo lanza sobre Bakunin, que declara ser un lassalleano; luego, arrebatado por la cólera, habla de Lassalle en forma tal como para probar que ni siquiera sabe quién es el personaje. No importa, la guerra estaba declarada, y Lemonnier, Rousselle, marcaban el paso tras el jefe de fila.

Estos señores, como comprendes, estaban muy irritados contra los obreros de Bruselas[4]; con toda furia llegaron de París para resistir a la Internacional y para apostarse enérgicamente, burgueses contra trabajadores, políticos contra socialistas. Hasta tenían, como me lo dijeron en una comisión especial, un mandato imperativo que cumplir en ese sentido, y este mandato lo han cumplido.

En cuanto a Bakunin y a nosotros, entre los cuales se encontraba Richard[5], a quien tú conoces, dijimos que el procedimiento del Congreso de Bruselas era una impertinencia, una jugarreta, pero que estaba en nuestra dignidad el no sentir la afrenta y el quitarle de antemano todo valor mostrándonos más enérgicos y más unidos que los delegados de Bruselas, para la afirmación de la equidad social.

El primer día se trató el punto de los ejércitos permanentes. Todos estábamos de acuerdo sobre esta cuestión. El informante era un tal Beust, alemán, refugiado en Zurich y convertido en

4. Estos habían votado en el Congreso General de la Internacional, celebrado del 6 al 13 de Septiembre de 1868, una resolución en la que se expresaba que la Liga de la Paz no tenía razón de ser en presencia de la obra de la Internacional, y se invitaba a esa Liga a unirse con la Internacional y, a sus miembros, a hacerse recibir en una u otra sección del partido (ver: Guillaume, *L'Internationale*, T. 1°).
5. Richard (Alberto), delegado de Lyon.

jefe de institución. Es un hombre que me agrada muchísimo por la intensidad de la pasión revolucionaria. Cabeza estrecha, ojos ardientes, pensamiento siempre en tensión hacia el mismo objetivo, palabra breve y brusca, todo en él prueba que sus energías vivas se dirigen a la República.

Al día siguiente de su informe, las noticias de España llegaban por telégrafo, y él partía ese mismo día para ir a juntarse con los insurrectos.

El informe de Beust fue aprobado por unanimidad, no sin incidentes. Había expuesto con bastante decisión la teoría del asesinato político. Juzga el terror de Lemonnier, de Andrés Rousselle. Se precipitan a la tribuna, suplican a la Asamblea que les ahorre semejante voto. Rousselle declara que se separará del Congreso antes de soportar ese voto; en fin, Fribourg, el fiel aliado de los abogados franceses, él, a quien por descuido Rousselle el día anterior había calificado de soplón, viene en ayuda de su acusador de la sesión pasada, pone los puntos sobre las íes expresando que se trata de votar por *sí* o por *no* en este asunto: "¿Tenemos, nosotros, derecho a asesinar a Bonaparte?" Gran emoción. A vivas instancias de Jollissaint[6], Beust consiente al fin en retirar la frase temible de su informe. Lemonnier respira: Nuevo Espartaco, no se armará del puñal vengador.

Al día siguiente, cuestión social. La comisión preparatoria, de la que formé parte, no había podido ponerse de acuerdo. No había querido adoptar nuestra redacción, en la que postulábamos como ideal "la igualación de las clases y de los individuos", entendiendo por ello la igualdad del punto de partida para todos, a fin de que cada uno siga su carrera sin obstáculo.

Chaudey, informante, pronunció el primer discurso de la sesión. Jamás oí pronunciar discurso más pobre. Sintiendo que le faltaba el suelo bajo los pies, echó mano a todos los recursos

6. Jollissaint, suizo, presidente del primer Congreso de la Paz y de la Libertad, realizado en Ginebra del 9 al 12 de Septiembre de 1867.

oratorios para poder hablar sin decir nada. Divagó declamatoriamente sobre la expedición a México, para conducirnos "de paseo por los campos de Montana". En fin, chapaleó por completo, rebuscando palabras, entablando luego una discusión jurídica sobre la "recusación de los jueces". En síntesis, estuvo deplorable, y, por mi parte, sentí verdadera piedad por él. Mientras gesticulaba desatinadamente, una caricatura que pasaba de mano en mano lo representaba cerrando los ojos y telegrafiando con los brazos. Desde este día, Chaudey era hombre al agua, y Lemonnier recogió el cetro caído de las manos del pobre abogado.

Después de este absurdo discurso —al que Bakunin contestó con algunas palabras de una fuerza poco común, y exponiendo claramente que, para él y sus amigos, se trataba ante todo del principio y que los medios, propiedad colectiva, abolición de la herencia, etcétera, quedaban a estudio—, la situación se tornó muy difícil para Lemonnier y sus amigos. Chaudey los había comprometido por el ridículo. Felizmente, una desviación de los alemanes vino en su ayuda. Beust y Ladendorf, buenas personas a quienes estimo de todo corazón, propusieron una enmienda que salvó las dificultades y que, a sus ojos, tenía la principal, la inmensa ventaja de ser de origen teutón. Lemonnier se prendió a ella como un desesperado, y nosotros mismos la habríamos aceptado si hubiese consagrado el principio igualitario. Ladendorf estuvo dispuesto a darnos, a este respecto, *einige erklarende Motivirungen oder motivirte Erklaerung*[7]. Pero estas explicaciones no nos conformaron.

Por la tarde, la votación se efectuó por nacionalidades: Rusia, Polonia, Italia, América, votaron por la proposición Bakunin. América estaba representada solamente por nuestro amigo Osborne Ward, que no se apaciguaba frente a la

7. "Algunas nociones explicativas o explicaciones de los motivos".

"burguesía". En el partido opuesto que votó por la proposición alemana, cuatro nacionalidades estaban también representadas por individuos aislados: España, Emilio Castelar; México un turista extraviado; Inglaterra, un *teetotaller* que quiso congregar a todos los países de Europa en una gran sociedad de seguros contra la guerra, un tonto redomado y por último, Suecia. El representante sueco, que pretendía votar en nombre de Noruega, Dinamarca y Finlandia, es un pobre loco que hizo el regocijo de la Asamblea con sus mociones fantásticas y que hizo correr la champaña como agua, para amigos y enemigos, durante toda su estancia en Berna. Si se dejaba de lado a las nacionalidades representadas por un solo individuo, el Congreso no podía tomar ninguna decisión y las partes se quedaban sin resolver el pleito.

Sin embargo, era evidente que no podíamos hacer buenas migas con el partido de Lemonnier. Toda acción común es imposible entre gente así dividida; para ellos, nosotros no somos más que un peligro, y ellos, para nosotros, sólo son flojedad. Bakunin quiso separarse de inmediato, después del resultado de la votación, pero Rey[8] y yo, más pacíficos, logramos hacerlo quedar hasta el fin del Congreso y continuamos tomando parte en las deliberaciones. Únicamente, en cada asunto, subrayábamos nuestro programa: sin la esperanza de vencer, quisimos por lo menos ser precisos.

El tercer día: cuestión religiosa y muy hermoso discurso de Wyrouboff[9], quizás el mejor de todo el Congreso, por su precisión, su nitidez, por el vigor del pensamiento, la moderación

8. Arístides Rey, como los hermanos Reclus, Benoit Malón, etcétera, eran miembros del grupo secreto que se movía en torno a Bakunin, bajo la denominación de Fraternidad Universal, y que, en sesión íntima, deliberó sobre el camino a seguir. Fue en esta ocasión cuando se fundó la Alianza de la Democracia Socialista.

9. Wyrouboff (Gregorio N.), nacido en Moscú el año 1843. Discípulo de Augusto Comte, dirigió *La Revue Positiviste* con Littre, luego con Carlos Robin. En 1874 fue nombrado profesor de Historia de las Ciencias en el Colegio de Francia.

de las palabras. Respuesta de un pastor nacionalista de Berna, luego de un pietista neuchatelés, F. de Rougemont, que tiende su cabeza como para que lo decapiten y que reclama a voz en cuello la palma del martirio. Rousselle pronuncia un discurso materialista y sin embargo vota contra nosotros. "¡A votar! ¡A votar!". Enmienda Wyrouboff, 85; proyecto de la comisión, 75; luego una cincuentena de abstenciones.

Cuarto día: Cuestión federalista. Todos estaban de acuerdo sobre el principio, solamente, por mi parte, me era menester precisarlo. Demostré, y creo que con lógica, que después de haber destruido la vieja patria de los fanáticos, la provincia feudal, el departamento y los distritos, las máquinas de despotismo, el cantón y la comuna actuales, invenciones de los centralizadores a todo trance, sólo quedaba el individuo y que en él está el asociarse como él lo entienda. He ahí la justicia ideal. Por lo tanto, en lugar de comunas y provincias propuse: asociaciones de producción y grupos formados por estas asociaciones[10]. Te hago merced del discurso: por otra parte, me parece que estuvo bien; al final, solamente, no he sido bastante explícito. Después de mí, vino Jaclard[11], quien, con su voz serena y clara, hizo una requisitoria formidable contra la burguesía, y terminó su discurso con palabras violentas e inhábiles, muy mal acogidas, por lo demás. También Chaudey, contestándome con rodeos, trató de hacerme responsable de las palabras de Jaclard. Votos: 37 a favor, 77 en contra.

Quinto día: cuestión relativa a la mujer, que Seinguerlet y Chaudey habían tratado de enterrar el día anterior, pero sin conseguirlo. No han tenido el coraje de votar contra los derechos de la mujer. Después de tres discursos, los de las señoras

10. Se ha señalado que este discurso fue sin duda la primer adhesión pública de Elíseo Reclus a los principios anarquistas.

11. Jaclard, blanquista, miembro de la Alianza de la Democracia Socialista, en la cual participó momentáneamente.

Goegg y Barbet, y el de un antiguo jesuita exclaustrado, personaje muy divertido, se pasó a la votación. Unanimidad. Joukowski[12], Rey y yo, el día anterior y por la mañana, habíamos logrado disuadir a una dama rusa de pronunciar un discurso sobre la abolición de la familia. Esta dama rusa, que inicia sus estudios de medicina, es el verdadero tipo de nihilista; a pesar de sus anteojos, tiene un aspecto subyugante de gracia, de simplicidad y de rectitud.

Al final, presentamos nuestra renuncia fundada; luego el americano Ward se precipita a la tribuna para hacer otro tanto. Eytel nos exhorta a permanecer. Bakunin y yo contestamos, y Chaudey manifiesta que tenemos mil veces razón. Entre Bakunin y Chaudey, es preciso escoger. Además, la cortesía es grande entre una y otra parte. Por la noche fuimos al banquete. Bakunin cuenta una historieta, Juan Zagorsky[13] hace circular una caricatura de las más ridículas sobre la igualación de las clases. Al terminarse el banquete, Lemonnier se me acerca para tenderme la mano, que no me creí en el deber de rechazar. Rouselle, justamente, dio pruebas de un pésimo gusto, al hacer un brindis por la *perseverancia,* reprochándonos el abandonar la causa. Repara bien, en que la primer amenaza de separación cayó precisamente de la boca de este mismo Rousselle, desde la primera sesión.

En resumen, según lo que me dijeron Wyrouboff, Bakunin y Rey, el Congreso de Berna fue infinitamente más serio que el Congreso de Ginebra. Este no fue un caos, fue una batalla campal, batalla en la que nosotros teníamos, no la ventaja del número, sino la de contar con un plan, sin dejarnos llevar a la ventura. Al no querer votar el principio de la igualdad, la

12. Joukowsky, ruso, establecido en Ginebra, militante de la Internacional y amigo de Bakunin y de los Reclus.
13. Zagorsky, polaco, amigo de Bakunin. Sus caricaturas del Congreso fueron reunidas y publicadas en forma de álbum.

mayoría le hizo el juego a la Internacional, que ahora triunfa plenamente exclamando: "¡Ved si teníamos razón al protestar de antemano!" De aquí en adelante, el Congreso está condenado a no ser más que el testaferro de un partido político. Por lo que he podido colegir, Haussmann, del *Beobatcher*[14], hombre hábil como pocos, va a servirse del Congreso de la Paz como punto de apoyo para la Federación de la Alemania del Sur. Está muy contento de que nos hayamos ido, y en la despedida nos felicitó calurosamente. De este modo, no le incomodaremos ocupándonos de estas inoportunas cuestiones sociales. Con todo, Beust y Ladendorf, nuestros amigos, se quedaron y siguen vigilando celosamente al Congreso.

Si necesitas algunas explicaciones sobre aspectos de detalle, me apresuraré a enviártelas[15].

De todo corazón,

Elíseo

---

14. *Der Beobachter*, diario democrático de Stuttgart.

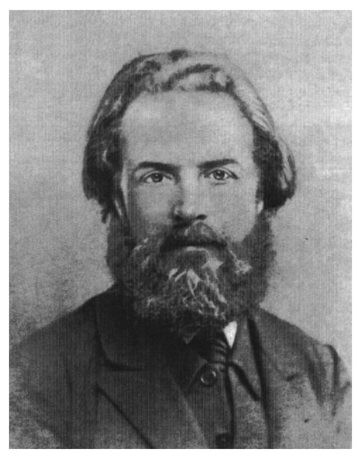
15. "El primer Congreso de la Liga de la Paz y de la Libertad, celebrado en Ginebra en 1867, no habiendo conseguido elaborar un programa, confió esta tarea a un comité.

Durante todo el año hubo lucha en el seno de este comité, entre el liberalismo y el radicalismo burgués de la mayoría y las ideas socialistas revolucionarias de la minoría, a la cual pertenecían Elíseo Reclus y Bakunin, que habían sido elegidos miembros del comité.

En el Congreso de Berna, la lucha estalló de pleno y provocó la resolución de la minoría de separarse de la Liga mediante la declaración siguiente: *Considerando que la mayoría de los miembros del Congreso de la Liga de la Paz y de la Libertad se ha pronunciado apasionada y explícitamente, contra la igualación económica y social de las clases y de los individuos, y que todo programa y toda acción política que no tenga por objeto la realización de ese principio no podrán ser aceptados por las democracias socialistas, es decir, por los amigos conscientes y lógicos de la paz y de la libertad, los suscritos creen que es su deber separarse de la Liga*" (James Guillaume, *L'Internationale,* Tomo 1°).

Entre los dieciocho signatarios de esta declaración, figuraba Eliseo Reclus.

Índice



Elíseo Reclus fue la representación más elevada de la sencillez del genio y la actividad más portentosa de la existencia humana.

Muy joven aún, pues sólo contaba diez y ocho años, tomó parte en la revolución del '48 y del período agitado que le siguió. El golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851 lo desterró de Francia. En el destierro, acrecentó su saber y su amor por la justicia, recorriendo a pie Inglaterra y todo el continente americano de Norte a Sur, esto es, desde el estrecho de Behring al estrecho de Magallanes. En esta peregrinación por el mundo, concibió la publicación de una obra que, escrita por veinte hombres, a todos hubiese dado inmortalidad y fama universal; nos referimos a su *Geografía.* A dicho viaje debe también su origen *Viaje a* Sierra *Nevada de Santa Marta.*

En 1857 regresó a Francia, escribiendo en las revistas *Ambos Mundos y Vuelta al Mundo.* Durante doce años escribió en París artículos de ciencia geográfica y ciencia social, y en todos ellos puso un poco de amor por los caídos, armonizando la ciencia y el arte del bien hablar, que lo poseía asombroso, con la ética de su concepción del mundo. De esta época datan sus obras *Guía del viajero en Londres*, *Londres ilustrado, Residencia invernal en el Mediterráneo y los Alpes marítimos*, que produjo una invasión de gente rica del norte al mediodía de Europa; *Historia de un arroyo, La Tierra, Introducción al Diccionario de los Comunes de Francia; Niza, Catines*, *Monaco, Mentón, Remo*; *Historia de una montaña.* Estas obras y los artículos publicados en las revistas mencionadas, merecieron muchos elogios del mundo intelectual. Reclus rehusó cuantos significaban adulación, materialismo o idolatría.

El año '69 se afilió Reclus a la Internacional, trabando conocimiento con aquel coloso de la voluntad que se llamó Miguel Bakunin.

En clase de soldado, tomó parte en la sublevación comunalista, fundando por aquel tiempo *El Grito del Pueblo*, que continuó *y* enriqueció la obra periodística y revolucionaria de Proudhon.

El mismo año, esto es, el 15 de noviembre del año 1871, la justicia de Thiers condenó a Reclus a deportación perpetua, pena que le fue conmutada por la de destierro gracias a la protesta universal que ella promovió; la protesta fue capitaneada por Darwin y Spencer. El destierro llevó a Reclus a Italia y a Suiza, y durante su permanencia en dichos países publicó *Los fenómenos terrestres y* planeó la obra que en 1875 había de empezar a publicar: *Nueva Geografía Universal*, terminándola doce años después. Esta obra representa la vida de cien hombres, y no menos trabajaron en los *Diccionarios* que se la pueden comparar. Justo es consignar, sin embargo, que en ella colaboró Pedro Kropotkin, su gran amigo, y ambos propagandistas de la anarquía.

El Hombre y la Tierra es su gran obra, su monumento inmenso que perdurará sobre la inmortalidad de su labor fecunda.

Es imposible hablar de toda su labor de propaganda en folletos y conferencias.

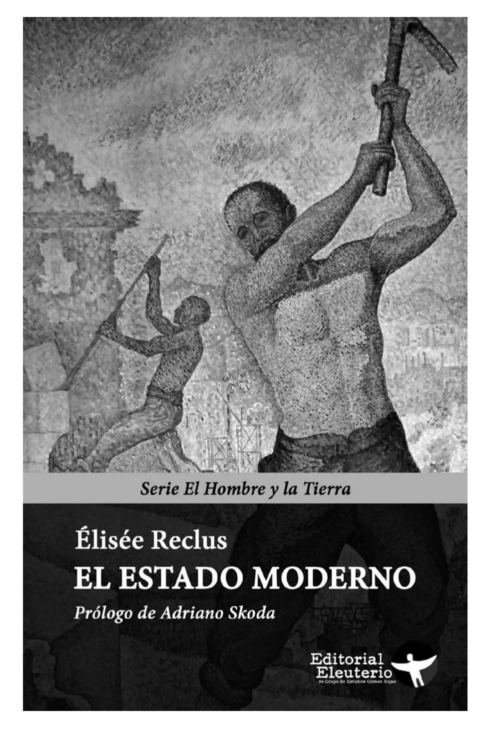
Eliseo Reclus no tuvo ni pudo tener enemigos. Era tan bondadoso que hasta los contrarios de sus ideas lo reconocían.

Murió a los setenta y cinco años, en 1905.

Soledad Gustavo
La Revista Blanca, 1935

El Estado Moderno

Élisée Reclus



ISBN: 978-956-9261-02-2

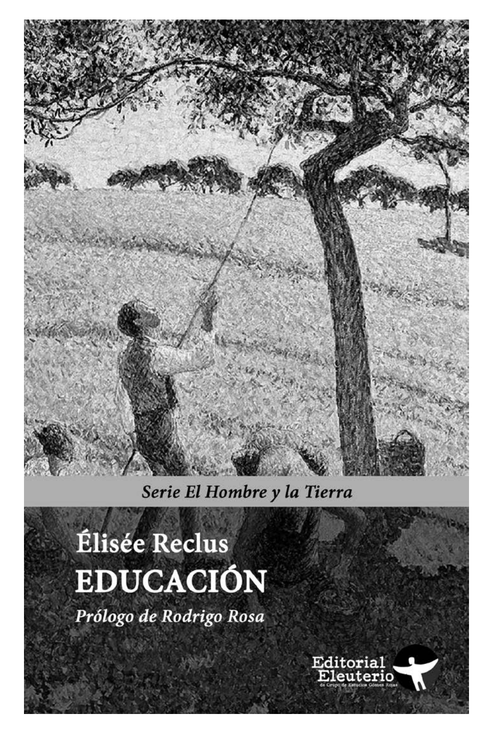
Páginas: 94

Año de edición: 2013

"Estado Moderno" forma parte del sexto tomo de *El Hombre y la Tierra* (1906). Consiste en un completo escrito que, desde la geografía social, la historia y la filosofía, abarca el modo en que nace y se desenvuelve el Estado, sus partes y su influencia en la vida de la sociedad y los individuos. A pesar de los 100 años que nos separan, la lectura de este olvidado escrito en los tiempos actuales es un gran aporte para comprender el problema del Estado y, con ello, mirar hacia una nueva sociedad.

Educación

Élisée Reclus



ISBN: 978-956-9261-07-7
Páginas: 120
Año de edición: 2015

La lectura de este libro es indispensable para todas y todos aquellos que buscan emancipar la educación de su estado de servidumbre, en tanto Reclus, pensando desde los primitivos y analizando la infalibilidad de la enseñanza, cuestiona la necesidad de pruebas, exámenes y diplomas, anteponiendo a ello una nueva relación con la ciencia, el arte y la naturaleza: la desnudez, la higiene general, la educación de la estética, el aprendizaje de una lengua común (como el esperanto), la co-educación, entre otros tópicos.

¡Viva la autogestión!

Nos alegra saber que has llegado a un libro del catálogo de Editorial Eleuterio. Esta es una versión electrónica de un título que también está disponible en ferias, librerías, bibliotecas y archivos. La reproducción material de libros es fundamental como método de propaganda: es un oficio aliado con el universo de las imprentas y las bibliotecas. Por eso, incentivamos el apoyo a los proyectos autónomos.

Aporta con el desenvolvimiento libre de las ideas y conocimientos: asiste a encuentros como ferias, lanzamientos y foros; consulta catálogos editoriales; comenta, comparte, intercambia, regala, multiplica libros; arma bibliotecas en casa, en el barrio, en la escuela.

Los libros son alimentos. En el apoyo mutuo se cultivan. En la libertad mancomunada perduran. En el diálogo se expanden.

Visita
www.eleuterio.grupogomezrojas.org



Este libro fue proyectado por Artes Gráficas Cosmos. Está compuesto por la familia tipográfica Minion Pro. Terminó de imprimirse durante el verano de 2017, Hemisferio Sur, en Santiago de Chile.

JACQUES ÉLISÉE RECLUS

Internacionales

¡Cuánto más importante que aquella concordia provisional entre personajes de diversas naciones, fue la otra Internacional, la que nació espontáneamente entre trabajadores y hambrientos pertenecientes a todas las naciones que se reconocían hermanos por la voluntad común! Los astrónomos, los geógrafos, los viajeros habían descubierto la unidad material del planeta, y unos humildes obreros ingleses, alemanes, suizos y franceses, sintiéndose dichosos por amarse en razón de que habían sido destinados a odiarse y que se expresaban difícilmente en una lengua que no era la suya, se estrechaban en un mismo grupo y se unían para formar una sola nación, despreciando todas las tradiciones y las leyes de sus respectivos gobiernos.

Élisée Reclus

"Internacionales" forma parte del quinto tomo de la magna obra *El Hombre y la Tierra*. Su lectura constituye una pieza fundamental para comprender el puzzle geográfico e histórico que ha configurado los movimientos de nuestras sociedades actuales.



ISBN 978-956-9261-28-2





www.grupogomezrojas.org

Serie El Hombre y la Tierra - Volumen 3